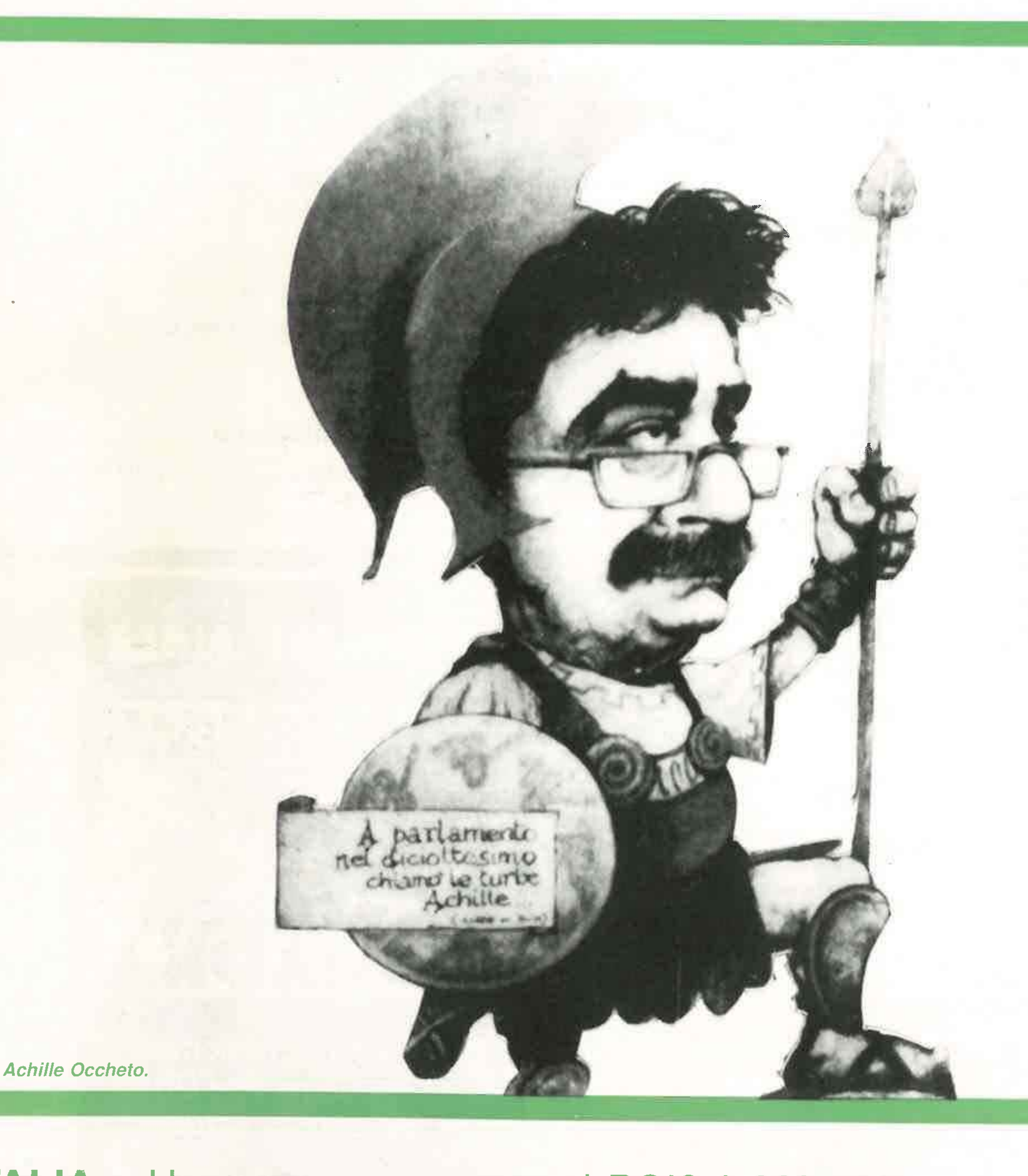
inprecor

● Nº 68. ● Junio 1989. ● 300 pts.



Achille Occheto.

ITALIA. ¿Un nuevo curso para el PCI? *L.MAITAN*

PALESTINA. La dinámica de la intifada. *S.JABER*

YUGOSLAVIA. La segunda muerte de Tito. *M. LEE*

TEMA. Guerras, militarismo y sistema de Estados. *J. PASTOR*

inprecor

revista política bimestral de la Liga Comunista Revolucionaria.

Director: Miguel Romero. **Maqueta:** Encarna Albarrán. **Fotocomposición:** Esperanza Valiente. **Imprenta:** Gráficas Canigó. **D.L.** 40029/79.

sumario

Boletín de suscripción

- anual (8 números): Estado español, 2.400 ptas. Europa: 40 dólares. Resto del mundo: 50 dólares.
- *cheque o transferencia bancaria a :* LCR. cuenta corriente nº 01-504000-2 del Banco de Vizcaya. Agencia urbana Glorieta de Bilbao. MADRID.
- *envíos contrareembolso:* enviar una carta a **Editorial Leviatán. Apartado de correos 50.370 (Cibeles). 28080-MADRID,** con los datos del boletín que vienen a continuación:

Nombre. . . . .

Dirección. . . . .

Código Postal. . . . **.Ciudad (provincia).** . . . . .

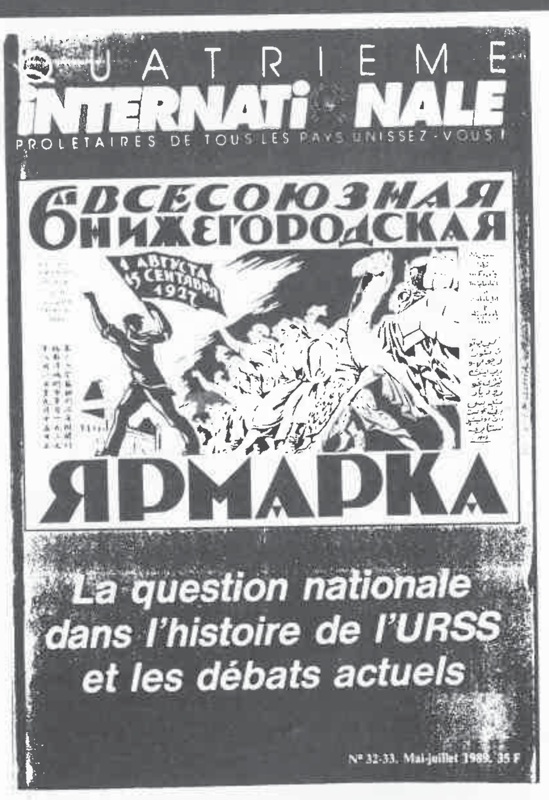
País. . . . .

Renovación **Suscripción**

INPRECOR

revista quincenal en francés publicada bajo la responsabilidad del Secretariado Unificado de la IV Internacional.

- **suscripción anual** (25 números): 280 FF. Envío por avión: 310 FF.
- **transferencia bancaria a:** PEC. BNP agencia Robespierre, 153, rue de París. 93108 Montreuil. Francia. Cuenta 230179/80.



"La question nationale dans l'histoire de l'URSS et les débats actuels". Nº 32-33. Mayo-julio 1989. 35 Francos. Pedidos a: **PEC-SAL. 2, rue Richard Lenoir-93108 Montreuil (Francia)**



68

El TEMA de este número es un capítulo de la tesis doctoral de Jaime Pastor, "La evolución del marxismo ante la guerra y la paz". El texto que publicamos contiene el marco teórico general de la tesis. Por razones obvias de proximidad y amistad no nos resulta fácil presentar este trabajo. Al menos quisiéramos destacar dos aspectos de especial interés para el debate y la reflexión política: el primero, el estudio de las relaciones entre las guerras y la formación y, mas allá, la actividad general de los Estados. El texto pone en cuestión la explicación de las guerras por razones exclusivamente económicas y analiza la actividad de cada Estado dentro de sistemas de Estados, en la etapa histórica correspondiente. En cada acontecimiento histórico y cada categoría teórica se consideran múltiples determinaciones, relativamente autónomas e interdependientes, ecómica, política -exterior e interior-, técnica, militar,... Se consigue así una visión rica y compleja, por ejemplo, de las dos guerras mundiales, y de conceptos muy utilizados, pero de difícil comprensión rigurosa, como "militarismo". La segunda cuestión tiene una relación mas inmediata con los debates del movimiento pacifista: los problemas de la guerra en la era nuclear, en particular en qué sentido puede hablarse de un sistema internacional como una realidad mundial y, dentro de él, qué factores homogéneos y no homogéneos existen, en el terreno de la guerra y el militarismo entre los dos grandes bloques. El texto se detiene en un punto particularmente polémico: la disuasión. Las y los lectores encontrarán con seguridad muchos otros temas de interés en este artículo.

El 18º Congreso del PCI ha despertado un interés que no puede explicarse fundamentalmente por sus conclusiones políticas. Mas bien es un reflejo de la conciencia de crisis que tiene el conjunto de la izquierda reformista, y especialmente la corriente PC, y la búsqueda sucesiva de fórmulas de solución y líderes que se desgastan al cabo de un cierto tiempo de uso. Lo que da una relevancia particular a la alternativa de Occhetto es que sintoniza con la política exterior de Gorbachov para Europa occidental y plantea un salto en el viejo camino de socialdemocratización, no ya programático y político, sino también organizativo, con el nombre de "euroizquierda". Sin duda habrá que volver en otras ocasiones sobre Occhetto y el "nuevo curso" del PCI. El artículo de Livio Maitan constituye un buen punto de referencia.

La intifada, año y medio después de haber asombrado al mundo, se mantiene viva en la acción de la juventud palestina en los territorios ocupados, pero la dirección de la OLP parece haber construído sobre ella proyectos políticos en muchos aspectos inquietantes. Salah Jaber ha escrito sobre estas cuestiones un texto muy polémico, que estudia no sólo las fuerzas sociales y las formas políticas que han animado la revuelta palestina, sino también los debates y diferenciaciones que han tenido lugar en el seno de la OLP. La comprensión de la necesidad de la unidad en la lucha del pueblo palestino y la solidaridad total con ella, no debe llevarnos a ignorar las discusiones que se dan en su interior, máxime cuando afectan muy profundamente al propio curso de las luchas.

Hemos publicado muy pocos textos sobre Yugoslavia, un pais que desde la victoria de la revolución, y gracias a ella, sigue una evolución ampliamente autónoma dentro del "campo socialista". Vamos a tratar de seguir con mas continuidad los acontecimientos en este país, que probablemente está viviendo la peor crisis de su historia, con un riesgo real de estallido del partido y del propio Estado. El artículo de Michele Lee nos parece muy útil para conocer los datos mas importantes de la crisis yugoslava.

El cincuentenario del final de la guerra civil han pasado con la sordina impuesta a todo lo referente a la guerra. Este silencio ha sido un marco adecuado para la regresión ideológica y científica de algunos historiadores del "círculo" socialista, que han escrito obras respetables, como Santos Juliá. En el artículo que publicamos, José Gutiérrez plantea una serie de puntos de reflexión sobre los hechos y sus interpretaciones, en los que aparecen muchos de los puntos de un debate que continuará, mal que les pese a los destructores de la memoria popular.

No nos ha quedado espacio para seguir publicando artículos sobre la situación europea. Continuaremos con ello en el próximo número.

Italia

¿UN NUEVO CURSO PARA EL PCI?

Livio Maitan

El XVIII Congreso del Partido Comunista Italiano (PCI), se ha reunido en Roma del 18 al 22 del pasado mes de marzo. 1.039 delegados han participado en él, en representación de algo menos de un millón y medio de miembros. 270 delegados llamados "exteriores" (no miembros del partido, con derecho a voz, pero no voto) estaban igualmente representados. El 28% de los militantes del partido son mujeres; en el Congreso representaban el 34% de los delegados. El texto minoritario de Armando Cossuta, viejo dirigente de los años 50, ha sido rechazado con solo 21 votos a favor y 7 abstenciones. La elección del Comité Central (CC) se ha realizado por voto secreto. Los congresistas han tachado especialmente los nombres de los representantes más conocidos de la derecha (por ejemplo Lama, antiguo dirigente de la Confederación General Italiana del Trabajo (CGIL), ha tenido 103 votos en contra y 143 abstenciones, sobre un total de 837 votantes). Según el secretario general, Achille Occheto, este XVIII Congreso marca un giro del PCI, impulsando un "nuevo curso" de este partido, en declive electoral(1).

Para saber si el XVIII Congreso del PCI significa efectivamente un giro, como pretenden sus dirigentes, hay que analizar en primer lugar el texto de discusión que el Comité Central del partido adoptó a fines de noviembre del pasado año y que fue finalmente aprobado por una grandísima mayoría del Congreso.

El factor Gorbachov

Los capítulos de este texto que se refieren a la situación internacional relanzan concepciones que habían sido planteadas anteriormente, teniendo en cuenta en una amplia medida las ideas desarrolladas por el nuevo grupo dirigente de la Unión Soviética; en primer lugar, la idea de la interdependencia. Se trata de pasar de *"una fase marcada por la división y la competición bipolar a una fase que reconozca el lazo de la interdependencia. De hecho, se habría producido en las relaciones internacionales un "giro radical de tendencias"*. Todo esto confirmaría por otra parte, la justeza de la perspectiva de "un gobierno mundial" del que ya había hablado Berlinguer, y consecuentemente, *"de la necesidad de instituciones internacionales eficientes y democráticas, capaces de orientar y de controlar las alternativas de los grandes centros de poder económico y financiero. En este sentido hay que apoyar al máximo a la ONU y las demás organizacions que forman parte de la familia de las Naciones Unidas"*. En lo que se refiere particularmente a Europa, el texto insiste en la necesidad de una *"reforma institucional de la Comunidad que afirme la soberanía del pueblo europeo"*, así como en la *"definición, la construcción y la afirmación de un espacio social europeo"*.

La segunda parte del texto, que concierne a los problemas internos, está centrada en la idea de que *"el sistema político e institucional de la República ha entrado en crisis desde hace ya algunos años. Esta crisis no puede ser resuelta mediante el mantenimiento o la remodelación de la coalición gubernamental actual, basada en la colaboración entre la Democracia Cristiana y el Partido Socialista. La perspectiva que hay que plantear es la de la "alternativa"*. Es precisamente en este terreno en el que se esboza una nueva, o parcialmente, nueva orientación.

La alternativa

En efecto, el PCI había comenzado a hablar de alternativa ("alternativa democrática") hace ya una decena de años, después de haber abandonado la orientación de unidad nacional. Pero la interpretación de esta alternativa no era en absoluto unánime, incluso dentro de la dirección. Ahora, se explica que *"la estrategia de compromiso histórico está definitivamente superada"* y que la *"al-*



NOTAS:

(1). Sólo el 26,6% en las precedentes elecciones legislativas de 1987. Ver Inprecor *247 ed.francesa de 13 de julio 1987.*

(2). El debate escrito, que ha durado un poco más de dos meses en el periódico L'Unitá *y el semanario* Rinascita *sólo ha permitido la aparición de un número limitado de contribuciones aunque hayan llegado centenares a ambas redacciones. Ha sido mucho menos interesante que en otras veces.*

ternativa" es una alternativa a la Democracia Cristiana y a su régimen político. Para llevarla a cabo, el PCI debe trabajar con el objetivo de *"determinar un cambio en la línea política del PSI"*, sin cuya colaboración la alternativa no podría ser seriamente planteada.

¿Con qué objetivos debe buscarse esta colaboración? En materia de innovaciones terminológicas, los dirigentes del PCI han sido siempre muy competitivos y Ochetto respeta la tradición: el nuevo leit-motiv es el "riformismo forte" (reformismo fuerte).

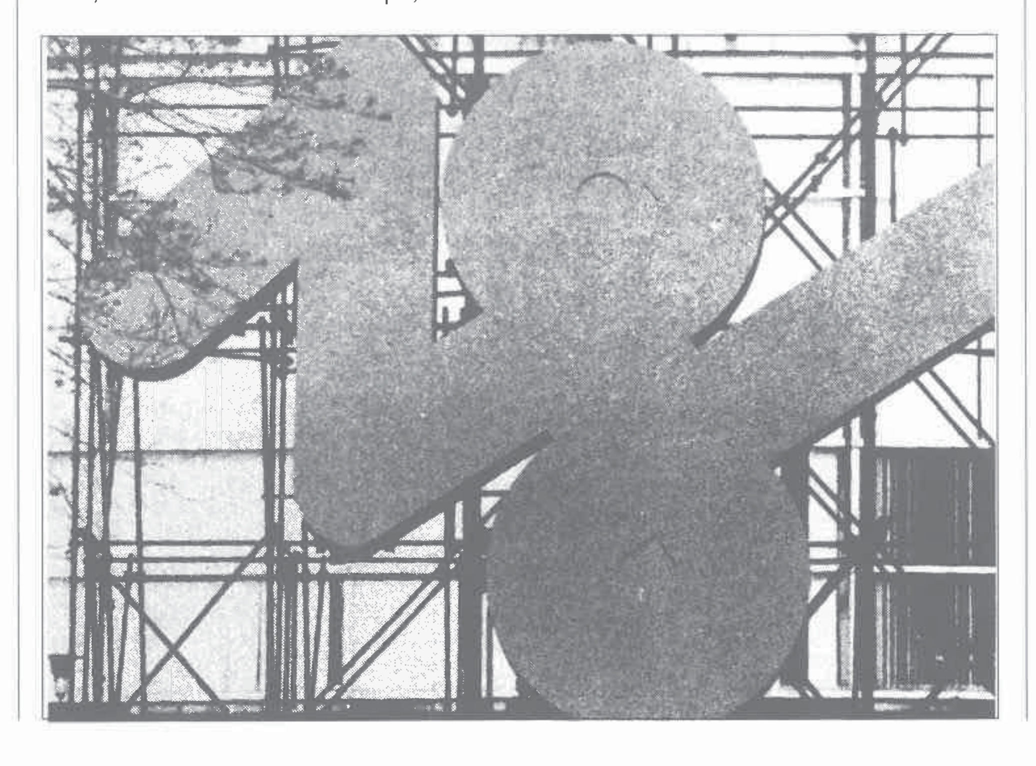
"Riformismo forte"

Sobre este tema, el documento del Congreso afirma que *"la izquierda debe repensar sus ideas básicas"*, lo que significa: *"La libertad como goce de la pluralidad y la variedad de los bienes (materiales e inmateriales) de los que ningún ciudadano, hombre o mujer, debe ser excluído; la igualdad de derechos, de posibilidades de acceder a la cultura, a la formación, a la información, a los bienes y servicios sin que las diferencias sean anuladas, sino por el contrario, dándoles todas las garantías; el trabajo, en el marco de una transformación radical de la relación entre el hombre y la naturaleza, el desarrollo y los recursos, la producción y la reproducción, el tiempo de trabajo y el tiempo de vida; la solidaridad como elemento de la autonomía moral y de la sociabilidad de los individuos; el valor de la diferencia sexual como afirmación plena de la libertad de las mujeres"*.

Más allá de las proclamaciones tan generales -cuya originalidad es por lo menos dudosa- el "reformismo fuerte" se sitúa, sobre todo en esta etapa, en el terreno de las reformas institucionales. Se discute sobre estas reformas desde hace años, pero el único cambio introducido hasta ahora ha sido la limitación del voto secreto en el parlamento. El propio PCI no ha progresado mucho en este terreno. Ha renunciado desde el comienzo a pelear por la única reforma que podría mejorar, aunque sólo fuera un poco, el funcionamiento de las instituciones parlamentarias, es decir la abolición de un bicameralismo absolutamente paralizante. Ha explicado que la "orientación decisiva" reside ahora en una reforma de la ley electoral que se plantee permitir a los ciudadanos decidir directamente sobre el programa que se debe realizar y las fuerzas políticas y las personas capaces de hacerlo. Pero tampoco se ha precisado en el Congreso cuáles son sus propuestas concretas.

Es significativo que sea casi al final del texto donde se habla del trabajo, de los trabajadores y de su "centralidad". Pero, una vez más, no se va más allá de las generalidades, o, en el mejor de los casos, de reivindicaciones democráticas que nadie puede poner en duda, sin la menor alusión a ningún tipo de dinámica anticapitalista de las luchas. Por otra parte, el objetivo de la "democracia económica", que se presenta como otro objetivo del "reformismo fuerte", es sintetizado de la siguiente manera:

"La democracia económica representa una nueva frontera de la democracia política y su extensión en la esfera de los poderes sociales. Debe abordar diferentes terrenos: reforma del Estado social; democratización de la empresa; redistribución de las rentas, de la riqueza y de la propiedad; creación de nuevas formas de empresa. La lucha por la democracia económica debe caracterizarse como crecimiento de las posibilidades de acceso por parte de los trabajadores al conocimiento y al gobierno de las transformaciones de la empresa y de sus implicaciones sociales y humanas".



Tales manifestaciones podrían ser compartidas por demócratas liberales e incluso por empresarios vagamente progresistas. Y tanto más en la medida que el texto añade que todos estos objetivos deben concebirse en el marco de una orientación económica *"cuyo primer objetivo debe ser la ampliación de la base productiva y el reforzamiento de la productividad del conjunto del sistema"*.

Ni el informe ni las conclusiones de Ochetto en el Congreso han introducido cambios, ni nuevos elementos. Nos limitamos a citar un extracto del informe y una de las conclusiones que más ilustran el enfoque reformista gradualista del PCI y la inconsistencia de sus respuestas pretendidamente nuevas. Veamos la forma en que Ochetto ventila el problema cuando aborda el problema de la relación entre el Estado y el mercado: *"Nosotros superamos la vieja querella sobre la cuestión de saber si hace falta más mercado, menos Estado, y cambiamos los términos del problema afirmando que hace falta un Estado mejor y un mercado mejor"*. ¡Menudo teórico el nuevo secretario del partido!

En cuanto a su planteamiento, por decirlo así, estratégico se sintetiza así: *"La tarea de una fuerza inspirada por fuertes idealidades socialistas como la nuestra, es la de trabajar en nuestra sociedad, para nuestra sociedad no con el objetivo de imponerle otro modelo, sino para transformarla, para gobernarla en el camino de un desarrollo soportable y dispuesto a la colaboración con otras regiones y sistemas del mundo"*.

En realidad, si hay algo "nuevo" en relación al precedente congreso, es en el sentido de que cualquier planteamiento clasista, en el terreno del análisis como en el de la orientación, ha desaparecido. No sólo el PCI no se presenta ya como el partido de la clase obrera o de los trabajadores, sino que incluso la expresión más general de "movimiento obrero" ya ni siquiera es utilizada (si los informes son exactos, sólo ha aparecido en el mensaje de Gorbachov). Cossuta ha tenido razón al afirmar que el partido *"se encamina hacia la orilla liberal-demócrata"*. Quizá habría que precisar que la orilla es más bien liberal-socialista y, sobre todo, que ya ha sido alcanzada.

Un debate poco conflictivo

Como ocurrió en la discusión preparatoria en la prensa del partido(2), el debate en el congreso ha sido menos animado y conflictivo que en el congreso de 1986. La derecha, a fin de cuentas, tenía buenas razones para estar satisfecha sobre todo en la medida que la integración en la "izquierda europea" ya se

ha llevado a cabo y que está abandonada explícitamente toda idea sobre "tercera fuerza"(3). Algunos de sus partidarios, por ejemplo Macaluso, han expresado sus reservas -principalmente sobre la forma de abordar el problema de las relaciones con el Partido Socialista- pero se trata, al menos por ahora, de diferenciaciones completamente secundarias.

En cuanto a la izquierda más tradicional, se ha evaporado. Pietro Ingrao ha dado su apoyo explícito tanto al texto del Comité Central como al informe de Ochetto, limitándose a poner el acento en ciertos temas ("nuevo internacionalismo", es decir buenas relaciones con todo el mundo, diferencias sexuales, etc) y a pedir al partido no renunciar a *"a su crítica activa, laboriosa hacia el sistema de producción capitalista"*. En cuanto a los antiguos partidarios de *Il Manifesto*(4), Magri ha adoptado un perfil extremadamente bajo y Luciana Castellina, que en el congreso precedente(5) había llevado a cabo una batalla de enmiendas en materia de política internacional, ni siquiera ha tomado la palabra.

¿Y quienes quieren seguir siendo comunistas?

Así, el grupo de Armando Cossuta, que esta vez había presentado un texto alternativo, ha sido el único en combatir contra la aplastante mayoría del Comité Central y del Congreso. Una parte de la prensa internacional ha llamado la atención especialmente sobre la conclusión de su intervención: *"¿Hay aún, después de este congreso, lugar para quienes, oponiéndose lealmente a la mutación genética del partido, quieren seguir siendo comunistas?*(6). Esta radicalización del lenguaje y de actitud no ha ido pareja, sin embargo, con una evolución de las concepciones de Cossutta y de sus camaradas, cuya debilidad intrínseca subsiste: su planteamiento sigue siendo fundamentalmente reformista (Cossutta ha hablado en el Congreso de "reforma sistemática") y su punto de referencia sigue siendo el partido de la época de Togliatti. Por otra parte, pueden pretender que la evolución reciente de la Unión Soviética ha probado que tuvieron razón en oponerse, a comienzo de los años 80, al "strappo" (desgarro, ruptura) con Moscú. La verdad es que Gorbachov no les presta la menor atención y que tanto en un reciente encuentro como en su espectacular mensaje al Congreso, ha expresado su apoyo al Ochetto de la forma más explícita (7). Finalmente, hay que añadir que en la reunión del Comité Central que tuvo lugar inmediatamente después del Congreso, Cossutta votó a favor de la elección de Ochetto como secretario general explicando que su confianza en él *"estaba fuera de discusión"*.

Los datos estadísticos indican claramente que las mujeres juegan en el PCI un papel cada vez más importante, lo que representa para el partido un hecho indudablemente positivo. La proporción de mujeres en el CC, por ejemplo, ha pasado del 18 al 31%. Los dirigentes del PCI han aceptado sin reservas ni distinción la "filosofía" de la diferencia sexual. Es una actitud fundamentalmente oportunista, como lo confirma el que normalmente no explican en qué consiste esta "diferencia" o dan interpretaciones elípticas que no deben satisfacer a los partidarios más radicales de esta "filosofía".

El debate sobre la mujer

Como cabría esperar, la mayor parte de las mujeres que han intervenido en el debate, han abordado esta problemática. Pero no han avanzado una idea más precisa de sus concepciones, limitándose frecuentemente a intervenciones muy generales. Cuando han intentado traducir sus concepciones en reivindicaciones, han expresado aspiraciones democráticas que no aparecen necesariamente ligadas a la teoría de la diferencia y algunas de las cuales no son unánimemente aceptadas entre las feministas radicales (ni en el movimiento de mujeres más generalmente). Ha sido el caso, entre otros, de Livia Turco, una de las dirigentes más conocidas y miembro del secretariado del partido, que resumió los "temas" que las mujeres comunistas proponen de la siguiente manera: *"1) defensa del contenido ético del principio de autodeterminación de las mujeres en lo que concierne la sexualidad y la procreación; prevención del aborto; valorización de las opciones de maternidad; 2) reconocimiento de los derechos de las trabajadoras; 3) reforma del Estado social..."*

En cualquier caso, la discusión sobre la problemática feminista ha permitido al PCI dar una prueba suplementaria de su ecumenismo. Ha invidato al congreso, dándole la palabra, a Luce Irigaray(8), que está más que nunca dispuesta a colaborar con el PCI, confirmando así que este partido y sus concepciones pueden acomodarse bien con orientaciones políticas ultrareformistas.

Una de las novedades del XVIII congreso ha sido la adopción de estatutos que son el desenlace de una evolución que viene de lejos, y que representan un esfuerzo para acompasar aún más las formas estatutarias a la realidad de la organización. El titular del periódico del partido que anunciaba el voto del Congreso en este tema es muy elocuente: *"Centralismo democrático, adiós"*. El PCI insiste en la mixtifiación tradicional que confunde centralismo democrático y centralismo burocrático, atribuyendo al primero todos los rasgos antidemocráticos propios del segundo.

(3). Lama, antiguo dirigente de la CGIL, ha saludado de forma particularmente calurosa el abandono de la tesis -berlingueriana- de la tercera vía. Otro derechista, el presidente de las cooperativas Turci, ha dirigido loas a Occhetto por "su valentía, su inteligencia y su flexibilidad".

(4). La corriente Il Manifesto, *escisión de la izquierda del PCI, en 1969 bajo el influjo de los movimientos sociales y de la extrema izquierda, se reintegró luego al PCI.*

(5). Ver nuestro artículo sobre el congreso de 1986, publicado en Inprecor *219 (edición francesa).*

(6). Resulta gracioso que el periódico burgués más representativo, el Corriere della Sera, *haya respondido que no.*

(7). Gorbachov ha aparecido en el congreso en una pantalla gigante para leer su mensaje. Ha atribuído a Occhetto la idea de transmitir su mensaje por "este medio inhabitual".

(8). Irigaray, psicoanalista, que ha escrito libros sobre las mujeres, y que en el pasado mes de septiembre había hecho un elogio ditirámbico de la fiesta nacional de L' Unitá, *ha dicho, entre otras cosas que* "el amor es la única respuesta a todas las enfermedades físicas y morales de nuestro tiempo".



Pero hay que reconocer a los autores y presentadores de estos estatutos el mérito de haber ido, desde el punto de vista de la justificación teórica, más lejos que partidos socialdemócratas integrados desde hace un siglo en las instituciones burguesas. En efecto, uno de los más cercanos colaboradores de Occhetto, Fassino, ha declarado que los nuevos estatutos corresponden a *"un modelo que se inspira en el del Estado democrático de derecho"*. Se ha explicado igualmente que *"los estatutos introducen una nueva constitución de los poderes, inspirada en el modelo parlamentario... El Comité Central es concebido como Cámara de los diputados, la dirección como un gobierno, el secretariado como la oficina del presidente del Consejo de Ministros y se introduce la figura del presidente del Comité Central"*.

Si se tiene en cuenta que el PCI se ha declarado favorable al reforzamiento de los poderes del jefe del gobierno, se deduce que su secretario debería jugar un papel absolutamente preponderante en el seno de la dirección. Lo cierto es que L' Unitá ha presentado ya el PCI como el "partido de Occhetto...". Hay que precisar que los nuevos estatutos, a la vez que fijan una serie de garantías para las minorías, continúan excluyendo el derecho de tendencia. De hecho, el propio Cossutta se ha quejado de las normas en vigor para el Congreso, normas que han hecho que su documento no haya podido ser sometido a voto más que en un número muy limitado de secciones (en las que ha obtenido, según afirma, el 26% de los votos).

A continuación se ha levantado una verdadera barrera en el Congreso contra resoluciones y enmiendas votadas por congresos provinciales que la dirección saliente no estaba dispuesta a aceptar. El caso más grave ha sido el de las enmiendas adoptadas por 16 federaciones que se pronunciaban por la supresión del concordato entre el Vaticano y el Estado italiano, concordato cuyo origen se remonta a la época del fascismo. Finalmente se impuso un texto que eludía el problema, mediante una maniobra que ha provocado el descontento de una serie de delegados (el antiguo secretario, Natta, se ha abstenido).

El voto secreto

Por el contrario, la dirección saliente (o su mayoría) no ha ganado en la cuestión del voto secreto. Quienes querían subordinarlo en todos los casos, a la petición de un cierto número de delegados (entre 10% y 20%), han sido derrotados. Se ha decidido que la elección de los dirigentes en el Congreso se haría por voto secreto, si al menos 10% de los delegados lo piden y que en la elección de organismos dirigentes por el Comité Central, los comités regionales y provinciales y los organismos de garantías, el voto secreto será imperativo. Queda por ver si esta medida permitirá poner fin a una práctica según la cual las elecciones a los organismos dirigentes eran esencialmente cooptaciones.

¿Fusión con el PSI?

Finalmente, el nuevo Comité Central corresponde efectivamente tanto al espíritu de los estatutos como a la realidad y al papel del partido. Ahora se compone de 300 miembros -¡un verdadero parlamento!- e incluye a todos los secretarios regionales (una veintena), 67 secretarios provinciales, una cincuentena de electos en el parlamento y una decena de alcaldes. NO es difícil imaginar quien tendrá más peso en este aerópago: no será ciertamente el pequeño grupo de trabajadores que han sido elegidos (solo dos obreros han hablado en el Congreso).

En el periodo que ha precedido al Congreso, se han desarrollado debates muy vivos sobre la cuestión de saber si el PCI entraría en el grupo socialista en el Parlamento europeo e, incluso, si se unificaría con el PSI. El secretario socialista, Martelli, un maniobrero ultraoportunista que no se preocupa mucho de los principios, había lanzado la idea de una "casa común" de los comunistas y de los socialistas para 1992 y Ochetto había respondido: *"¿por qué no antes, si fuera posible?"*.

Sería completamente erróneo plantear el problema en términos puramente ideológicos o programáticos. Es indudable que las razones que estuvieron en el origen de la escisión del viejo Partido

Socialista en 1921(9) no subsisten ya hoy. El PCI no se distingue de ninguna forma de los partidos socialdemócratas ni del propio PSI. Pero de ello no se deriva necesariamente que una unificación esté al orden del día.

De hecho, el PSI no parece tener la intención, por el momento, de cambiar su orientación, que busca explotar todos los márgenes de maniobra de que dispone entre la Democracia Cristiana y el PCI, mantener su lugar en el Gobierno con todo lo que implica en términos de ocupación de puestos a todos los niveles, oponiéndose al mismo tiempo al partido mayoritario en el seno de la coalición. Estima que esta política ha dado frutos y que podrá dar aún más durante un cierto tiempo. Además está convencido de que la relación de fuerzas en el seno del movimiento obrero puede evolucionar más a su favor y que, consecuentemente, en una ocasión futura a determinar, una eventual unificación podría hacerse, en un futuro Congreso, en condiciones más favorables para ellos.

Las maniobras de Craxi

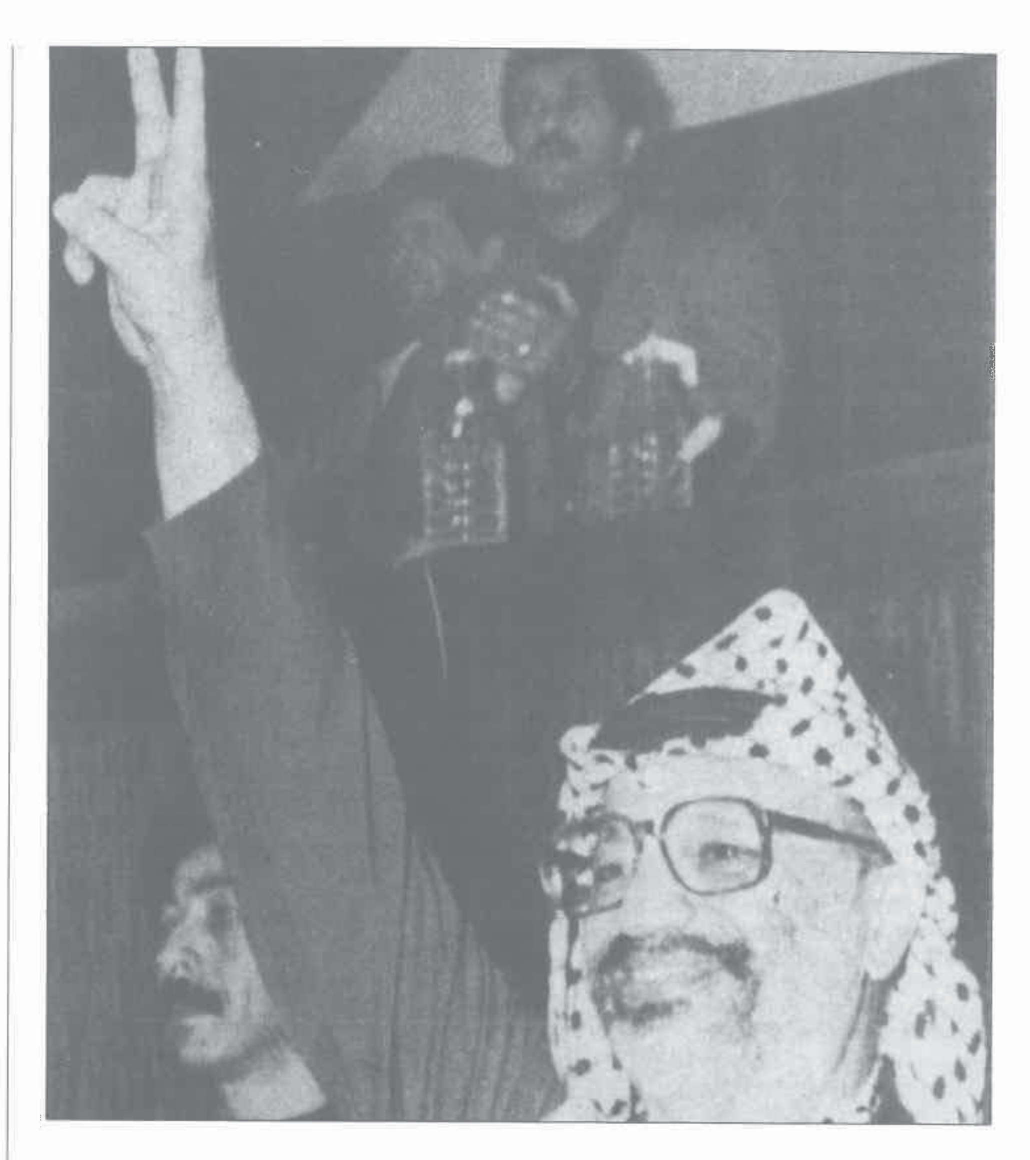
Esto explica por qué Craxi ha saboteado el encuentro de una delegación del PCI con el grupo socialista europeo cuya fecha ya había sido fijada, aparentemente también de acuerdo con él. Y esto explica también porqué ha dado un juicio muy negativo sobre el Congreso, insinuando que el PCI había roto sólo muy parcialmente con su pasado (esta no es la opinión de la casi totalidad de los observadores burgueses, sean o no favorables a la entrada del PCI en el área de gobierno).

En estas condiciones -que podían esperarse desde bastante antes del Congreso- el PCI está obligado a defenderse reafirmando su propia identidad con el objetivo, sobre todo, de evitar un nuevo declive electoral y un cambio más radical de la relación de fuerzas a favor de los socialistas. Es por ello que un leit-motiv del Congreso ha sido la proclamación de su autonomía, con un espíritu de patriotismo de partido que parecía haber olvidado. Occhetto se ha esforzado por expresar todo esto y aparentemente lo ha conseguido, si se juzgan las reacciones que ha provocado casi unánimemente en el partido. El que este efecto sea duradero ya es otra cuestión.

En este sentido, las elecciones europeas del mes de junio serán para él -igual que para el PSI- un test importante. Tendremos ocasión de tratar mas adelante ese acontecimiento.



(9). En 1921 los comunistas escisionaron del Partido Socialista sobre la cuestión de la adhesión a la III Internacional, y de las famosas "21 condiciones" impuestas por ésta. Al contrario de lo que pasó en Francia, la escisión comunista era minoritaria (cerca de un tercio de los miembros).



Palestina

LA DINAMICA DE LA INTIFADA

Salah Jaber

Intifada, término arabe que significa levantamiento o insurrección, ha entrado en el vocabulario internacional gracias a un nuevo capítulo de la heroica lucha de las masas palestinas de Cisjordania y Gaza. Tras cerca de año y medio de hostigamiento continuo de las fuerzas de ocupación sionistas, la intifada no muestra ningún signo de pérdida de fuerza. Sin embargo, demasiado a menudo, es reducida, en el exterior, al espectáculo de manifestantes de ambos sexos que lanzan piedras contra los soldados israelíes. Se trata ciertamente, del aspecto más directamente visible del desafío palestino a la ocupación. Pero la intifada es una experiencia mucho más rica que la práctica del lanzamiento de piedras. Sus lecciones tienen un alcance que va más allá del marco palestino.

La intifada no estalló el 9 de diciembre de 1987 como un trueno en un cielo sereno. Es el producto de una larga maduración. La explosión de un resentimiento acumulado en veinte años de ocupación y de opresión, realizada por un opresor especialmente intolerable, porque su acta de nacimiento, la creación del Estado de Israel diecinueve años antes de la ocupación de 1967, estaba ya fundada sobre la usurpación de la mayor parte del territorio palestino. En esta perspectiva histórica, la intifada es también el paso a la acción de una nueva generación: la tercera generación desde el éxodo palestino de 1948, que toma el relevo a la de 1967, cuyo símbolo fueron los *fedayines.*

Pero si es claro que se trata de generaciones de un mismo pueblo, no se han sucedido en el mismo territorio. El combate de la generación de 1967 se manifestó esencialmente entre los palestinos del exilio; en Jordania primeramente, hasta 1971, y luego en el Líbano. El de la generación de 1987, la generación de la intifada, se manifiesta únicamente, por el momento al menos, en los territorios ocupados en 1967. Inmediatamente después de su ocupación, éstos habían quedado noqueados, sometidos a un ejército que en seis días de guerra había adquirido una reputación de omnipotencia.

El maximalismo de las organizaciones de la resistencia palestina, en el exterior, no ofrecía a los habitantes de Cisjordania y de gaza ninguna perspectiva creíble de liberación en un futuro previsible. Por otra parte, la principal tarea de estas organizaciones era constituir células secretas para una lucha armada a la que se la suponía capaz de liberar a toda Palestina. Dada la eficacia de la represión sionista, este tipo de acción era necesariamente muy minoritaria bajo la ocupación, aunque los combatientes gozaban de la simpatía de la población. El pueblo esperaba alcanzar su liberación por otras vías: por medio de los Estados árabes que, mediante su acción diplomática y su presión militar, podrían obtener la evacuación por Israel de los territorios ocupados en 1967, incluyendo los territorios palestinos. En efecto, estos territorios dependían de la jurisdicción de dichos Estados -Egipto administraba Gaza desde 1949 y Jordania se había anexionado la Cisjordania- y a ellos incumbía la principal responsabilidad de recuperarlos.

Una sociedad tradicional

Esta visión política era tanto más dominante dado que la sociedad, en los territorios ocupados de 1967 (en adelante diremos: los territorios), seguía siendo muy tradicional: proletariado numéricamente muy débil y repartido en empresas de tipo artesanal; importancia del campesino y de la pequeña burguesía; papel dominante de la burguesía comercial, de los propietarios de tierras y de los notables, laicos y religiosos, que habían tomado localmente el relevo del poder jordano. Así, en el clima de amargura que prevalecía tras el aplastamiento de la resistencia en Jordania, las elecciones municipales organizadas en 1972 en la Cisjordania ocupada, habían sido ganadas por los notables ligados a la monarquía jordana.

Sin embargo, el giro político realizado por la OLP, a partir del año siguiente, iba a dar un vuelco a este estado de cosas. Adoptando el objetivo, descrito como transitorio, de un Estado independiente en "toda porción del territorio palestino que sea liberada", la OLP se postulaba para el gobierno de los territorios, frente al rey Husein, en caso de que fueran evacuados por Israel. De repente, pasaba a ocupar un lugar primordial la acción política, relegada con negligencia hasta ese momento.

Recordemos que en 1973 fue constituído un Frente nacional palestino en los territorios, bajo la égida de la OLP. Reagrupaba a las corrientes favorables a la central palestina, así como a la rama local del Partido comunista jordano (a continuación convertida en el PC palestino), cuyo programa se había limitado siempre, en virtud de la tradición estalinista sobre la cuestión de Israel, a la liberación de los territorios ocupados en 1967. La mayoría popular, descorazonada por las masacres perpretadas por el ejército del rey Hussein, se colocará tras la bandera del Frente nacional, optando resueltamente contra el retorno a la soberanía jordana(1) y por una soberanía palestina en caso de liberación. Una fracción importante de la burguesía seguirá la misma evolución atraída por la perspectiva de emanciparse en el futuro de la tutela jordana. De ello resultará una victoria aplastante en Cisjordania de los partidarios de la OLP en las elecciones municipales de abril de 1976.

El año siguiente, el Likud, bloque de la derecha sionista, ganaba las elecciones parlamentarias en Israel por primera vez. A pesar de la "iniciativa de paz" del presidente egipcio Sadat, el jefe Likoud, Menahem Begin, proclamó un plan de anexión escalonada de los territorios: mantenimiento de la ocupación israelí con "autonomía" administrativa de los palestinos, e intensificación de la implantación de las colonias sionistas. Bajo el patrocinio del Likud, el número de colonos en Cisjordania pasará de 5.000 (34 colonias) en 1977 a 70.000 (124 colonias) hoy. Paralelamente, la represión del movimiento nacional palestino se acentuará considerablemente. Entre 1980 y 1982, los principales alcaldes partidarios de la OLP serán expulsados o destituídos. El Likud intentará poner en pie una red de "representantes" colaboradores (las "Ligas de los pueblos"). En 1982, buscará la liquida-

NOTAS:

(1). Otro tanto ocurrió en Gaza, de la que Egipto se había desentendido, y que estaba integrada, desde 1972, en el marco del proyecto jordano de "Reino Arabe Unido".

(2). Sobre el balance de la "opción jordana", ver Inprecor *nº 243 y 244 de 25 de mayo y 8 de junio de 1987 (ed. francesa).*

(3). Abu-Lughod y otros, "Profil du peuple palestinien", *1984, en Revue d'études palestiniennes.*

ción del nacionalismo palestino invadiendo el Líbano.

A la amargura de la derrota -la evacuación de Beirut por los combatientes de la OLP y las masacres que vinieron después- se añadió, a partir de 1983, la del conflicto interpalestino: escisión del Fath, combates entre fracciones en el Líbano, escisión de hecho de la OLP por la reunión del 17ª Consejo Nacional Palestino (CNP) en Amman, en 1984, en ausencia de todas las formaciones de la oposición nacionalista o de izquierda. La causa principal del conflicto era la "opción jordana" elegida por la dirección de Arafat y que culminará, en febrero de 1985, con la conclusión del acuerdo de Amman entre ésta y el rey Hussein. Mientras tanto, el Partido Laborista sionista de Simón Peres había vuelto al gobierno en Israel, en el marco de un acuerdo de coalición ministerial con el Likud.

"Reparto de funciones"

Partidario también, a su manera, de la "opción jordana". Peres optará por designar, de acuerdo con Amman, sustitutos a los alcaldes nacionalistas destituídos. En noviembre de 1985, nombró a la cabeza de la municipalidad de Nablus, principal ciudad de Cisjordania después de Jerusalen-Este (anexionada), a Zafer Al-Masri, un hombre de un perfil muy pronunciado: presidente de la Cámara de Comercio local, sobrino del vicepresidente del Senado jordano, y tío del ministro de Asuntos Exteriores del reino. Aceptando su designación con la bendición de Arafat, Al Masri será asesinado algunos meses más tarde por el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), organización nacionalista de izquierda y principal formación palestina tras el Fath.

Sin embargo, el rey Hussein, que había puesto a punto un plan global de "reparto de funciones" con Peres, decidió romper unilateralmente con Arafat, en febrero de 1986, y cerrar los locales del Fath en Jordania. El fracaso de la dirección derechista del Fath era patente. Se resignó a aceptar la mediación de Moscú para una reunificación con la oposición alineada con la URSS, en abril de 1987(2). Este acomodamiento táctico le permitió reabsorber el choque de su fiasco jordano, de forma que la oposición no pudiera aprovecharse plenamente de él. Pero no le impidió retomar de nuevo movimientos en dirección de Ammán. La cumbre árabe reunida en esta última capital, en noviembre de 1987, fue la expresión más estrepitosa de la quiebra de la OLP: aunque tratado con desprecio, Arafat se humillará ante Hussein, mientras la izquierda de la OLP protestaba en vano.

Sobre el fondo de este balance de quiebra de la OLP en el exterior, estallará un mes más tarde, la intifada.

El resentimiento acumulado en veinte años de ocupación y de represión se había combinado con la exasperación ante el lamentable espectáculo de las organizaciones del exterior, para producir la explosión espontánea que se transformó en levantamiento generalizado. Las manifestaciones desencadenadas el 9 de diciembre de 1987 por los jóvenes del campo de refugiados de Jabaliya, en Gaza, que protestaban contra la muerte de cuatro palestinos en un choque con un camión israelí, se extendieron como un reguero al conjunto del territorio. El día siguiente, un nuevo foco se declaraba en el campo de Balata, cerca de Nablus, para ganar rápidamente el resto de Cisjordania.

La intifada había sido precedida, desde 1986, por una agudización atomizada, pero muy clara, de las actividades contra la ocupación. Algunos meses antes de su desencadenamiento, un informe de la West Bank Data Base (Base de datos sobre la Cisjordania), que dirige el sociólogo israelí Meron Benvenisti, constataba *"una evolución nueva e inquietante para Israel: la violencia (en los territorios) sería cada vez más frecuentemente debida a grupos desorganizados, espontáneos... Entre abril de 1986 y mayo de 1987, fueron señalados 3150 incidentes violentos, que iban de un simple lanzamiento de piedras a algún control de carreteras, pasando por un centenar de ataques con explosivos o con armas de fuego"* (*Le Monde,* 15 de septiembre de 1987).

El condicionamiento político de la intifada y su incubación en el propio terreno, han actuado sobre una población profundamente modificada respecto a los decenios precedentes. De hecho, el tejido social de los territorios ha conocido, en veinte años de ocupación-anexión, los efectos clásicos de la incorporación de sociedades tradicionales atrasadas a un mercado capitalista avanzado: desposesión de los pequeños productores tradicionales y proletarización, absorbida parcialmente por las necesidades del mercado avanzado. *"La sociedad palestina bajo el dominio israelí aparece como el resultado de un colonialismo interior: una estructura de clases enteramente falseada, un campesinado desposeído de sus tierras, y una población urbana subalterna, que depende enteramente de la sociedad sionista"*(3).

"Sud-africanización"

En este sentido ha habido sin duda "sudafricanización" de Palestina, la instauración de un verdadero régimen de apartheid con sus "homelands" -reservas de mano de obra.. Según las cifras oficiales israelitas, la tercera parte de la población activa de los territorios -bastante más en realidad, 120.000 trabajadores según las estimaciones corrientes, teniendo en cuenta la gran porpor-



ción de quienes hacen "trabajo negro"- trabaja en el interior de las fronteras de 1967, en condiciones de tipo sudafricano (desplazamiento controlado, castigos, etc.). Si se añade a ello los trabajadores empleados por la economía colonial en los mismos territorios, resulta que la mayoría del proletariado de los territorios -que es, a su ves, mayoritario en el seno de la población activa- está directamente explotado por la economía sionista en tareas subpagadas y desdeñadas por la mano de obra israelí (construcción, agricultura, algunos servicios y empleos en la industria). Hay que incluir también en esta situación a los trabajadores en la economía palestina de subcontratas.

En lo más bajo de la escala social y en la vanguardia de la lucha, se encuentran los proletarios-refugiados de 1948, elocuentemente descritos por Meron Benvenisti: *"Los refugiados -sin Estado, empobrecidos, sin tierra- son los ilotas de Israel. En su camino hacia su trabajo como mano de obra servil de Israel, pasan al lado de sus pueblos destruídos y de sus tierras saqueadas. No tienen nada que perder, salvo sus cadenas de miseria"* (*Newsweek* 25 enero 1988).

La proletarización de la población de los territorios ha ido pareja, sobre un fondo de explosión demográfica, con un claro aumento de la proporción de los jóvenes: 75% con menos de 25 años, ¡50% de menos de 15 años! Su proporción es, por ello, igualmente considerable en el proletariado: en 1984, el 20% de los trabajadores palestinos que atraviesan la frontera de 1967 tenían menos de 17 años (según el estudio citado en la nota 3).

El papel de las mujeres

Para completar este cuadro sociodemográfico de la población de la intifada, hay que añadir la importancia creciente de las mujeres. Su proporción en la población ha sido aumentada porque la emigración económica hacia los países petroleros árabes ha sido esencialmente masculina. Su estatuto social se ha mejorado relativamente bajo la influencia, entre otras, del ejemplo israelí bastante más avanzado desde ese punto de vista: así, la tercera parte de los efectivos universitarios en los territorios es hoy femenino, proporcionan muiy elevada para una sociedad árabe o musulmana. La represión selectiva, uno de los raros casos en el que el sexismo "beneficia" a las mujeres, ha favorecido su participación en las luchas; tanto más en cuanto que la casi totalidad de los diez mil detenidos actuales de los territorios (sobre una población de un millón y medio) son hombres.

Las mujeres son por otra parte, las únicas que llevan, a veces, actividades públicas en el marco de la intifada: como parientes de detenidos, o incluso el 8 de marzo. Pero se funden, la mayor parte del tiempo, en las demás categorías sociales y demográficas que constituyen la base del levantamiento, en una lucha que es esencialmente una lucha nacional. Las huelgas de la intifada son seguidas por el conjunto de las clases y categorías sociales. Sus unidades de

base no son los lugares de trabajo o de enseñanza, sino unidades territoriales como los campos, los barrios populares de las ciudades, y los pueblos, como subraya el investigador marxista palestino Khaled Ayed (ver recuadro).

La burguesía autóctona

Su análisis de las clases y capas sociales de los territorios, resalta una diferencia importante entre el caso palestino y el de Africa del Sur, a la que habitualmente se le compara. Se trata del peso y del papel de la burguesía autóctona, a la que se añaden los propietarios de tierras así como las diferentes categorías de notables laicos o religiosos. Los miembros de estas ckases poseedoras se reclaman hoy en su gran mayoría de la dirección de la OLP, al haber tomado acta los projordanos de la renuncia oficial del rey Hussein a Cisjordania el 31 de julio de 1988. Ejercen su influencia sobre la sociedad de los territorios por medio de las instituciones que controlan: municipalidades elegidas en 1976 y no destituídas, cámaras de comercio, Consejo islámico superior, tribunales locales y religiosos, corporaciones de las profesiones liberales (abogados, médicos, ingenieros), Consejo de la enseñanza superior, etc.

Estas instituciones son calificadas de "nacionales" en contraste con las que han sido designadas por el ocupante o son directamente controladas por él, como por ejemplo las municipalidades designadas o la policía palestina. Hacia las primeras, las divergencia entre la actitud de los sionistas laboristas y la del Likud es clara. Para la derecha sionista, consecuente con su programa



Las fuerzas sociales de los territorios

Los focos principales de la intifada son los campos en los que se concentra, con una fuerte densidad, cerca de la cuarta parte de la población total de Cisjordania y de Gaza (cerca de la mitad en este último territorio). Si añadimos a ello los refugiados (de 1948) que habitan los barrios populares de las ciudades, el conjunto de los refugiados representa más de la mitad de la población total... Pertenecen en su mayoría a la clase obrera o a la pequeña burguesía pobre...

"Similares a los campos, son los barrios pobres de las grandes ciudades, cuyos habitantes pertenecen a las clases populares: obreros, pequeños empleados y pequeños burgueses... El tercer medio de la intifada está en los pueblos, habitados por una mayoría de campesinos pobres. Aquí, la ocupación israelí se había apoderado de la tierra... y había transformado decenas de miles (de campesinos) en obreros explotados y humillados, que trabajan en las colonias o para el Estado sionista... En el centro de estos tres círculos están los jóvenes, sobre todo la intelectualidad revolucionaria (los estudiantes y diplomados)... hijos de los campos, de los barrios populares y de los pueblos pobres, que son el nervio de la intifada y sus dirigentes in situ cotidianamente...

Los grandes comerciantes

"Frente al campo del levantamiento popular, está una minoría que pertenece a capas sociales que, o bien están ligadas por intereses a la ocupación israelí, o bien oscilan entre la ocupación y la intifada. Son en primer lugar, los traficantes de terrenos,... los traficantes de mano de obra... los patronos de industrias subcontratadas (categorías ligadas por interés a las colonias o a la economía israelí). También están los grandes comerciantes acaparadores... De todas estas capas, la de los grandes comerciantes es la más peligrosa para el futuro de la intifada... Pues:

1. Dispone de los cuadros organizativos legales que son las diferentes Cámaras de Comercio, que han permanecido al abrigo de los golpes de las autoridades de ocupación;

2. Esta capa ha creado durante la intifada "comités patrióticos de comerciantes" que gozan del aval de la Dirección unificada de la intifada en el interior y de la OLP en el exterior;

3. Esta capa compradora oscila (es lo más importante) entre dos límites: el primero es... su propio interés en el establecimiento de cualquier entidad palestina como consecuencia de la intifada; el segundo es la posibilidad de poner en peligro sus intereses inmediatos...

"Esta capa comercial intermediaria ha expresado, y sigue expresando, su disposición a "negociar" la causa nacional y a jugar el papel de un "intermediario" entre el levantamiento popular y sus enemigos sionistas e imperialistas... Se concentra, así como sus agentes ideológicos (1), en la región de Jerusalen. Tiene una gran influencia, que comparte con la OLP, en gran número de instituciones "legales": periódicos y revistas, administración de la universidad de Bir-Zeit, Sociedad de Estudios Arabes(2), Centro Palestino de los Estudios de No Violencia, oficinas de prensa y centros de investigación y de documentación locales...".

Khaled Ayed, marxista palestino, investigador en el Instituto de estudios palestinos. Estos párrafos están tomados de la versión que el diario libanés *As-Safir* **ha publicado de un libro suyo de próxima aparición.**

(1). El autor cita, como ejemplo, los nombres de Hanna Al-Siniora, Fayez Abu-Rahmeh, Faycal Al Husseini y Sari Nusseibeh.

(2). El director de la Sociedad, Faycal Al-Husseini, hijo de una familia de notables, ha sido recientemente liberado, con gran alboroto en los medios de comunicación, tras varios meses de "detención administrativa" intermitente. Había tenido discusiones, poco antes de ser dejado en libertad, con un representante del ministro israelí de Defensa, Itzhak Rabin.

para los territorios, incluso los más "moderados" de los palestinos deben ser reprimidos a partir del momento que rechazan la ocupación. Esta actitud es la que ha prevalecido desde 1977; se ha acentuado al comienzo de la intifada, con gran escándalo de los sionistas inteligentes, consternados por tanta miopía.

Desde enero de 1988, el diario israelita prolaborista Haaretz advertía: *"Si continuamos así hostigando y eliminando a la dirección palestina más moderada, vamos a encontrarnos frente a frente con los que emergen de los campos: los jóvenes de Balata y Jabaliya".* Algunos meses más tarde, el mismo Haaretz (11 de septiembre de 1988) podía constatar con amargura: *"La intifada ha modificado en gran medida el carácter de la actividad de las instituciones de la sociedad palestina. De una parte, el trabajo social organizado se ha hecho clandestino, sobre todo a causa del hostigamiento por el poder a las "instituciones nacionales" palestinas (cierre de varias de ellas, y arresto de muchos de sus miembros activos). Pero por otra parte, y paralelamente, este trabajo se ha hecho más popular, con una extensión social mayor en amplitud y en profundidad. Se trata esencialmente de la acción de los "comités populares" que se han formado en casi cada pueblo, cada barrio y cada campo de refugiados".*

Los Comités Populares

En efecto, la intifada se ha dotado de una forma original de autoorganización por la base, los Comités Populares (CP) que han suplantado ampliamente a las instituciones tradicionales en el encuadramiento de la sociedad de los territorios. Dos factores se han combinado para hacer que éstas sean inoperantes: por una parte, que al ser legales son conocidas y por tanto vigiladas; por otra parte, el carácter revolucionario de la intifada, que ha puesto en movimiento a una vanguardia de masas que, por su juventud y su composición social, no tenía nada que ver con las instituciones establecidas, totalmente inadaptadas a las nuevas formas de lucha. A pesar de todo, el papel de las instituciones no ha desaparecido, sino que se ha modificado: de la pretensión de liderazgo de las masas, han pasado a postular su papel de intermediario moderador entre el levantamiento e Israel, así como con su padrino americano (ver el texto de K.Ayed).

Los CP se han generalizado en las primeras semanas de la intifada; ha podido durar gracias a ellos. Formados a veces a partir de estructuras preexistentes (comités de estudiantes, de mujeres, de simpatizantes de las organizaciones políticas, etc.) y compuesto en su mayor parte de militantes populares anteriormente desorganizados, los CPs reagrupan sobre la base de la unidad territorial -bloques de los campos, barrios o calles de las ciudades, pueblos- al conjunto de las personas activas, dispuestas a asumir tareas de encuadramiento, de movilización y de acción directa, ligadas a la intifada. En este sentido, los CPs no son organismos de tipo "soviético", salvo en potencia; las condiciones de clandestinidad bajo la ocupación hacen imposible que puedan ser directamente delegados por los habitantes de la unidad territorial. Por el momento son más bien comités de acción de la nueva vanguardia de masas aparecida durante el levantamiento.

Los CPs no son sin embargo órganos de sustitución, sino claramente órganos de encuadramiento de la población implicada en la Intifada. Su propia extensión está directamente en función de las condiciones de represión: donde existe una menor presión represiva, como en los pueblos, las reuniones de los comités son más amplias que en las zonas estrechamente patrulladas por el ejército de ocupación, como en las ciudades. En estas últimas, los CPs se ven obligados a estructurarse de forma piramidal.

"Comités especializados" y control popular

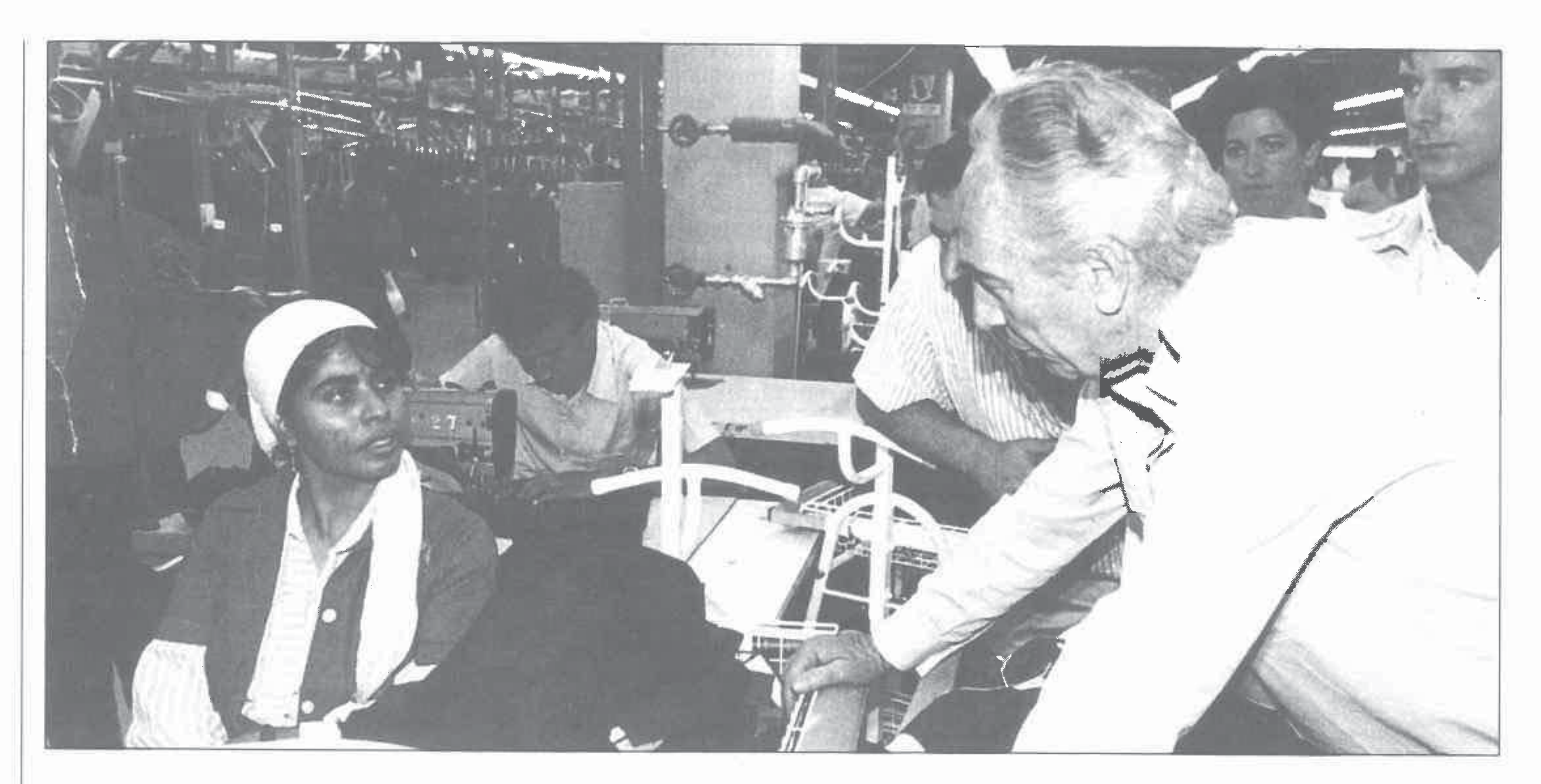
Pero tanto en un caso como en el otro, los CPs se reparten en su seno diversas funciones, o se articulan a este efecto con "comités especializados" (que reagrupan efectivamente a profesionales o gente experimentada). Las funciones de los CP son extremadamente variadas y comprenden el conjunto de los aspectos de la vida social y de la lucha en el marco de la intifada: propaganda y movilización, organización de cooperativas de producción, boicot a los productos israelitas, cajas de solidaridad con las víctimas y los parados, ayuda legal y material a los detenidos, socorro y cuidados médicos, enseñanza (para compensar el cierre de las escuelas y universidades), aprovisionamiento, etc.

Los CPs se han atribuído igualmente funciones legislativas y judiciales, cuyo aspecto más importante es el de un control y una presión sobre las clases poseedoras: control de los precios, lucha contra el acaparamiento, control de las tarifas de las profesiones liberales (medicina privada, abogados) reducción de los alquileres, obligación de pago de los salarios de los días de huelga de la intifada, puesta en pie de tribunales populares para la resolución de ciertos litigios, presión por la dimisión de funcionarios sometidos a la administración israelí (policía, municipalidades designadas) etc.

Para el ejercicio eficaz de estas últimas funciones, así como para otras tareas paramilitares -encuadramiento de las manifestaciones, hostigamiento del

(4). De todos los órganos citados, sólo los "comités de choque" excluyen a las mujeres, por regla genral. Las feministas de los territorios, mujeres y hombres, deben combatir para reparar lo que es a la vez una injusticia y un error.

(5). Por supuesto, los CPs no han tenido más que un débil eco en los medios de comunicación occidentales, mucho más interesados por la menor declaración de los palestinos "moderados" los que se expresan bien, tanto en el sentido propio como en el figurado, en hebreo y/o en inglés.



ejército de ocupación y de los colonos con piedras y con cócteles Molotov, mantenimiento de la huelga de los comerciantes, vigilancia nocturna en los sectores de habitación, castigo de los colaboradores, etc- los CPs se han dotado de "comités de choque", verdadera guardia revolucionaria con la particularidad de que, por razones evidentes de correlación de fuerzas, no utiliza armas de fuego. Incluso recientemente, los "comités de choque" se han proclamado "ejército popular".(4)

Así, la intifada, gracias a los CPs y a los órganos anexos, dispone de una verdadera estructura de poder popular, de esencia proletaria y campesina, que constituye su aportación original a la experiencia revolucionaria regional y mundial(5). Ha creado de hecho, una verdadera dualidad de poderes, ciertamente incompleta, teniendo en cuenta la gran desigualdad de las fuerzas. Varios pueblos y barrios se han proclamado por otra parte "zonas liberadas", y lo son efectivamente entre dos intervenciones del ejército de ocupación. El ministro israelí de Defensa, Itzhak Rabin, no se ha equivocado de objetivo cuando pasó a la ofensiva contra los CP, en agosto último, acusándoles de querer *"institucionalizar el levantamiento"*. Sus miembros son, desde entonces, reos de diez años de prisión; lo que no les ha impedido proseguir a tope su acción.

La autonomía de los CPs en el campo, de la ciudad o en el pueblo está perfectamente adaptada a la forma específica de lucha practicada por la intifada contra el ejército sionista: la de una "guerrilla" de manifestaciones y de acciones dispersas. Este tipo de hostigamiento, imprevisible pues resulta de una multitud de decisiones autónomas, ago-

Posiciones de la rama del FPLP en los territorios

1. El objetivo para la presente etapa es el establecimiento del Estado, la autodeterminación y el regreso (de los refugiados), de forma que no se cierre la puerta ante la realización del objetivo estratégico, el objetivo histórico de la liberación de Palestina y del establecimiento de un Estado democrático en el que todos vivan sin discriminación nacional, religiosa, racial o entre hombres y mujeres, como parte de una sociedad árabe progresista socialista unificada(...)

2. Rechazamos la resolución 242 del Consejo de seguridad y nos oponemos a ella sin límites, y consideramos su aprobación por la mayoría del CNP como el sometimiento a una exigencia internacional e israelí, y una concesión gratuita sin contrapartidas...

3. El FP no funda sus programas sobre la suposición de que el arreglo político se va a realizar incesantemente en un futuro previsible, sino sobre la base de una lucha a largo plazo. La apuesta que hacen algunos en el factor internacional, en plena distensión entre las dos grandes potencias, es una apuesta perdedora... Consecuentemente, estamos en contra de las tendencias a la "flexibilidad y la moderación" preconizadas por Shultz y a las que algunos se adaptan progresivamente por su actitud hacia la resolución 242 + su reconocimiento de la entidad sionista + las fronteras seguras + el rechazo de la violencia...

4. Rechazamos categóricamente la capitulación impuesta a nuestro pueblo, como la obligación de que la OLP de reconocer el estado del enemigo (...)

5. Nosotros, en el FPLP, llevamos una lucha a largo plazo... para crear una nueva relación de fuerzas que impondrá la celebración de una Conferencia internacional sobre la base del derecho a la autodeterminación y del Estado independiente. Tal es la única conferencia que aceptamos como mecanismo de arreglo, y rechazamos una Conferencia que se reuniría sobre la base de la resolución liquidadora 242 (...)

(Extractos de un Manifiesto programático fechado el 11 de diciembre de 1988 y difundido en los territorios ocupados)

ta a las tropas de ocupación y las obliga a desplegarse en gran número. Sin gran éxito por otra parte, pues a menos de ahogar el levantamiento en sangre -opción descartada por el momento por el poder sionista, por razones tanto internas como internacionales- habría que decretar la movilización general en Israel para asegurar una presencia disuasiva en todas las aglomeraciones de los territorios.

La dirección patriótica unificada

Sin embargo, evidentemente, la autonomía de los CPs en el hostigamiento debía ser completada por una centralización de la decisión política de la intifada, de la designación de las jornadas de huelga general y de la prescripción de reglas de acción y de organización social, en la cual la unidad de acción hace la fuerza y la eficacia. Ahora bien, igual que las condiciones de ocupación impiden a los CPs ser "soviets" de delegados, hacen imposible su coordinación democrática directa y su centralización a escala del conjunto de los territorios, o incluso a escala de Cisjordania (como mucho sería posible en los 360 km2 de Gaza). Había ahí, pues, un papel que llenar que sólo las redes organizativas clandestinas existentes podían asumir; esto harán las principales de ellas, como prolongación en el interior de las formaciones reagrupadas en el marco de la OLP en el exterior.

Menos de un mes después del comienzo de la intifada, en cuanto se vió que tomaba un carácter duradero, comenzaron a aparecer y a ser difundidos en el territorio "llamamientos" centrales. Emanaban, al comienzo, de una Dirección Patriótica unificada por la intensificación de la intifada, que se convertirá a partir del comunicado nº 4, en Dirección Patriótica Unificada de la intifada (DPU). Esta dirección era ciertamente autoproclamada, pero jugaba sin embargo un papel indispensable y será seguida y reconocida por la gran mayoría de las masas. El contenido político de los primeros comunicados revela el papel decisivo jugado en la constitución de la DPU por la izquierda de la OLP: FPLP, Frente democrático (FDLP) y PCP, incluso la corriente radical del Fath en los territorios.

En efecto, la relación de fuerzas reales en el terreno, en la lucha clandestina bajo la ocupación, no tiene nada que ver con la composición burguesa manipuladora de las instancias de la OLP en el exterior. Mientras que éstas están bajo la hegemonía total de la dirección histórica derechista del Fath, la DPU era y lo sigue siendo, en los hechos, un cartel paritario de las formaciones de la OLP con implantación de masas, es decir las tres formaciones de izquierda y el Fath. Esto es lo que hacía decir a Georges Habache, el jefe del FPLP, en una entrevista concedida al periódico kuwaití Al-Qabas: *"La DPU en el territorio ocupado es el brazo de la OLP... Esto no me impide señalar que este brazo actuante de la OLP en el interior expresa la Carta de la OLP, la adhesión a su programa de la etapa así como las resoluciones de los CNP, mucho más de lo que lo hacen ciertos oportunistas y claudicantes en el marco de la OLP... Estas corrientes viven en la angustia y el temor de ser desbordadas por la DPU".*

La diferencia de naturaleza entre la DPU y la dirección de la OLP conducirá inevitablemente a disensiones y tiras y aflojas. Los primeros comunicados de la DPU, en enero de 1988, a la vez que llamaban con insistencia a las masas a reunirse en la OLP, no se presentan como emanando de esta última. El comunicado nº 2 definirá el primer programa de la intifada. Objetivos estratégicos: regreso (de los refugiados de 1948), autodeterminación y Estado palestino independiente; objetivos inmediatos: *"retirada del ejército de las ciudades, de los campos y de los pueblos"*, *"elecciones democráticas de los consejos municipales y de los pueblos"*, así como una serie de reivindicaciones contra la represión y otros aspectos de la política de ocupación. El comunicado nº 4 expresa una actitud que se sitúa en las antípodas de la de la dirección de la OLP: *"La intifada ha enterrado definitivamente los planes de los dirigentes de Amman, de El Cairo y de Tel Aviv, y de sus agentes, para resolver la cuestión palestina en el marco del proyecto imperialista americano".*

En este estadio tendrá lugar una primera intervención de la dirección exterior. Una circular de la "coordinación", de fecha del 27 de enero, explica que en la intifada "ninguna organización tiene más mérito que otra" y que muchos de sus participantes no pertenecen a ninguna tendencia. La circular propone centralizar y unificar la publicación de los comunicados. Paralelamente se publica el nº 5: por primera vez aparece la firma de la OLP/DPU que se mantendrá posteriormente. La DPU es en adelante presentada y reconocida como organismo de la OLP, sometida en última instancia a ésta. El comunicado nº 5 es de hecho, una copia políticamente edulcorada (sin la frase citada más arriba) del nº 4.

Una línea más radical

Sin embargo, la DPU no ha perdido su carácter particular. Sigue siendo claramente más radical que la dirección exterior, tanto más en la medida que las condiciones de represión y de clandestinidad hacen que no sean necesariamente las mismas personas las que par-



JAIME PASTOR

Guerras, militarismo y sistema de estados

Para poder analizar las características de las diversas corrientes pacifistas y someter a una revisión el punto de vista marxista o materialista histórico sobre estas cuestiones, es necesario presentar previamente cuáles son las principales tendencias de evolución que las guerras y el militarismo han conocido a lo largo de la historia.

La bibliografía sobre estas cuestiones es amplísima, por lo que no pretendemos tratar aquí de manera exhaustiva aspectos suficientemente estudiados. Sólo queremos reseñar los rasgos de ese proceso histórico que tienen que ver con la aparición de las distintas formas de pacifismo y, sobre todo, con las lagunas o limitaciones del pensamiento marxista. Por esa razón se hará especial hincapié en la dinámica propia de las guerras y del militarismo, así como en la relación que tienen esos fenómenos con la consolidación de un sistema internacional de Estados.

Pero, antes de abordar estas cuestiones, conviene empezar precisando conceptos que van a utilizarse repetidamente en este trabajo.

Guerra, militarismo

Como se puede comprobar a través de las numerosas definiciones sugeridas para estos términos, no es fácil llegar a un consenso general sobre su significado. Tanto la guerra como el militarismo han conocido una evolución en su tratamiento a lo largo de la historia, a medida que iban cambiando sus características. Pero la dificultad de precisar el contenido de esos conceptos no puede ser una excusa para explicar al menos cuál es el sentido que adquieren en esta investigación.

Si comenzamos con la guerra, podemos hallar un primer problema en la determinación de sus orígenes y causas. Así, en cuanto a su nacimiento, y prescindiendo de sus formas más primitivas, la guerra o "lucha armada y sangrienta entre grupos organizados"(1) hace su aparición a finales del Paleolítico o comienzos del Neolítico, sin que ello significara que fuera un fenómeno general en las comunidades de aquel tiempo.

No obstante, el reconocimiento de la época en que la guerra irrumpe en la historia no supone que haya un acuerdo general respecto a las causas originales de su surgimiento. Las interpretaciones más diversas continúan enfrentándose en las ciencias sociales, como sucede con la teoría de la agresividad humana frente a la que insiste en que la guerra es una invención cultural y, por lo tanto, potencialmente reversible(2). Pero es difícil negar que desde el momento de su aparición hasta ahora las guerras han acompañado a la historia de la humanidad hasta el punto que el mismo Marx llega a sostener en una ocasión que aquellas precedieron a la paz(3).

Desde que, como comprueba Gordon Childe, la conquista militar aparece como *"uno de los medios de asegurar la acumulación de un excedente de riqueza"*(4), el número de guerras no ha hecho más que crecer. Baste recordar algunas cifras: según un estudio realizado por Greaves, ha habido alrededor de 14.542 guerras organizadas en todo el largo proceso que va desde el año 3.600 antes de Cristo hasta 1962 después de Cristo(5); a la vista de investigaciones similares, Umberto Gori concluye que *"en 3.400 años de historia (documentada) la humanidad ha tenido sólo 234 años de paz, que se pueden definir en términos de ausencia de conflictos armados"*(6).

Pero, ¿qué concepto de guerra se está utilizando en esos estudios? En realidad se emplea una definición técnica, la de todo conflicto armado entre grupos organizados. Es evidente, sin embargo, que lo que nos interesa es poner en relación esa fórmula con el contexto social, económico y político de las diferentes civilizaciones. Por eso es necesario introducir una definición más compleja.

Empezando por la dimensión técnica, la evolución de las condiciones en que la guerra se practica ha obligado a precisar más las características de esa lucha armada entre grupos organizados, con el fin de diferenciar aquella de otras formas de conflicto. Así, se incluye el criterio de que los medios violentos empleados han de ser a gran escala -proporcionalmente a los que se pueden usar en cada época-; además, los grupos organizados que compiten han de tener una fuerza, real o potencial, relativamente comparable, la duración del conflicto no ha de ser especialmente corta, y se llega a exigir también un número mínimo de muertos en combate(7). Como se puede observar, se trata de características que no necesariamente deben reunirse en todos los casos de guerra reales, pero que ayudan al menos a concretar un primer aspecto del concepto.

Hay una dimensión social o económica en la guerra, ya sea interna o externa. Es la que se relaciona con la existencia de un excedente económico o con la aspiración a alcanzarla y aumentarla en favor de unos o de otros. Desde ese punto de vista, la guerra puede ser definida, por ejemplo, como *"el empleo con autoridad de la fuerza física contra otras personas, como un medio a través del cual los grupos que compiten por el*

control de los recursos y beneficios públicos intentan conseguir un desenlace favorable en esa competición".(8)

Pero existe también una dimensión política que interesa resaltar en este trabajo. Hoy es evidente que no se puede presentar a la guerra, o la conquista, como la única causa del surgimiento de los Estados. No obstante, también se acepta que las guerras han tenido mucho que ver con la configuración de muchos Estados y, sobre todo, con las funciones que ejercen. Por eso no es casual que la fórmula que más fortuna ha tenido en expresar esa vertiente política fuera la de Clausewitz. En efecto, con los Estados modernos es ya patente que la guerra tiene que ser entendida como *"un verdadero instrumento político, una continuación de la actividad política, una realización de la misma por otros medios".*(9)

La principal virtud de esta fórmula se encuentra en que introduce el reconocimiento explícito de la relación entre la actividad política normal del Estado y la extraordinaria a través de la guerra. No obstante, fue escaso el interés del militar prusiano por las guerras en el interior de un mismo Estado, limitándose en cambio a poner en primer plano el estudio de la violencia externa de los Estados nacionales. Por eso nos parece útil la definición que de la guerra hacen Karl W. Deutsch y Dieter Senghaas cuando entiende que ésta es *"la violencia organizada real a gran escala, preparada y mantenida por la compulsión y las proclamaciones de legitimidad de un Estado o cuasi Estado, es decir, una organización política relativamente comparable"*(10). En esta explicación vemos unidos los aspectos técnico y político antes mencionados, ampliando los sujetos posibles de la guerra y, por lo tanto, incorporando movimientos vinculados a grupos o clases sociales no identificados con un Estado determinado.

Partiendo, pues, de todas estas sugerencias, el concepto de guerra que proponemos es el siguiente: la guerra es la continuación de la política, a través del enfrentamiento por medios violentos a gran escala, entre organizaciones sociales o políticas que pueden llegar a tener una fuerza relativamente comparable y que aspiran a ver reconocidos sus objetivos políticos, económicos y sociales por esos medios.

Con esta formulación consideramos que aparece suficientemente resaltada la dimensión política de toda guerra, sin por ello incluir en ella otras formas de lucha armada que, aun teniendo objetivos políticos, no se caracterizan por el empleo de medios a gran escala o por la existencia de un equilibrio, real o previsible, de fuerzas entre las partes contendientes.

Como veremos en los siguientes capítulos, la fórmula de Clausewitz fue aceptada por las más variadas corrientes de pensamiento, desde el liberalismo hasta el marxismo. Pero ese común reconocimiento no condujo a una comprensión acabada de la asociación profunda que existe entre la guerra, los Estados y la política, ya que por encima de todo esto parecía situarse el proces de industrialización y la esperanza en que éste terminara con los conflictos armados. Por eso merece la pena resaltar la continuidad de aquella asociación y la ampliación de los actores participantes, tal como hemos tratado de reflejar en la definición propuesta.

Una vez cubierta esta primera cuestión, es más fácil abordar el concepto de militarismo, si bien en este caso la carga ideológica que ha tenido el uso de ese término, desde su aparición en el primer tercio del siglo XIX, aparece como un obstáculo mayor.(11)

Como se sabe, el militarismo es interpretado en el siglo XIX como una manifestación de la asociación que podía existir entre las guerras y las etapas anteriores al proceso de industrialización que conoce la economía europea, reflejando así la esperanza en que esa lacra de la humanidad sea definitivamente eliminada. Sin embargo, las guerras del siglo XX echan por tierra esos pronósticos y obligan a utilizar el término de militarismo en sentido distinto.

Entre las numerosas definiciones, podríamos distinguir una interpretación estrecha y otra amplia de militarismo. La primea es la que aparece, por ejemplo, en la propuesta por Radway: el militarismo sería *"la doctrina o sistema que valora positivamente la guerra y atribuye a las fuerzas armadas primacía en el Estado y la sociedad. Exalta una función - la aplicación de la violencia- y una estructura institucional: la organización militar. Implica, a la vez, una orientación política y una relación de poder"*(12). En esta concepción observamos dos características comunes a muchas formulaciones: el militarismo supone, por un lado, la valoración favorable a la guerra, y por otro, la tendencia al predominio del ejército, fundamentalmente en la esfera política. Consideramos que ese tipo de definiciones refleja una interpretación estrecha por la siguiente razón: en ellas se resaltan las consecuencias de la preparación para la guerra en el ámbito estatal interno, pero queda olvidada la influencia que la sociedad y el propio Estado ejercen en lo militar. Esa visión puede tener utilidad para el estudio de fenómenos como el pretorianismo o el bonapartismo, pero nos sigue pareciendo limitada para lo que constituye nuestro objeto de estudio.(13)

Por eso consideramos más conveniente una definición amplia que considere que hay militarismo en toda actividad relacionada con la preparación para la guerra(14). De esta forma habría que comprender el carácter multidimensional del militarismo a lo largo de la historia, vinculado precisamente a las vertientes técnica, social, económica y política que caracteriza toda preparación para la guerra.

Como es natural, el predominio de unas características en determinadas etapas históricas o en unas u otras sociedades permite también una clasificación de los tipos de militarismo que hayan podido existir. Así, por ejemplo, es corriente distinguir un primer tipo de militarismo en las sociedades preindustriales; otro, en el tránsito de éstas a las industriales; otro, en éstas últimas, y, por último, el que define a la sociedad internacional contemporánea. Pero de todo esto trataremos en los próximos apartados.

De sus orígenes a la Edad Moderna

Con el tránsito de la guerra primitiva a la guerra organizada, empieza pues el militarismo. Como recuerda Michael Mann, *"allí donde encontramos grupos establecidos social y territorialmente con estados y excedentes, encontramos la muerte sistemática en guerras organizadas"*(15). La función social y económica de esos conflictos armados es, por tanto, incuestionable a partir del momento en que ayudan a hacer *"un gran descubrimiento: que el hombre podía ser domesticado, al igual que los animales. En lugar de matar al enemigo derrotado, éste podía ser reducido a la esclavitud".*(16)

Esa función es fácilmente observable en la Antigüedad greco-romana, en donde la potencia militar y la esclavitud se hallan íntimamente unidas(17). Procesos similares han sido observados en otras civilizaciones, habiendo terminado muchas de ellas sin embargo víctimas de su política militar, después de un período de ascenso.(18)

Pero, más allá de esa función expansionista, importa resaltar los avances que en los aspectos técnico y político



JAIME PASTOR

refleja la práctica continuada -y la preparación- de la guerra. Esta provoca el comienzo de una dialéctica, expresada todavía de forma moderada, en la fabricación de armas defensivas y ofensivas y estimula así las primeras asociaciones entre la investigación científica y la militar(19). Al mismo tiempo, se fomenta la aparición de grupos de hombres armados (los hoplitas, los assidui, por ejemplo), generándose así una clase especializada en la actividad militar.

Sin embargo, en esas civilizaciones el proceso de preparación y participación en la guerra no genera aún un militarismo permanente, aunque haya grupos especializados en esas actividades. Por otro lado, los mismos ciclos de auge y decadencia de los Imperios provocan ascensos y crisis en los procesos de militarización de los pueblos, que tienen además características muy diferentes.

Con el feudalismo las relaciones económicas y políticas cambian y esto repercute en la función y las características de las guerras. Los que las practican, los caballeros, ven reconocido un prestigio social creciente debido precisamente a la utilidad económica de su actividad. La guerra se convierte ahora, como recuerda Michael Howard, en *"una institución dirigida por una clase especializada cuyo objeto era el pillaje, la adquisición de nuevos territorios, el comercio o la expansión religiosa o ideológica. El uso del caballo facilitó la movilidad en la guerra, los ejércitos se disciplinaron, se fortificaron las ciudades y se inventaron nuevas armas de asalto"*.(20)

Pero el militarismo feudal se manifiesta en medio de un sistema de poliarquía en donde lo privado y la público se hallan confundidos, al igual que lo económico, lo político y lo militar. En esas condiciones, al mismo tiempo que las guerras constituyen un fenómeno prácticamente cotidiano, no se puede hablar de un militarismo que afecte a la sociedad en su conjunto, debido precisamente a la fragmentación del poder político.

Esta situación cambia, como se sabe, con la aparición de los primeros sistemas protonacionales y la importancia que adquiere en ellos la actividad militar. Se abre así una nueva dinámica competitiva tanto en el perfeccionamiento de nuevas armas como, sobre todo, entre los propietarios de los medios de ejercer la violencia. Con todo ello se inicia el lento proceso que a partir del siglo XV conduce a la formación de los Estados absolutistas, resultado del monopolio alcanzado paralelamente en la esfera de las finanzas y en la de la violencia física.

«Las guerras han acompañado la historia de la humanidad, hasta el punto que el mismo Marx llega a sostener en una ocasión que aquellas precedieron a la paz»

La conquista de ese doble monopolio es, a su vez, resultado de muchas guerras y de la configuración a través de ellas de un nuevo tipo de ejército que pasa por sucesivas fases: primero, es un ejército de mercenarios; luego, de comerciantes, y finalmente, de profesionales. Pero en esa institución se revelan ya características que la distinguen del pasado: su tendencia a convertirse en permanente y estatal y la incorporación progresiva del sistema de reclutamiento de la población. De esta forma, aparecen superadas las guerras de caballeros y se preparan las condiciones para la irrupción de la guerra moderna, favorecidas sin duda por la ideología económica del mercantilismo.(21)

Las guerras se encuentran, por tanto, en el origen mismo de los Estados modernos europeos en un proceso desigual y con particularidades notables en cada país. Sin embargo, sus características comunes quedan resumidas en descripciones como la realizada por Norbert Elias:

"La sociedad a la que llamamos sociedad de la Edad Moderna está determinada, al menos en Occidente, por un grado muy elevado de organización monopolista. Se arrebata a los individuos aislados la libre disposición sobre los medios militares que se reserva al poder central, cualquiera que sea la configuración de éste, y lo mismo sucede con la facultad de recabar impuestos sobre la propiedad o sobre los ingresos de los individuos, que se concentra en manos del poder central. Los medios financieros que afluyen a este poder central, sostienen el monopolio de la violencia; y el monopolio de la violencia sostiene el monopolio fiscal. Ambos son simultáneos: el monopolio financiero no es previo al militar y el militar no es previo al financiero, sino que se trata de dos caras de la misma organización monopolista. Cuando desaparece el uno, desaparece automáticamente el otro, si bien es cierto que, a veces, uno de los lados del monopolio político puede ser más débil que el otro".(22)

En la transición a los Estados absolutistas se demuestra así que lo económico, lo político y lo militar son claramente interdependientes. El resultado de ese proceso es doble: por un lado, permite una "pacificación" interna de las sociedades prenacionales; por otro, abre una nueva dinámica competitiva entre los Estados ante la necesidad de definir sus fronteras y la búsqueda de una posición hegemónica en el exterior. Naturalmente, los casos francés, inglés, prusiano, ruso o español tienen rasgos diferentes que no es neceario estudiar en este trabajo; todos ellos comparten, no obstante, el reconocimiento de la función de las guerras en el emergente sistema interestatal.

De las guerras limitadas a la guerra total

En efecto, a partir de los siglos XV y XVI se inicia una competencia externa, política y militar, entre los nuevos Estados, preocupados cada uno por extenderse y fijar sus fronteras territoriales. Guerras como la de los Cien Años o la de los Treinta Años confirman ese común interés, pero revelan simultáneamente los límites de la relación de fuerzas que se establece entre esas nuevas unidades políticas, a medida que se demuestra la dificultad de un poder imperial en Europa. Surge así la política diplomática, a partir del Tratado de Westfalia, mientras que la expansión militar y territorial se dirige a otras partes del planeta.

En realidad, todo este proceso se manifiesta ya en las ciudades-Estado del Renacimiento italiano. Allí, la guerra y la diplomacia aparecen como instrumentos de los príncipes dentro de un equilibrio de fuerzas que finalmente se rompe, sin dar lugar a una unificación superior hasta el siglo XIX. Bastaría referirse al pensamiento de Maquiavelo para recordar la importancia que este teórico del Estado moderno atribuye a la fuerza y a la preparación para la guerra como el arte por excelencia del gobernante.

Así, la dinámica competitiva desde finales de la Edad Media se manifiesta especialmente en el ámbito militar. Como subraya Carlo Cipolla, es necesa-



rio resaltar el hecho de que a partir de la segunda mitad del siglo XV se generalice el uso de los cañones, paralelamente a "la creación de grandes estados nacionales con poderosos ejércitos y flotas, junto a sus incesantes guerras, exploraciones geográficas y expansiones ultramarinas"(23), situando precisamente en ese momento histórico la tendencia al aumento del desequilibrio militar entre Europa y el resto del mundo.

La interdependencia se hace así cada vez más estrecha; las guerras se extienden, llegando, como en la de los Siete Años, a tener un carácter pan-europeo, y se configura así un sistema interestatal basado en la competencia militar. La Revolución Industrial favorecerá los nuevos avances en la técnica y la organización militar, a la vez que las necesidades de la guerra fomentan aquella.

Pero en la etapa de los Estados absolutistas ni el tipo de Ejército (mezcla todavía de mercenarios, profesionales y reclutas) ni la confusión todavía presente entre la actividad económica y la política permiten la consolidación de la guerra y el militarismo modernos. No obstante, lo que queremos resaltar es el hecho de que se hayan dado los pasos decisivos mediante el control estatal de la violencia, la tendencia a crear un ejército permanente nacional y la nueva dinámica de competencia política y militar. Este conjunto de factores favorece un predominio y una autonomía del militarismo mayores o menores según los casos y las coyunturas, dentro de unas sociedades que están viviendo la transición hacia sociedades industrializadas y capitalistas.

El interés por ese cambio en las relaciones económicas explica que aparezca en muchos casos relegada a un segundo plano la transformación que está conociendo la guerra durante la etapa anterior a la Revolución Francesa. Frente a un Maquiavelo que no muestra reparo en reconocer la función de las armas(24), o a Thomas Hobbes, que considera inevitable la situación natural de guerra en el ámbito interestatal, sólo los fundadores de un nuevo derecho internacional y el pacifismo liberal internacional expresan su preocupación por distinguir entre guerras justas e injustas y por limitar, en todo caso, sus efectos destructivos. En cuanto al pensamiento de la Ilustración, como se sabe, su confianza en que el progreso material traerá consigo la superación de las guerras, es decir, la "civilización" frente a la "militarización", le conduce a considerar este fenómeno como un lastre del pasado.

De esta forma, la caída de los Estados absolutistas y la consolidación de los Estados nacionales liberales del siglo XIX, aún siendo el resultado directo o indirecto de guerras y revoluciones (como en los Países Bajos, Inglaterra, Norteamérica y Francia)(25), parecen anunciar el cese gradual de las guerras inter-europeas, sobre todo tras el Congreso de Viena. Esa esperanza es compartida prácticamente por la mayoría de las corrientes liberal y marxista.

Sin embargo, las guerras napoleónicas no constituyen un fenómeno irrepetible, sino que anticipan, como se verá más tarde, las tendencias de las guerras limitadas a transformarse en totales. La consolidación de los Estados nacionales no hace más que dar mayores dimensiones al militarismo heredado del absolutismo. La separación entre Estado y sociedad civil, entre la actividad económica, la política y la militar, se realiza sobre la base de una nueva relación entre el poder político y los ciudadanos. Aquél sigue manteniendo el monopolio sobre la violencia, mientras que éstos ven reconocidos toda una serie de derechos como miembros de una misma nación. La libertad en la actividad económica, la igualdad en los derechos políticos se ejercen, pues, de forma paralela a la aceptación del control estatal de la violencia. La Revolución Francesa viene a introducir, además, un hecho nuevo: la instauración del servicio militar obligatorio es decir, la obligación de todos los ciudadanos de servir militarmente al Estado en sus guerras.

De esta forma, el Estado consigue una legitimidad en el ejercicio de la violencia que no tenía el Estado absolutista. Así, las guerras adquieren a partir del siglo XIX el carácter de nacionales, con mayor razón si se basan en el servicio militar obligatorio(26).

A este cambio de naturaleza política de la guerra viene a unirse su transformación técnica. La guerra se industrializa a lo largo del siglo XIX, mediante los avances logrados en los transportes y las comunicaciones, con el ferrocarril, el buque de vapor y el telégrafo, entre otros. Inglaterra, en donde se encuentra la economía capitalista más desarrollada en esa época, es también el lugar en donde se inicia la asociación de industria, tecnología y ciencia aplicada a la proliferación de armas, extendiéndose progresivamente a otras esferas de la producción(27). Lo mismo sucede en Francia, Países Bajos y Estados Unidos de Norteamérica, todos ellos beneficiados por la primera ola de industrialización. A ellos les siguen Prusia y Rusia, más atrasadas desde el punto de vista económico. Esos diferentes puntos de partida económicos tienen sin duda influencia en las características mayores o menores que adquieren el militarismo y las relaciones entre los ciudadanos y los Estados respectivos; pero el hecho de que la industrialización de la guerra afecte a todos ellos demuestra la influencia que ejerce la dinámica competitiva engendrada por el nuevo sistema internacional de Estados y por las nuevas técnicas y tácticas militares.

Para comprobar las modificaciones sufridas por la guerra tras la Revolución Francesa, merece la pena referirse a la aportación de Karl von Clausewitz, aunque ya lo hayamos hecho en el apartado anterior en relación a la guerra y la política. La novedad de las reflexiones del militar prusiano en su famoso tratado De la guerra se encuentra en su comprensión de las nuevas tendencias de la guerra. Así, Clausewitz reconoce el cambio producido:

"Desde la época de Bonaparte, la guerra, tras haber estado primero en un lado, después en el otro, y haber sido de nuevo un asunto que concernía a toda la nación, ha asumido una nueva naturaleza, o más bien, se ha aproximado mucho más a su naturaleza verdadera, a su perfección absoluta(...). La causa fue la participación del pueblo en este gran asunto de Estado, y esta participación surgió en parte por los efectos de la Revolución Francesa en los asuntos internos de los países vecinos, en parte por la actitud amenazante de Francia hacia todas las naciones".(28)

Tras "la época de Bonaparte" Clausewitz observa, sin embargo, la posibilidad de un nuevo equilibrio europeo y, por lo tanto, la necesidad de limitar las tendencias absolutas de las guerras. De ahí resulta el acento puesto en la subordinación de la guerra a la política y la recomendación de que ésta, entendida como *"la inteligencia del Estado personificada"*(29), se plantee unos objetivos adecuados a la nueva relación de fuerzas internacional.

Pero las sugerencias para un ensayo de teoría racionalista de la guerra coexisten en el militar prusiano con las oscilaciones y dudas sobre la tensión entre guerra absoluta y guerra real. En realidad, las posibles contradicciones de su obra no hacen más que revelar la dificultad de limitar los conflictos armados a gran escala. Basta referirse, por ejemplo, a los factores que menciona Clausewitz como posibles causantes de una guerra absoluta: la fijación de unos objetivos de carácter absoluto; el error en la determinación de unos objetivos políticos por encima de los medios de que se dispone; la insubordinación de los militares respecto a los políticos o la influen-



JAIME PASTOR

cia de otros elementos no racionales. Así, es tarea básica de todo pensamiento estratégico no sólo la preparación a la guerra sino la necesidad de tener en cuenta, dentro de ella, el "worst case", la peor de las hipótesis.

Por esa razón, más allá de las interpretaciones opuestas que se desprenden de la conocida obra de Clausewitz, hay en ella un reconocimiento de la interdependencia entre lo político y lo militar dentro del sistema internacional de Estados del siglo XIX y, por lo tanto, de las consecuencias que todo ello tiene en la nueva forma de hacer las guerras.

Pero, en realidad, el hecho de que la aportación del militar prusiano se realice en una etapa de relativa estabilidad europea explica también que no fuera fácil aventurar cuáles iban a ser las tendencias que predominarían en los siguientes decenios. Tras 1848-1849 parecen cambiar de signo las guerras nacionales revolucionarias en Europa y agravarse, en cambio, las luchas sociales internas, la competencia interestatal y la expansión fuera del continente. En ese contexto, como se ve obligado a reconocer Engels tardíamente(30), se empieza a comprobar la nueva relación entre el Estado nacional y los ciudadanos a través del servicio militar obligatorio, así como las consecuencias de la nueva carrera competitiva militar en las técnicas y la organización de los ejércitos.

Es precisamente el caso alemán el más significativo por ser el ejército la institución que ejerce una función esencial en la construcción del Estado nacional. De esta forma, como afirma William McNeill, la vía prusiana hacia la guerra se convierte en un "nuevo paradigma" para los ejércitos europeos. Ese modelo, cuyas bases se consolidan a través de la guerra con Francia de 1870-1871, conoce a partir de entonces una extensión creciente. Las formas de organización, las técnicas y las tácticas de las instituciones militares prusianas son seguidas con interés por los ejércitos de otros Estados, simultáneamente a la aceleración de la competencia en la fabricación de armamentos y a su intensificación en los mares.

De nuevo, pues, se da un salto en la preparación para la guerra. En el último cuarto del siglo XIX, las escuelas de estrategia militar se plantean la resolución de las contradicciones observadas por Clausewitz en un sólo sentido: la estrategia ofensiva. Podemos ver ejemplos de esas concepciones en las doctrinas elaboradas por el Estado Mayor alemán. Primero, aunque de forma moderada, con Helmut von Moltke, y luego, más abiertamente, con Bernardi y Schlieffen, se establece la teoría de una guerra preventiva y corta en Europa, basada en la ofensiva total contra el enemigo. En Francia se puede también comprobar una evolución semejante con las teorías del coronel Ardant du Pick y, sobre todo, con el mariscal Foch. Las escasas reticencias que producen en los políticos esas propuestas de ambos Estados Mayores revelan, en cierto modo, que las dinámicas de industrialización de las guerras y de competencia entre los Estados nacionales volcados hacia el exterior son convergentes.(31)

No obstante, los límites de la pacificación interna de los Estados parecen poner también importantes obstáculos a la extensión de este nuevo tipo de militarismo. La prueba más evidente se encuentra en la insurrección de la Comuna de París, en medio de la guerra entre Francia y Alemania. A pesar de su derrota, no hay que olvidar que los gobiernos tienen muy en cuenta esa experiencia, sobre todo ante el importante crecimiento de las organizaciones obreras de la Segunda Internacional y de su "partido-guía", la socialdemocracia alemana. Por eso, la preparación a una guerra tota se plantea simultáneamente para un período corto, ante el temor de que una prolongación de un conflicto armado pusiera en cuestión las bases mismas de los Estados(32). Por esa razón también, las guerras coloniales tienen la función, entre otras, de experimentación no sólo de nuevas técnicas y tácticas militares sino también de las reacciones que puede provocar en los ciudadanos de las metrópolis una guerra de mayor alcance.

La guerra civil norteamericana y la guerra franco-prusiana no son, por lo tanto, simples episodios dirigidos a restablecer la paz sino nuevos pasos hacia la preparación de las "guerras ciudadanas" que estallan en el siglo XX. Pero esas tendencias no son fácilmente observables en un período histórico en el que la confianza en los efectos de la industrialización y la atención a la lucha de clases en el interior de cada Estado-nación dejan en segundo plano el interés por el cada vez más competitivo sistema internacional de Estados y el militarismo que se arraiga en su seno. Las guerras son vistas, pues, dentro de las filosofías de la historia dominantes, como un "mal" al servicio del progreso y destinado a desaparecer en un futuro ideal.(33)

No obstante, merece la pena mencionar algunas excepciones en ese panorama intelectual general. Una de ellas es la de Werner Sombart, cuyas observaciones tienen especial interés por dirigirse en gran parte a criticar al marxismo. Así, este economista alemán resalta la función económica que han tenido la guerra y los ejércitos en el desarrollo del capitalismo, como se demuestra en *"el estímulo que han significado para algunas de las principales industrias y el comercio con sus productos: la industria del cobre, del zinc y, sobre todo, del hierro, es decir, aquellas ramas de la actividad industrial que suministraban la materia prima para las armas"*(34). De esta forma, Sombart reivindica la guerra como fuerza económica, pero no llega a extender su análisis a su relación con los Estados.

Otto Hintze, en cambio, introduce un análisis de la relación entre las guerras y los Estados que va contra la corriente dominante tanto en el liberalismo como en el marxismo. Para el historiador alemán hay que situar en primer plano el estudio de la política exterior de los Estados y la función que en ella tienen las guerras y la creación de fuertes burocracias desde finales de la Edad Media. Por eso no es posible ver los conflictos armados exteriores como algo accidental a la continuidad de la forma de Estado nacional.(35)

También surgen en el tránsito del siglo XIX al XX las teorías sobre el origen del Estado a través de la guerra y la conquista. Así, en Gumplowicz y Oppenheimer se tiende a convertir a la actividad militar en el único factor que explicaría el surgimiento y continuidad del poder político en un mundo en el que *"entre dos Estados no puede haber más relaciones que las siguientes: la guerra, el armisticio o, en fin, la alianza con objeto de operar juntos en contra de un tercero"*.(36)

En Max Weber aparece también una comprensión de la función de la coac-

«Las guerras se encuentran en el origen mismo de los Estados modernos europeos en un proceso desigual y con particularidades notables en cada país»

JAIME PASTOR

ción física en el interior de un Estado, así como un reconocimiento de la utilidad de la guerra y de los armamentos en la política exterior de las grandes potencias antes de 1914. Se trata de un proceso que el sociólogo alemán hace partir, en línea con lo expuesto anteriormente, del Renacimiento. Desde esa época, este pensador observa precisamente la influencia de la "expansión del poder" en las relaciones entre unos Estados considerados como organizaciones de fuerza. Esa dinámica es la que genera la existencia de grandes potencias, definidas como *"agrupaciones que tienen por finalidad, mediante la fuerza o la amenaza de la fuerza, la ampliación del ámbito abarcado por la propia comunidad política"* y que sólo *"cambia con frecuencia de dirección"* por motivos económicos(37). Weber añade, además, otro aspecto importante: el monopolio de la violencia estatal es reconocido como legítimo por los ciudadanos debido a que se sienten representados en el Estado.

También en el caso del marxismo, no faltan referencias a la violencia interna de los Estados así como análisis e intuiciones notables, sobre todo en Engels y Karl Liebknecht, de la dinámica que adquieren las guerras y el militarismo durante el período de "paz armada". Pero la tendencia a reducir esos fenómenos a ser simples medios al servicio del desarrollo de las fuerzas productivas limita la comprensión de sus características y autonomía específicas, así como de su relación con el sistema interestatal, más allá de la denuncia de la utilidad que puedan tener las guerras para el capitalismo.

La guerra de 1914 y la adhesión inicial a ella por parte de la mayoría de los ciudadanos de los principales Estados nacionales revelan ya claramente las tendencias que hemos descrito de forma sucinta. La competencia económica entre grupos de capitalistas constituye sin duda un factor fundamental en el conflicto difícil de rebatir; pero, junto a ella, ha de ser tenida en cuenta la rivalidad política y militar entre los principales Estados europeos. Además, el carácter total del conflicto tiene que explicarse también por otros dos motivos: la industrialización del modo de hacer las guerras, de un lado, y la identificación con los objetivos del Estado por parte de unos ciudadanos que se sienten parte del mismo, de otro.

Podría argüirse que ese conjunto de causas puede ser reducido al primero, es decir al económico. O, desde otro punto de vista, puesto que los actores del conflicto son los Estados, podría sostenerse que es únicamente la competencia política la responsable. Pero nos parece más correcto considerar que hay una combinación de esos factores que explica la militarización de las sociedades antes de 1914 y hace fracasar los intentos pacifistas de evitar el estallido de la Gran Guerra. Esta explicación permite entender precisamente la formación de alianzas entre Estados que se encuentran en formaciones sociales desigualmente industrializadas entre sí, así como la dinámica de transformación que adquiere el conflicto.

No es necesario insistir en las características de guerra total que adquiere la Gran Guerra: siguiendo los criterios sugeridos por Hans Morgenthau, se reúnen en 1914 la determinación de unos objetivos de aniquilación total del adversario y el empleo de medios basados en la movilización general de los recursos materiales y humanos; además, el ius in bello se hace imposible de aplicar ante la desaparición de las fronteras entre la población civil y militar, tanto en la participación en la guerra como, sobre todo, en las muertes producidas.

Sin embargo, como se sabe, la guerra es total, aunque no era esa la previsión realizada por los estrategas militares, que esperaban una guerra corta. El Plan Schlieffen del ejército alemán y el Plan XVII del ejército francés coinciden en el propósito de lograr para sí una victoria rápida y decisiva. En su realización conducen a la colisión, al desconcierto y a la prolongación de la guerra. La obstinación en los objetivos políticos fijados (preeminencia de unas u otras potencias dentro de Europa y el planeta) favorece la continuidad de las estrategias de guerra total. De esta forma se amplía el número de potencias participantes, se emprende una nueva carrera de armamentos, se sientan las bases de una economía de guerra y se genera una autonomía creciente de la actividad militar frente a la política, como sucede con las experiencias de Ludendorff, Joffre o Haig(38). Paralelamente, la adhesión de los ciudadanos a la guerra va decayendo.

Entre estos procesos interesa resaltar los que se refieren a la carrera de armamentos y la economía de guerra. En el transcurso del conflicto se inicia una nueva dialéctica interna en la fabricación de medios de destrucción ofensivos y defensivos, simultáneamente al ensayo de otras tácticas militares. Así, después del primer colapso, se viven nuevas experiencias: las trincheras no pueden ya superar la movilidad y la capacidad de sorpresa de las tropas y, sobre todo, la aparición de los tanques; pero, frente a éstos, surgen luego las armas anti-tanque; nuevas armas como los gases venenosos provocan el terror y obligan a emplear máscaras anti-gas; más tarde, aparecen los aviones como fuerza de apoyo a los ataques terrestres. Las necesidades de la guerra actúan de esta forma como estimulantes de una carrera que obliga, además, a reorganizar la economía en su conjunto. Una vez más, Alemania aparece como avanzada de esta actividad, con las propuestas de Adolph Wagner y Walter Rathenau: la producción ha de someterse a los imperativos militares y ello exige una intervención mayor del Estado en la economía.(39)

Pero, como indicábamos antes, la prolongación del conflicto tiene una consecuencia importante: la relación entre los Estados nacionales y los ciudadanos se va modificando como reflejo del descontento frente a la situación económica, los efectos destructivos de la guerra y el proceso de militarización interna. Los ejemplos más evidentes se encuentran en Rusia y en Alemania. En la primera se comprueba la distancia enorme entre, por un lado, las necesidades de la competencia militar externa en una guerra total, larga y continental, y por otro, el desarrollo económico y las estructuras políticas despóticas del Imperio. En Alemania, su creciente debilidad frente a la alianza de potencias capitalistas desarrolladas obliga al establecimiento de una verdadera dictadura del Estado Mayor en todas las esferas. En otros países, como el Imperio austro-húngaro e Italia, se aprecian manifestaciones similares. En todo caso, lo que queremos resaltar aquí es que la última fase de la guerra permite sostener que se produce una verdadera crisis del sistema internacional de Estados. Su resolución, sin embargo, es compleja: caen los viejos Imperios, surge un Estado ni absolutista ni capitalista en Rusia y empiezan a crearse nuevos Estados nacionales. La Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado y el Presidente norteamericano Wilson vienen a sostener, además, el derecho a la autodeterminación de los pueblos, con lo cual se ve favorecida la extensión del sistema internacional de Estados y se aspira a superar la crisis provocada por la guerra.

La existencia del Estado soviético y su aislamiento tienden, además, a dar una nueva dimensión a la competencia dentro de ese sistema: a partir de ahora, a las tensiones entre Estados fuertes y débiles dentro del mundo capitalista se une la que puede enfrentarles con el nuevo régimen, interesado además, al



menos en un primer momento, en dificultar el proceso de pacificación interna de los otros países.

El primer cuarto del siglo XX se convierte así, incluso desde el punto de vista estadístico, como sostiene Pitirim A. Sorokin, no sólo en el período más sangriento hasta entonces en toda la historia de los conflictos internacionales sino también en uno de los más agitados por las perturbaciones internas que sufrió.(40)

El Tratado de Versalles no viene, como se sabe, a restablecer una etapa de paz sino, más bien, a imponer la nueva relación de fuerzas establecida tras la guerra entre las potencias europeas vencedoras y vencidas. La Sociedad de Naciones es, además, el reflejo de ese resultado, con lo cual la dinámica competitiva del sistema internacional de Estados y el militarismo reciben nuevos impulsos, a pesar del fuerte resurgimiento del pacifismo provocado por las consecuencias de la Gran Guerra.

En esas condiciones no es difícil comprender que el modelo de militarismo vuelva a ser Alemania. Los efectos negativos del Tratado de Versalles, la derrota de la revolución de 1919, la inflación de los años 20 y la ocupación francesa del Rhur en 1923, así como el ascenso del nazismo en el marco de un deterioro de la posición del Estado alemán dentro del sistema internacional conducen a un proceso de militarización de la sociedad. El juego de alianzas con la URSS, por un lado, y con los Estados occidentales, por otro, no puede ocultar las formas que va adquiriendo el militarismo antes incluso de que Hitler suba al poder(41). Lo que hace el nazismo es introducir, ante el fracaso del Estado liberal, una nueva relación entre el Estado-nación y los ciudadanos a través de la doctrina del "espacio vital". La economía y la sociedad en su conjunto entran así en una simbiosis con el Estado y el ejército, apoyándose, como observa Berghahn, en una combinación de nacionalismo militarizado y tecnología industrial moderna.

Este modelo es seguido también en Japón e Italia y, aunque subordinado a otros objetivos, en la Unión Soviética a partir de los años treinta. Pero también en otros grandes Estados es posible observar que tanto la crisis del Estado liberal como la continuación de la competencia en el área internacional favorecen un proceso, más o menos desigual, de militarización, que conoce un impulso creciente a partir de 1934. Así, en las potencias no fascistas se produce un difícil equilibrio entre lo que Michael Mann llama *"racionalidad formal de la guerra limitada"*, por un lado, y la experiencia de la "guerra ciudadana" reciente, por otro(42). En esas condiciones la preparación a la peor hipótesis favorece una nueva etapa en la fusión entre la ciencia, la tecnología y las necesidades de la estrategia militar en todos los grandes Estados. El propósito es evitar el desastre de la Gran Guerra y prepararse de nuevo a una guerra corta, aunque combinando ese objetivo con una política diplomática que tienda, sobre todo en el caso inglés, a apaciguar al adversario.

Ejemplos de reorientación de las escuelas militares en ese camino no faltan durante este periodo de entreguerras. El más extremo es el ofrecido por las propuestas del general alemán Guderian. Su concepción de la "blitzkrieg" o guerra relámpago, apoyándose en las divisiones de tanques blindados, encaja perfectamente con los proyectos de Hitler, dirigidos a preparar una serie de guerras ofensivas, cortas y limitadas, que eviten comprometer a todo el pueblo alemán en una guerra prolongada y aseguren la conquista de nuevos espacios para la expansión exterior.

Se puede encontrar otro tipo de respuestas, basadas en la función destructiva de la aviación tanto en Italia como en Inglaterra y Estados Unidos de Norteamérica. En todas ellas se plantea abiertamente el objetivo de atacar las ciudades, consideradas el centro de gravedad del enemigo, arraigándose así la idea del carácter indiscriminado de toda guerra, tal como se comprueba en los conflictos armados que preceden a 1940. En otros casos, sin embargo se tiende a refutar las concepciones basadas en la ofensiva y se sugiere una estrategia de aproximación indirecta, pero con escaso eco.(43)

El caso francés tiene especial interés porque en él se enfrentan la concepción del alto Estado Mayor, basada en la guerra en dos etapas y en la función de la línea fronteriza, y la de De Gaulle. Este último constituye un ejemplo de ensayo de síntesis de las nuevas características políticas y técnicas de la guerra: por un lado, el Estado-nación pasa a un primer plano frente a las luchas de clases y de grupos, en un mundo caracterizado por una nueva competencia en la que se hace necesario, en opinión del militar francés, recuperar la "grandeur" de Francia; por otro, los avances técnicos exigen combinar tropas de élite capaces de utilizar instrumentos de ataque nuevos, como los tanques, con el sistema de reclutamiento obligatorio. De esta forma, frente a la amenaza alemana, no es posible dejar la iniciativa al ejército de ese país, sino que hay que prepararse, según De Gaulle, a tomar la iniciativa.

La concepción de la relación entre la política y la guerra conduce además a De Gaulle a reivindicar la fusión de ambas tareas en una misma persona, el "jefe", como representante máximo de la nación. A pesar del escaso eco de sus propuestas antes de 1940, habría que resaltar que su éxito final en la Segunda Guerra Mundial no es inseparable de las tesis que empezara a elaborar desde mediados de los años veinte.(44)

El periodo de entreguerras se caracteriza, por tanto, por un proceso de militarización, desigual y diferenciado pero al mismo tiempo cada vez más interdependiente, en el interior de los principales Estados nacionales, afectando ya no sólo a Europa sino también a Estados Unidos de Norteamérica y Japón. Se dan ahora, además, dos fenómenos nuevos: la creación de embriones de lo que luego se llamará complejo militar-industrial, por un lado, y la participación activa de sectores de la población en la preparación de la guerra -el paramilitarismo-, especialmente en los regímenes fascistas, por otro.

El hecho de que este proceso se de en unas condiciones de crisis económica y de ascenso del fascismo provoca, como se sabe, la crisis de las democracias liberales y, por consiguiente, una nueva agravación de las luchas sociales internas, siendo la manifestación extrema de este proceso la guerra civil española. Esta última se convierte así en un ensayo o anticipación en muchos aspectos de los problemas que aparecen luego en la Segunda Guerra Mundial.

Durante el periodo anterior a 1940 hay, no obstante, un dato nuevo que parece convertirse teóricamente en una tendencia contraria al proceso descrito anteriormente: se trata de la creación de organismos internacionales, y en particular de la Sociedad de Naciones. Sin

«La consolidación de los Estados nacionales no hace mas que dar mayores dimensiones al militarismo heredado del absolutismo»

embargo, las condiciones en que nace esta institución (bajo los auspicios de las potencias vencedoras) limitan ya de partida su eficacia respecto a los Estados y a la capacidad de frenar las guerras. Sólo un acuerdo en 1925 para prohibir el uso de gases venenosos y el pacto Briand-Kellogg de 1928 constituyen pasos modestos en este sentido, que analizaremos en el capítulo siguiente al referirnos al pacifismo institucional. Tiene más interés resaltar los tratados y alianzas entre los Estados a lo largo de esta etapa. La firma y ruptura de los mismos revela la inestabilidad del sistema internacional y la diversidad de intereses que existe no sólo entre la URSS y el resto de los Estados sino también entre estos últimos, condicionados tanto por el resultado de la Primera Guerra como por su situación geopolítica. En cambio, se observa ya en este periodo una capacidad de adaptación de las corporaciones económicas transnacionales a la situación de los distintos Estados nacionales, puesta de relieve incluso en el caso del nazismo por Bettelheim.(45)

De cualquier manera, en los preparativos de la guerra es fácil comprobar el contraste enorme entre la clara determinación de los objetivos políticos del nazismo, por una parte, y las oscilaciones que conocen tanto las principales potencias occidentales como la URSS, por otra. La fragilidad del tratado de Munich y del pacto Molotov-Ribbentropp es buena prueba de ello, viéndose perjudicadas tanto las pequeñas potencias como, sobre todo en un primer momento, la identificación de los ciudadanos con la defensa de su nación respectiva frente a la expansión del militarismo nazi.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial constituye, pues, una nueva conmoción del sistema internacional, viéndose implicado en ese tipo de conflicto por primera vez un Estado de una sociedad industrial no capitalista. Dada la extensión y complejidad de la guerra, no es fácil determinar con precisión la diversidad de intereses y factores que entran en juego. No se trata de dejar al margen las contradicciones entre grupos de capitalistas. Pero en todo caso hay que recordar que esos choques se expresan a través y junto con las alianzas entre los Estados nacionales: por un lado, la alianza nazi-fascista, representación de Estados y economías menos industrializadas, aspira a una modificación de la relación de fuerzas internacional a su favor; por otro, la coalición de los países más industrializados junto con el Estado soviético, unidos todos ellos frente a los objetivos expansionistas nazis, trata de evitar el deterioro irreversible de su status geopolítico.

«El periodo de entreguerras se caracteriza por un proceso de militarización, desigual y diferenciado, pero al mismo tiempo cada vez mas interdependiente, en el interior de los principales Estados nacionales,...»

En ese contexto, y teniendo en cuenta los objetivos políticos que se plantean, la militarización, los nuevos avances en la industrialización de la guerra y los intentos de aplicar estrategias ofensivas, el conflicto se convierte en un primer momento en guerras cortas que tienden a transformarse en una nueva gran guerra prolongada y total, superando la experiencia de la anterior. Así, a los primeros éxitos de la "blitzkrieg" sucede el gran revés del choque con la URSS, con lo cual la guerra se prolonga en los frentes oriental y occidental de Europa y se extiende a otras partes del planeta. El número y las características de los actores del conflicto se hacen más complejos, mediante la participación activa de los pueblos y los nuevos movimientos de liberación nacional. A la "hostilidad absoluta" de Hitler-Ludendorff responden la búsqueda de su rendimiento incondicional y la lucha por la restauración o la creación de nuevos Estados en el sistema internacional.

De esta forma los objetivos políticos y militares pasan a ser absolutos a lo largo del conflicto. Esto explica que los medios y las tácticas que se emplean tiendan a ser cada vez más destructivos: ésta pasa a convertirse en la guerra del fordismo militar, de la destrucción indiscriminada de ciudades, o del uso intensivo de la radio como instrumento de propaganda. Se establece una nueva carrera de invención y fabricación de armas en plena guerra, asociándose aún más estrechamente la ciencia, la tecnología, la industria y la política militar. El resultado extremo de este proceso es sin duda la aparición de las armas atómicas, cuyo empleo en Japón marca la culminación de los efectos destructivos de este conflicto intercontinental.(75)

No es intención de este trabajo analizar las controversias suscitadas por el uso de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Sólo queremos hacer observar lo siguiente: en primer lugar, que esos acontecimientos son inseparables de la dinámica engendrada por la guerra y los objetivos políticos y militares que se van fijando en ella; en segundo lugar, que la utilización de esas nuevas armas por Estados Unidos de Norteamérica no puede ser, sin embargo, inseparable de las previsiones que sus estadistas hacen de las condiciones en que ha de restablecerse el sistema internacional de Estados a medida que se hace inminente la derrota del nazismo(47). Por eso, de nuevo en hechos como éste se ve confirmada la confluencia de factores económicos, políticos y militares.

Pero nos hemos referido también a la ampliación de los actores del conflicto y en esto es donde hay una importante novedad en una guerra internacional. Junto a los Estados y a los ejércitos regulares de la coalición antihitleriana surgen movimientos de resistencia armada y no violenta en muchos países. Sobresalen los casos de Grecia, Yugoslavia, Francia, Italia, China e India. En todos ellos se comprueba una nueva relación entre el proceso de construcción de nuevos Estados nacionales y las fuerzas sociales que participan en esos movimientos. Por eso el resultado final que se da en cada uno de esos casos exige de los nuevos Estados otro proceso de pacificación interna, unido esta vez a la búsqueda de nuevas formas de legitimar el monopolio de la violencia.(48)

La repercusión de los efectos destructivos de este período y, sobre todo, de la significación histórica de las primeras armas atómicas tarda, sin embargo, en ser comprendida. A este respecto la situación es muy distinta de la que existía tras la Primera Guerra Mundial: mientras que en 1919 parecen triunfar las ansias pacifistas de las poblaciones afectadas, ahora el reconocimiento casi general de que se ha emprendido una guerra justa contra el nazismo frena la emergencia de una nueva conciencia pacifista frente al impacto que pueden tener las armas de destrucción generalizada. Pero, además, como veremos ahora, las características conflictivas del nuevo sistema internacional tampoco favorecen, duran-

te una primera fase, la comprensión del nuevo proceso abierto.

La era nuclear

La definición de la etapa abierta tras 1945 como era nuclear no obedece a una simple visión periodística o impresionista. La revolución que supone la fabricación de ese tipo de armas dentro de la carrera de armamentos y del sistema internacional es ya justificación suficiente para darle esa denominación.

Esos medios violentos a gran escala obligan a plantear en nuevos términos la relación entre lo político y lo militar y, sobre todo, entre la guerra limitada y la guerra absoluta y total. En términos más claros, la existencia y disposición estatal de esos medios conducen a reflexionar sobre la eficacia de la preparación para una guerra que puede ser la última en la historia de la humanidad. Por eso el militarismo de la era nuclear tiene que justificarse muy pronto con la teoría de la disuasión, basada en la racionalidad instrumental de las nuevas armas.

Pero sería parcial reducir el análisis del militarismo y del sistema internacional al predominio de las armas nucleares. Por eso, antes de entrar en esta cuestión, conviene recordar otros aspectos. Desde 1945 se va configurando un sistema internacional de Estados en el que las relaciones de desigualdad no son ya entre los Estados nacionales occidentales y el resto del mundo. Ahora se hacen más complejas, sobre todo tras los pactos de Yalta y Potsdam: dos grandes potencias -EEUU y URSS- adquieren una preponderancia dentro de Europa, mediante el reparto de esferas de influencia, mientras se va tejiendo a lo largo del planeta una red de alianzas y dependencias entre las pequeñas, medianas y grandes potencias.

Se produce, por consiguiente, una nueva extensión del modelo de Estado nacional territorial; pero ahora asociado con alianzas y bloques militares más o menos estables que tienden a congelar las relaciones de fuerzas internacionales surgidas tras las sacudidas inmediatamente posteriores a la segunda gran guerra. Sólo en el llamado "Tercer Mundo" se producen guerras de liberación que modifican el status quo internacional. En ese contexto general y teniendo en cuenta el peso de dos bloques militares asociados a formaciones económicas y sociales distintas y al control de las armas nucleares, es necesario reconocer las nuevas dimensiones que adquiere el militarismo contemporáneo.

Para una definición del contenido que tiene ese militarismo nos parece adecuada la descripción que hace Vasili Secares de lo que él califica como orden militar mundial. En su opinión, ese orden tendría los siguientes elementos: 1) la investigación, desarrollo, fabricación y adquisición de armamento por los grandes poderes militares y los países económicamente desarrollados; 2) el constante desarrollo y proliferación de doctrinas militares que identifican el nivel de armamentos con los de seguridad e independencia de cada país; 3) la proliferación en cierto número de países avanzados de complejos militar-económico-tecnológico-políticos, orientados hacia el exterior; 4) el funcionamiento de las alianzas militares; 5) la realización de actividades militares constantes en mares y océanos, submarinas, atmosféricas y espaciales; 6) la presencia en territorios extranjeros de bases, tropas y facilidades militares de diverso tipo; 7) la intervención directa o encubierta en los asuntos internos de otros Estados; 8) los conflictos locales o regionales armados, con participación extranjera abierta o encubierta; 9) el comercio de armas con los países en desarrollo; 10) los programas de ayuda militar a esos países; 11) el estímulo a la creación de industrias de defensa en esos países con ayuda extranjera; 12) la emergencia de un "lumpen-militarismo", es decir, de regímenes militares en el Tercer Mundo y, en general, el aumento del papel de las fuerzas armadas en esos países.(49)

Sin necesidad de reducir el análisis de las relaciones internacionales a la existencia de un orden militar mundial, lo cual significaría hacer abstracción de otras características en el orden económico, político o social, nos parece que en la descripción hecha por Secares aparecen toda una serie de rasgos característicos del militarismo actual, aunque éste se presente de forma desigual en unos u otros países. Siguiendo también a Secares, se puede concluir que se trata de un *"conjunto de actividades, relaciones y procesos en las que toma cuerpo y se realiza la expansión militar, y genera una dinámica de poder mundial, un sistema de dominación y subordinación, una red de dependencias jerárquicas y una estructura de control basada en las fuerzas armadas (con todos sus componentes), insertas todas ellas dentro de las relaciones internacionales contemporáneas"*.(50)

> *«...tanto la dinámica de innovación tecnológica como la teoría de la disuasión obligan a los estrategas políticos a prepararse a una guerra nuclear y estar en condiciones de ganarla»*

Como es natural, el rasgo más sobresaliente de ese militarismo proviene de las guerras efectivamente emprendidas desde 1945, la mayoría de ellas en el Tercer Mundo, pero con participación extranjera abierta o encubierta en muchos casos. Se trata de más de 120 guerras que han costado más de 25 millones de muertos. En ellas se ha podido comprobar los efectos de la industrialización creciente de las guerras, mediante el empleo de armas convencionales, químicas y biológicas cada vez más destructivas, no habiendo faltado además ocasiones en las que se ha estado a punto de emplear armas nucleares(51). En cuanto a las causas de estos conflictos, es evidente que las económicas y sociales tienen una importancia innegable, asociadas al problema de la "modernización" de esos países dentro de una economía mundial cada vez más interdependiente. pero, como se ha podido ver en etapas históricas anteriores, a esas causas se unen las relacionadas con las dificultades de consolidación de Estados nacionales que consigan el monopolio legítimo de la violencia y, por lo tanto, instauren una pacificación interna, simultáneamente al reconocimiento de sus fronteras territoriales por los vecinos y por las grandes potencias. Por eso, en esas circunstancias es fácil comprender las formas de penetración del militarismo.

Pero hay otro fenómeno nuevo desde 1945: la extensión de Estados no capitalistas en países en proceso de industrialización ha ido acompañada por guerras entre esos Estados cuya causa ya no puede ser atribuida, como hacían Marx, Engels o Lenin, al capitalismo. El conflicto entre la URSS y China, aunque no degenerara en guerra, así como las guerras entre Vietnam y Camboya o entre Vietnam y China, son las más patentes demostraciones de que en sus enfrentamientos también entran en juego los intereses de cada Estado nacional así como muchos de los rasgos que definen el militarismo contemporáneo(52). A lo cual podemos añadir el hecho de que la URSS haya mantenido desde 1980 una guerra en Afganistán contra un movimiento de resistencia armado,



comprobándose en este caso la existencia de motivos geopolíticos específicos.

Naturalmente, otros elementos fundamentales de la nueva era son los que se refieren a los gastos militares, a los complejos militares-industriales y a la carrera de armamentos en general. Por lo que respecta a las economías capitalistas, el cambio radical que significa la producción de armas en comparación con anteriores etapas históricas se ha ido reflejando en su tendencia a absorber una parte muy notable del producto anual bruto en muchos países, favoreciendo al mismo tiempo el desarrollo capitalista. De esta forma, vemos multiplicada la función económica útil que observara antes Sombart en el militarismo. No obstante, en el último período la crisis económica ha puesto en cuestión esa misma función, siendo objeto de controversia el análisis de las causas y alternativas posibles a este problema.(53)

En cuanto a las economías no capitalistas y particularmente la URSS, la función económica de los gastos militares parece haber sido distinta, debido tanto a la diferente naturaleza de su organización social como a la dificultad de hacer compatibles sus objetivos dentro de la carrera armamentista con su grado de desarrollo económico.

En cualquier caso, lo que hay que resaltar es que en las grandes potencias se ha consolidado un complejo militar-industrial cuya imbricación con la investigación científica y con unos intereses económicos y políticos ha sido demostrada en muchos estudios. Dentro de ella nos interesa, sin embargo, poner el acento en la nueva dinámica de investigación científica y de innovación tecnológica que se crea a partir precisamente del descubrimiento de las armas nucleares. Desde ese momento se ha abierto una carrera competitiva que, aun no siendo ajena a los otros factores antes mencionados, ha ido adquiriendo su propio impulso. En este sentido hay también un cambio cualitativo respecto a anteriores etapas en cuanto a la relación entre invención y estrategia militar: desde 1945 es la tecnología la que en muchas ocasiones "tira del carro de la estrategia" y no a la inversa.(54)

Las explicaciones de esa dinámica son muy diversas. Teoremas como el de la acción-reacción ponen el acento en la interdependencia que se genera entre los Estados adversarios y sus sucesivos descubrimientos, especialmente si nos referimos a las grandes potencias, lo cual suscita a su vez reacciones en cascada. Otros resaltan factores intrínsecos como la influencia de los ciclos de obsolescencia de los sistemas de armas, la inflación de modernización que en ellos se producen así como la función esencial de la premisa de todo análisis estratégico militar: prepararse a la peor de las hipótesis posibles, con mayor razón si hay una tensión constante en torno a la búsqueda del equilibrio o incluso la superioridad militar. Otros, en fin, asocian ese impulso relativamente autónomo de la dinámica armamentista con la consolidación de un sistema de amenazas a escala internacional y las enemistades autistas que crea.(55)

En cualquier caso, ese proceso adquiere un peso específico que influye y es influido simultáneamente por la difusión mundial de las formas de hacer la guerra industrializada y la proliferación nuclear. El corolario de todo esto es la existencia de una similitud creciente de las instituciones militares y de una "cultura armamentista global". En este marco general nos parece válido el concepto amplio de militarismo al que nos hemos referido en el primer apartado de este capítulo: hay una preparación a la guerra que adquiere muchas dimensiones tanto en la esfera del Estado y de la producción como en la sociedad internacional en su conjunto.

Pero, como es obvio, el problema central se encuentra en hacer compatible la racionalidad instrumental de las armas nucleares con la irracionalidad final que supondría su uso en una guerra nuclear total. La cuestión se complica porque el sistema internacional puede ser ya entendido de forma global en los términos planteados por Raymond Aron: se trata de *"el conjunto constituido por una serie de unidades políticas, que mantienen entre sí relaciones regulares y que son todas susceptibles de verse implicadas en una guerra general"*.(56)

De ello resultan la eficacia y las crisis periódicas vividas por la teoría de la disuasión. La búsqueda de la seguridad nacional de un Estado mediante un armamento capaz de impedir el ataque del vecino es tan vieja como la guerra. Pero la novedad está ahora en que tiene que hacerse con armas nucleares y en el marco de un sistema competitivo e interdependiente mayor que en cualquier época pasada, ya que los nuevos organismos internacionales -la ONU, en primer lugar- se han manifestado hasta ahora incapaces de frenar ese proceso.

Así, el mantenimiento del monopolio estatal de la violencia en el interior de cada país se ha visto acompañado de una carrera competitiva por el aumento de los medios de violencia externa entre los Estados, únicamente limitado por la cadena jerárquica que se establece en el seno de las alianzas militares entre ellos. En esas condiciones es fácil comprender la buena acogida que tiene el realismo político en el análisis de las relaciones internacionales inmediatamente posteriores a la Segunda guerra Mundial. En esta escuela de pensamiento se trata de comprender la nueva relación de fuerzas estatales sobre la base de los conceptos de poder y de interés nacional, identificados ambos con los Estados. Tanto los seis principios como las cuatro reglas de la diplomacia o los cinco requisitos de todo compromiso sugeridos por Hans Morgenthau expresan claramente una visión de las relaciones entre Estados en la que predominan el criterio de la seguridad nacional y la disposición a utilizar la fuerza para imponerlo en el exterior. Sin embargo, en esta corriente se puede observar ya el reconocimiento de que la existencia de una soberanía ilimitada en cualquier Estado nacional constituye un factor que favorece el desequilibrio de las relaciones internacionales y la posibilidad de una guerra nuclear:

"La realidad política de la probabilidad de una guerra destructiva confronta la preferencia política para la preservación de la soberanía nacional. En tanto encontramos por doquier gentes ansiosas de liberarse de la amenaza de guerra, también muestran el deseo de preservar la soberanía de sus naciones respectivas. Sin embargo, si el precio de la paz fuese sólo una parte de la soberanía y no el todo; si a fin de disminuir la posibilidad de guerra fuese necesario tan sólo que la nación compartiera su soberanía con una organización internacional, y no la abandonara por completo, podría tenerse paz y soberanía nacional al mismo tiempo".(57)

Se apunta así una cuestión que está presente en los sucesivos estudios de los conflictos internacionales. La aplicación de la teoría de la disuasión desde la óptica de un Estado o un bloque militar hegemonizado por una gran potencia (es decir, la persecución de una mayor seguridad para crear inseguridad en el vecino o adversario) obliga a participar en la carrera armamentista y a plantearse la preparación efectiva a una guerra nuclear que pudiera ser limitada y en la cual poder obtener la victoria.

Por eso han surgido teorías de todo tipo tendentes a mantener una aplicación de la disuasión nuclear que favoreciera al mismo tiempo la cooperación entre los Estados adversarios dentro de un sistema internacional único. Propuestas como la de Thomas Shelling o la de Karl Deutsch van por ese camino y me-

rece la pena referirse a ellas, aunque sea de forma sucinta.

Siguiendo una línea de pensamiento semejante a Clausewitz así como las sugerencias que ya hiciera Johan Huizinga, la teoría de los juegos es utilizada por Schelling para el estudio de los conflictos entre Estados: esas tensiones serían asimilables a los juegos de motivación mixta, exigiendo por tanto la negociación, la comunicación y la limitación de las guerras. La "diplomacia de la violencia"(58) debería ir dirigida, desde ese punto de vista, al uso racional de la amenaza de guerra. Sin embargo, hay en Schelling la comprobación de las dificultades de un control racional de las guerras, teniendo en cuenta las posibilidades de escalada a partir de conflictos limitados o de la insuficiencia de las armas convencionales para asegurar un desenlace fravorable en ellos. De esta forma se podría traspasar el umbral, emplear armas nucleares y generalizar una guerra. Para evitarlo, la competencia militar tendría que ir acompañada de procesos tendentes a contrarrestar la desconfianza mutua entre los adversarios: por consiguiente, se hace necesario establecer una teoría de la decisión interdependiente capaz de controlar la dinámica de los conflictos. No es por eso casual que este tipo de propuestas sirva de inspiración a la concepción de la "destrucción mutua asegurada" y el "linkage" que caracterizan las relaciones entre las grandes potencias durante una de las etapas de postguerra.

En cuanto a la propuesta de Karl W. Deutsch, la clasificación de los conflictos entre los Estados es, siguiendo a Anatol Rapoport, la siguiente: puede haber en ellos luchas, juegos y debates. Las primeras incluirían los enfrentamientos casi automáticos, semejantes a los que se producen entre perros rabiosos; de ellos no habría mucho que decir, ya que no son controlables. Los juegos, en cambio, serían conflictos racionales caracterizados por la existencia de una estrategia y en los que cada jugador mantiene un control racional sobre sus propios movimientos, aunque no siempre sobre sus resultados; por último, los debates serían aquellas contiendas que permitirían un intercambio de imágenes y motivacioanes, como ocurre en las negociaciones. Pues bien, en opinión de Deutsch, los conflictos entre las grandes potencias deberían ser considerados como juegos en los que puede haber un cálculo racional de lo que se puede obtener en cada caso particular. De esta forma parece posible, según este investigador, analizar cuándo puede haber competición o coordinación, con el fin de evitar una guerra nuclear en la que las dos grandes potencias salieran perdiendo(59). Se hace necesaria, por tanto, una teoría de la negociación. No obstante, al igual que Schelling, Deutsch reconoce la dificultad de aplicar la teoría racionalista a las relaciones entre los Estados, ya que *"las políticas exteriores más importantes no se eligen o conservan siempre mediante un cálculo racional, como sugerirían los modelos de la teoría clásica de los juegos, sino más bien por un proceso parcialmente racional, pero también parcialmente azaroso, de búsqueda y evaluación limitadas".*(60)

«La 2ª Guerra Mundial pasa a convertirse en la guerra del fordismo militar, de la destrucción indiscriminada de ciudades, o del uso intensivo de la radio como instrumento de propaganda»

Apoyándose precisamente en hipótesis más pesimistas, ha habido otras respuesta, una de las más conocidas es la que se basa en el dilema de los prisioneros. En este caso se considera que la desconfianza mutua terminará por pesar más en los conflictos internacionales, con lo cual podría precipitarse una guerra nuclear: el dilema de la seguridad nacional y la imposibilidad de salir de él continuarían generando una dinámica de inseguridad internacional que acabaría en la autodestrucción.(61)

«En las grandes potencias se ha consolidado un complejo militar-industrial cuya imbricación con la investigación científica y con unos intereses económicos y políticos ha sido demostrada...»

También podríamos referirnos a las diversas aplicaciones de la teoría de sistemas a las relaciones y conflictos internacionales, aspirando muchas de ellas a asegurar la limitación y resolución de las tensiones dentro de una perspectiva integradora. Pero baste referirnos a la aportación de un sociólogo rumano, Silviu Brucan, de especial interés por proceder de un país vinculado al socialismo real. En sus propuestas se puede observar el reconocimiento del peso protagonista del Estado-nación, pero situándolo en primer lugar frente al punto de vista marxista clásico según el cual predomina la lucha de clases. Desde el punto de vista de Brucan, se trataría de enfrentar a la política de las grandes potencias las presiones de la tecnología y la interdependencia modernas, la voluntad de igualdad de las naciones y, por último, los cambios sociales. Sin embargo, la dimensión militar del sistema internacional es subestimada en este análisis. La confianza en la fuerza integradora de los factores antes citados hace aventurar a Brucan la perspectiva de disolución del poder(62) antes de que termine este siglo.

El breve recorrido por estos estudios de los conflictos nos sirve para ilustrar las dificultades que surgen en la tarea de hacer compatibles la teoría de la disuasión nuclear y las consecuencias que puede tener en aquellos casos en los que no sea posible un control racional de conflictos o guerras limitadas.

Esta cuestión se hace más compleja en la medida en que tanto la dinámica de innovación tecnológica como la teoría de la disuasión obligan a los estrategas políticos a prepararse a una guerra nuclear y a estar en condiciones de ganarla. Resultado de la confluencia de ambos procesos ha sido la aparición de doctrinas de opciones nucleares limitadas, no solo en el ámbito militar sino también en el político, en el decenio de los setenta. Pero, para que esas doctrinas fueran viables, ha hecho falta que antes pudiera disponerse de las armas adecuadas. Por eso, paralelamente a las oscilacioanes en las relaciones entre bloques político-militares, es importante hacer notar que el momento crítico vivido en la primera mitad del decenio de los ochenta es producto no sólo de tensiones de carácter político o económico sino también de las posibilidades ofrecidas por las nuevas armas planificadas mucho tiempo antes.

En la actualidad, una vez superado parcialmente ese momento crítico tras el acuerdo de destrucción de las armas nucleares de primer golpe, merece la pena resaltar cuáles son las característi-

cas de la carrera competitiva militar así como sus efectos posibles dentro de las escuelas militares. En primer lugar, hay que subrayar la cada vez más difícil distinción entre las nuevas armas convencionales y las nucleares, en cuanto a poder destructivo se refiere; en segundo lugar, la intensificación de la competición en mar y aire, especialmente a partir del proyecto de "guerra de las galaxias"; en tercer lugar, el mantenimiento de doctrinas ofensivas por parte de los mandos militares de los principales bloques; en cuarto lugar, las posibilidades mayores de una guerra por accidente; en quinto lugar, la función decisiva, al menos temporalmente, que puede seguir teniendo la fuerza militar de grandes potencias a pesar del deterioro de su hegemonía en otras esferas del sistema internacional; por último, las consecuencias que pueden tener esos cambios en las relaciones entre los Estados dentro de un proceso de proliferación horizontal y vertical de las armas nucleares,químicas, biológicas y convencionales. Paşemos a describir brevemente estos procesos.

Respecto a la primera tendencia indicada, el hecho de que surjan medios de ataque convencionales cada vez más semejantes a los ingenios nucleares más pequeños, la fabricación de sistemas con cabezas nucleares y convencionales intercambiables, así como los avances en la fabricación de armas químicas y biológicas son las manifestaciones más patentes de la desaparición de la frontera tradicional que separaba las distintas clases de armas. Por consiguiente, aumenta también la posibilidad de escalada en una guerra inicialmente limitada.(63)

El segundo fenómeno apuntado se refiere, en primer lugar, a la nuclearización de los mares, agravada en los últimos años. En las investigaciones recientes se resalta el hecho de que se está procediendo a la instalación de cohetes de crucero con capacidad para dar el "primer golpe" desde el mar, con el argumento adicional de que su movilidad permite una intervención rápida ante los posibles focos de conflicto(64). En segundo lugar, se encuentran las tentativas de prepararse a lo que se llama comúnmente "guerra de las galaxias". Según la Iniciativa de Defensa Estratégica, por ejemplo, se pretende crear unos escudos espaciales capaces de destruir en el aire las armas nucleares estratégicas del adversario, antes de que lleguen a sus blancos. No obstante, las dificultades técnicas y financieras de un proyecto semejante son todavía grandes, lo cual ha obligado a plantearse modificaciones en los objetivos fijados inicialmente por Estados Unidos. En el caso de la URSS, este posible salto en la carrera armamentista constituye sin duda un factor que podría agravar la distancia entre las necesidades estratégicas militares y la capacidad económica del Estado y la industria soviética para asumir aquellas. Teóricamente se sostiene que el establecimiento de esos escudos espaciales haría obsoletas las armas nucleares; sin embargo, esta consecuencia exigiría previamente un freno efectivo en la fabricación e instalación de esas armas y, sobre todo, un cambio en las doctrinas militares vigentes.(65)

«A medida que se ha ido reforzando la capacidad operativa de los principales Estados y bloques militares para emprender una guerra nuclear-convencional, se ha ido debilitando el consenso social interno...»

En efecto, la persistencia de concepciones militares ofensivas dentro de los Estados Mayores de las grandes potencias nucleares constituye un dato fundamental. Aunque se considere irracional el desencadenamiento de una guerra nuclear, la política de disuasión exige, como se ha expuesto antes en este mismo apartado, la preparación a ese tipo de guerra. Por eso la preocupación de los estrategas militares ha consistido en estar dispuestos para el uso de armas nucleares; por esa razón también se han repetido ocasiones en que ha existido la amenaza efectiva de su empleo y en la actualidad doctrinas como la Air-1 and Battle 2.000 o la tentación siempre presente del ataque preventivo confirman la permanencia de la hipótesis de guerra ofensiva, corta y basada en la combinación de armamento convencional y nuclear.

Respecto a las posibilidades de una guerra por accidente, ésta es una posibilidad avalada por la dificultad que supone el control racional de la tecnología informativa y de comunicación rápida que exige el empleo, antes que el adversario lo haga, de armas destructivas de gran alcance. Algunos investigadores concluyen del estudio detallado de este proceso tan corto que *"el peligro de guerra como consecuencia de la disfunción entre control y complejidad está creciendo. La guerra por accidente es un peligro más grande que la guerra por decisión"*.(66)

El quinto factor mencionado tiene que ver con los cambios que se producen en otras esferas de las relaciones internacionales. Sólo queremos referirnos a la mayor complejidad del sistema internacional de Estados y de la economía mundial, que parecen favorecer la multipolaridad con la emergencia de nuevas grandes potencias y con cambios en el peso económico y las relaciones de interdependencia entre aquéllas y las viejas grandes potencias. En esas circunstancias la carrera de armamentos puede plantearse en nuevos términos, bien para estimularla, bien para provocar una reorientación a través de fórmulas como la disuasión discriminada o la disuasión suficiente(67). En todo caso, la importancia atribuida al factor militar en las relaciones y alianzas entre las diversas potencias no se ha visto negada, apuntándose únicamente la tendencia a corregir el desequilibrio que en esta esfera pueda existir entre todas ellas.

El proceso anterior se complica con las consecuencias de la amplia difusión de las formas de hacer la guerra industrial y nuclear. El poder destructivo de las nuevas armas convencionales así como el de armas nucleares tácticas, por no hablar de las químicas y biológicas, están en manos de un número cada vez mayor de Estados nacionales, difícilmente controlables por organismos internacionales, con lo cual aumenta la amenaza de guerras ofensivas que pueden adquirir, al menos, una dimensión regional.

Del análisis de esta serie de fenómenos se puede deducir la posibilidad mayor de una guerra nuclear-convencional y, en todo caso, la continuidad de las tendencias a la militarización de las sociedades; o también, la convicción de que esos procesos son el precio, por ahora inevitable, del equilibrio de la disuasión entre los principales bloques militares. En esta última interpretación se sostiene, además, que gracias a esa disuasión se ha impedido las guerras en

determinadas regiones del planeta y se ha limitado el alcance internacional de las guerras locales y regionales de la postguerra.

De cualquier manera, conviene terminar esta parte con la referencia a otra dimensión de la política de disuasión. Se trata de lo que Pierre Lellouche llama el tradicional dilema de la disuasión(68), es decir, el hecho de que a medida que se ha ido reforzando la capacidad operativa de los principales Estados y bloques militares para emprender una guerra nuclear-convencional, se ha ido debilitando el consenso social interno que les es igualmente necesario para garantizar el apoyo a su política de seguridad; aunque este proceso haya sido desigual en función de la relación que ha podido establecerse entre ese factor y otros de orden económico, social o político. Ese dilema ha sido patente en la primera mitad del decenio de los ochenta y no es ajeno a la existencia de focos de conflicto bélico en el mundo, a la crisis de los Estados del bienestar o a la de los Estados del socialismo real. De esta forma, aparecen estrechamente asociados dos aspectos de los Estados nacionales, ya descritos a lo largo de este trabajo: la violencia externa y la pacificación interna. Ahora se plantean, además, como un problema inherente a la permanencia de un sistema internacional basado en la existencia de Estados soberanos, al menos teóricamente, en el uso de medios de destrucción a gran escala.

No es, por tanto, casual que en la era nuclear la visión de la guerra como un mal al servicio del progreso haya sido puesta en cuestión desde las más diversas corrientes de pensamiento, generando nuevas actitudes ante el pacifismo. Como tampoco es ajena a esta nueva conciencia ante la guerra, aunque influyan sin duda otros factores, la firma del primer acuerdo de desarme nuclear por los representantes de las dos principales potencias militares.

Por consiguiente, en la era nuclear se ven manifestadas de manera patente las tendencias que parten de la aparición del sistema internacional que surge con los Estados modernos y las nuevas formas de hacer la guerra. La influencia de la industrialización y del capitalismo tiene que ser reconocida en este proceso histórico; pero no pueden ser ignoradas la dinámica y la autonomía específica que van alcanzando las guerras, el militarismo y la lucha por el poder hasta el punto de desembocar en la amenaza de una guerra nuclear total y última para la humanidad.

NOTAS

(1). Gaston Bouthoul,, Le phénomène guerre, *París, Payot, 1962, pág. 36.*

(2). Basta referirse a obras como la de Konrad Lorenz (Sobre la agresión: el pretendido mal, Madrid, Siglo XXI, 1980) y la respuesta a aquella de Ashley Montagu (La naturaleza de la agresividad humana, Madrid, Alianza, 1978).

(3). Nos referimos a un comentario de Marx en "Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (*Grundrisse)",* *Obras de Marx, Engels (OME), Grijalbo, 1978, Tomo 2.*

(4). Gordon Childe, Los orígenes de la civilización, *México, FCE, 1984, pág. 179.*

(5). Citado por Hans van der Dennen en "Sobre la guerra: conceptos, definiciones, datos de investigación. Un breve exámen de la literatura y la bibliografía existentes", *en Anuario de Estudios sobre Paz y Conflictos, Barcelona, Unesco-Fontamara, 1986, Vol. I, pág. 139.*

(6). Umberto Gori, "Guerra", *en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci (eds.), Diccionario de Política, México, Siglo XXI, 1982, pág. 765.*

(7). Hans van der Dennen, art. y obra citados. En el mismo sentido se pronuncian Evan Luard (War in international society, Londres, IB Tauris, 1986, pág. 7) e Istvan Kende ("Terrorism, wars, nuclear holocaust" *en International Social Science Journal, vol. 38, n. 4, Nueva York, 1986). No obstante, el criterio de la corta duración no puede ser considerado como imprescindible, sobre todo en las condiciones de la guerra industrial contemporánea.*

(8). David Riches en C. Creighton y M.Shaw (eds.) The Sociology of war and Peace, *Lomdres, MacMillan Press, 1987.*

(9). Karl von Clausewitz, De la guerra, *Buenos Aires, Solar, 1960, pág. 24.*

(10). Karl W. Deutsch y Dieter Senghaas, "La marche vers la guerre: quelques tâches d'une théorie", *Comprendre, n. 41-42, Venecia, 1976.*

(11). El término militarismo aparece por primera vez en las Memorias de Madame de Chastenay en 1816-1818 y luego es utilizado por liberales y socialistas como expresión de su rechazo a las tendencias que manifiesta el Segundo Imperio francés (vid. Volker R. Berghahn, Militarism. The history of an international debate, *1816-1979, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 11981, pág. 7).*

(12)Lawrence I. Radway, "Militarismo", *en D. Shils (ed.), Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, Madrid, Aguilar, 1975, Tomo 7, pág. 115.*

(13). En la crítica de esta interpretación estrecha coincidimos con Joaquín Lleixá, Cien años de militarismo en España, *Barcelona, Anagrama, 1986, cap. I. También, sobre las limitaciones de esa definición, vid. Rafael Núñez Florencio,* El antimilitarismo en el pensamiento político español en torno al desastre *(1891-1906) (Tesis Doctoral presentada en la Universidad Autónoma de Madrid, 1988, inédita), Introducción.*

(14). Esa es la opción que proponen Martin Shaw y Colin Creighton en la Introducción a su obra ya citada, pág. 9. Esto no significa que neguemos la existencia de militarismo en la preparación o la práctica de otras formas de violencia política (entendida ésta como el uso de medios de coacción física para mantener o cambiar un orden normativo, tal como sugieren K.W. Grundy y M.A. Weinstein en Las ideologías de la violencia, *Madrid, Tecnos, 1976, pág. 13); pero nuestro estudio no tiene el propósito de concentrarse en esos aspectos.*

(15). Michael Mann, States, war and capitalism, *Oxford, Basil Blackwell, 1988, pág. 129.*

(16). Gordon Childe, op. cit., *pág. 182.*

(17). Como hace observar Perry Anderson, en esas civilizaciones "el poderío militar estaba quizá mucho más ligado al crecimiento económico que en ningún modo de producción anterior o posterior, debido a que la principal fuente del trabajo esclavo era normalmente la captura de prisioneros de guerra, mientras que la formación de tropas libres urbanas con destino a la guerra dependía del mantenimiento de la producción interna por los esclavos" *(*Transiciones de la antigüedad al feudalismo, *Madrid, Siglo XXI, 1979, pág. 21).*

(18). Un análisis clásico de esos procesos

aparece en Arnold J. Toynbee, Guerre et civilisation, *París, Gallimard, 1953.*

(19). Aunque, en realidad, esa asociación es tan antigua como la civilización (vid. William McNeill, La búsqueda del poder, *Madrid, Siglo XXI, 1988, cap.I).*

(20). Michael Howard, La guerra en la historia europea, *México, FCE, 1983, pág. 13.*

(21). Como indica J.A. Maravall, refiriéndose a ese período de transición, "si el Estado necesita, como nueva forma de la organización política, ser soberano, no es por capricho o arrogancia de su príncipe, sino porque la guerra se convierte para él en una actividad vital y ello es así, a su vez, porque las concepciones del mercantilismo le hacen comprender la actividad bélica como un recurso económico imprescindible" *(*Estado moderno y mentalidad social, *Madrid,* Revista de Occidente, *1972, vol. 2, págs. 215-216).*

(22). Norbert Elias, El proceso de civilización (investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas), *Madrid, FCE, 1987, págs. 344-345). Vid. también Charles Tilly,* "Western State-Making and Theories of Political Transformation", *en Ch. Tilly (ed.),* The Formation of National States in Western Europe, *Princeton, Princeton Univ. Press, 1975.*

(23). Carlo M. Cipolla, Cañones y velas en la primera fase de la expansión europea *(1.400-1.700), Barcelona, Ariel, 1967, pág. 28.*

(24). La concepción de Maquiavelo de que "una guerra es legítima por el mero hecho de ser necesaria, y es un acto de humanidad cuando no queda esperanza más que en ella" *(*El Príncipe, *Madrid, Ed. Ibérica, s.f. pág. 407) está unida a la idea de la razón de Estado. Se establece así una asociación entre esa idea y las guerras modernas, que sirve de obstáculo para todo intento de distinguir entre causas justas e injustas (vid. Friedrich Meinecke,* La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna, *Madrid, CEC, 1983, Libro III, cap. V).*

(25). Son ya numerosos los estudios de sociología histórica sobre la función de la violencia en esas revoluciones y no corresponde a este trabajo entrar en esta cuestión. Nos remitimos a la obra ya clásica de Barrington Moore, Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia, *Barcelona, Península, 1973, en particular su capítulo VII y al comentario crítico de la misma de Brian M. Downing (*"Constitutionalism, Warfare and Political Change in Early Modern Europe", *en Theory and Society, Londres, vol. 117, n. 1, enero 1988).*

*(26). Ekkehart Krippendorff insiste en la importancia histórica del cambio introducido por la Revolución Francesa respecto a la relación entre derechos democráticos y deberes militares de los ciudadanos (*Las relaciones internacionales como ciencia, *México, FCE, 1985, pág. 98). En la toma de conciencia de ese contraste se puede situar, como sugiere Johan Galtung, el punto de partida del pacifismo moderno (*"The Peace Movement: A Structural-functional exploration", *Princeton, Princeton Univ., mayo 1987, texto de conferencia inédito; también, del mismo autor,* 'Los nuevos movimientos sociales y la izquierda actual", *en VV.AA.,* El nuevo compromiso europeo, *Madrid, Sistema, 1987).*

(27). Vid. Anthony Giddens, The Nation-State and violence, *Cambridge, Polity Press, 1985, capítulo 9. Tras describir ese proceso, Giddens sostiene, coincidiendo con lo que se quiere defender en este trabajo:* "El capitalismo industrial proporcionó los medios para la industrialización de la guerra, pero las actividades y las implicaciones de los estados-nación están en el origen del fenómeno" *(ibid, pág. 226). También, Theda Skocpol, siguiendo los análisis de Otto Hintze y Charles Tilly, en* Los Estados y las revoluciones sociales, *México, FCE, 1984, pág. 49; y Martin Shaw,* Dialectics of War, *Londres, 1988.*

(28). Karl von Clausewitz, op. cit., *pág. 553.*

(29). Karl von clausewitz, op. cit. *pág. 25. Esta definición de la política es una conclusión que parece desprender el militar prusiano de la lectura de Maquiavelo. Esa filiación ideológica es sugerida por Peter Paret (*Clausewitz y el Estado, *Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1979).*

(30). Nos referimos al famoso prólogo de Engels a la obra de Marx Las luchas de clases en Francia. *Ese cambio en las relaciones entre los ejércitos y las clases medias del siglo XIX, paralelamente al auge del liberalismo y del militarismo, es descrito por Alfred Vagts en su* A History of Militarism (civilian and military), *Nueva York, Meridian Books, 1959, capítulo VII.*

(31). Michael Howard, op. cit., *págs. 189 y ss. No obstante, esa confluencia de militares y políticos contrasta con la falta de previsión de los avances logrados en la fabricación de armas que refuerzan el poder de la defensa y en el uso de las trincheras antes de 1914 (vid Aníbal Romero,* Líderes en guerra: Hitler, Stalin, Churchill, De Gaulle, *Madrid, Tecnos, 1979, pág. 15).*

(32). Como es natural, esos temores son diferentes en función de las relaciones que mantienen en cada país los Estados naciones con las clases obreras y en las cuales influyen los distintos grados de industrialización y de pacificación interna, según demuestran Robert Loaker y David Coates en "The State and Working Class in Nineteenth-Century Europe", *en J.Anderson (ed.),* The rise of the Modern State, *Londres Harvester Press, 1986.*

(33). Hegel, Cattaneo, Spencer, Proudhon o Marx coinciden, desde distintas visiones de la historia, en esa idea de la guerra. La dificultad de aplicar esa misma idea a la guerra nuclear es, como veremos, un lugar común en muchas corrientes de pensamiento contemporáneas, tal como demuestra, por ejemplo, Norberto Bobbio en El problema de la guerra y las vías de la paz, *Barcelona, Gedisa, 1982.*

(34). W. Sombart, Guerra y capitalismo, *Madrid, colección Europa, 1943.*

(35). Otto Hintze, Historia de las formas políticas, *Madrid, Revista de Occidente, 1968, y* Feudalismo-capitalismo, *Barcelona-Caracas, Alfa, 1987. En 1914 Hintze adopta una posición favorable a Alemania partiendo de que tiene que defenderse frente a la potencia que aspira al dominio universal, Inglaterra (vid. su artículo* "El sentido de la guerra" *en VV.AA.,* Alemania y la guerra europea, *Barcelona, Gustavo Gili, 1916).*

(36). Ludwig Gumplowicz, La sociología y la política, *Madrid, La España Moderna, s.f., pág. 143. También, Franz Oppenheimer,* L'Etat, ses origines, son évolution et son avenir, *París, Giard et Brière, 1913. No pretendemos entrar en el debate sobre esta teoría sino únicamente reconocer su aportación en el estudio de la relación entre Estado y guerra, a pesar de que, como ha demostrado entre otros Lawrence Krader (*La formación del Estado, *Barcelona, Labor, 1975, cap. 3), esta teoría no haya tenido en cuenta otros factores internos..*

(37). *Max Weber,* Economía y sociedad, *México, FCE, 1984, pág. 670.*

(38). *Vid. R. Aron,* Pensar la guerra. *Clausewitz, Buenos Aires, Instituto de Publicacioanes Navales, 1987, Vol. II, Primera Parte, cap. I.*

(39). *Vid. Allan Gillie,* "The State, the Market and the Plan", *en James Anderson (ed.),* op. cit.

(40). *P. A. Sorokin,* Dinámica social y cultural, *Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1962, Tomo II, pág. 964.*

(41). *Vid. J. Benoist-Méchin,* op. cit., *cap. XLIV. En este capítulo se describen las etapas del rearme a partir, sobre todo, de 1926. y en las cuales incide la colaboración militar con la URSS, ya iniciada con el Tratado de Rapallo de 1922. Sobre esta última cuestión, vid. capítulo V de esta tesis.*

(42). *Estas fórmulas son empleadas por Michael Mann para referirse, con la primera, a la herencia de la etapa anterior a la Revolución Francesa y, con la segunda, a las tendencias de la guerra contemporánea (*"The Roots and Contradictions of Moderns Militarism", op. cit.*).*

(43). *El pensador militar más representativo de esta concepción es Liddle Hart (*Les guerres décisives de l'histoire, *París, Payot, 1933).*

(44). *El ideario de De Gaulle durante el periodo de entreguerras es expuesto en sus más conocidas obras:* Le fil de l'epée (El filo de la espada, *Barcelona, Plaza y Janpes, 1961),* La France et son armée *(París, Plon, 1938) y* Vers l'armée de métier *(París, Plon, 1973); vid. también Léo Hamon,* Estrategia contra la guerra, *Madrid, Guadiana, 1969.*

(45). *Charles Bettelheim sostiene, tras un estudio detallado, que* "la potencia efectiva del capital extranjero se incrementó bajo el régimen nazi" (La economía alemana bajo el nazismo, *Madrid, Fundamentos, 1972, pág. 107).*

(46). *Dos fenómenos importantes cabe resaltar también en el aspecto armamentista: la aparición del concepto de sistema de armas y la organización de la economía de guerra sobre una base transnacional (W. McNeill,* op. cit., *págs. 394-395). En cuanto a los efectos destructivos, no corresponde a este trabajo hacer un análisis exhaustivo al respecto; sólo merece la pena recordar que el número de muertos final es de alrededor de 55 millones (vid., por ejemplo, Peter Calvocoressi y Guy Wint,* Guerra total, *Madrid, Alianza,1979). Se puede encontrar una interpretación marxista de esta guerra en E. Mandel,* The meaning of the second world war.

(47). *Esa es también la opinión de Calvocoressi y Wint (*op. cit., *págs. 886-887). Una conclusión similar, basada en la justificación del nuevo equilibrio del terror, se encuentra en Bernard Brodie,* Guerra y política, *México, FCE, 1978, pág. 62.*

(48). *Nos remitimos a obras como la de Gabriel Kolko (*Políticas de guerra. La diplomacia aliada y la crisis mundial de 1943-1945, *Barcelona, Grijalbo, 1974) o la de Fernando Claudín (*La crisis del movimiento comunista. De la Komintern al Kominform, *París, Ruedo Ibérico, 1970).*

(49). *V. Secares,* "A Global Perspective on the Arms Race: The World Military Order", *en Bulletin of Peace Proposals, Oslo, n. 4, 1981, págs. 353-356.*

(50). Ibid, *pág. 353.*

(51). *Vid. Milton Leitenberg,* "Threats of the use of Nuclear Weapons since World War II", *en A. Eide y M. Thee,* Problems of contemporary militarism, *Croom Helm, Londres, 1980. Para los casos más conflictivos (guerra de Corea, crisis de Suez, crisis de Cuba, guerra de Vietnam), vid. Aníbal Romero,* Estrategia y política en la era nuclear, *Madrid, Tecnos, 1979.*

(52). *Para una tipología de los conflictos y guerras habidas entre Estados del bloque del socialismo real, vid. Anton Bebler,* "Conflicts between Socialist States", *Journal of Peace Research, Oslo, IPRA, vol, 24, n. 1, 1987.*

(53). *Este problema está relacionado, como se sabe, con la crisis fiscal del Estado del bienestar y con la distinta situación de cada economía nacional y cada Estado dentro de la división internacional del trabajo y de los gastos militares. Sin embargo, a pesar de los efectos inflacionistas y del contraste con los gastos sociales necesarios, la importancia del sector de los armamentos y de su control estatal en las grandes potencias sigue siendo esencial (vid. Bill Jordan,* The State: authority and autonomy, *Basil Blackwell, Londres, 1985, cap. 14).*

(54). *La expresión citada es de Francisco López de Sepúlveda,* Crisis y amenaza nuclear, *Barcelona, Planeta, 1982, pág. 121.*

(55). *Vid., por ejemplo, Dieter Senghaas,* Armamento y militarismo, *Madrid, Siglo XXI, 1974, cap. II; también, Marek Thee,* "La dinámica de la carrera de armamentos", cuadernos UNESCO, *París, 1981, y Wolfgang Panofsky,* "La science, la technologie et l'accumulation des armements", *en Pierre Lellouche (ed.),* La science et le désarmement, *París, IFRI, 1981.*

(56). *R. Aron,* Paz y guerra entre las naciones, *pág. 133. Madrid, Alianza, 1985.*

(57). *Hans Morgenthau,* op. cit., *pág. 49.*

(58). *Esa expresión aparece utilizada por Schelling en* Arms and Influence, *New Haven, Yale Univ. Press, 1966. Pero la principal exposición de su teoría de la decisión interdependiente se encuentra en su obra* La estrategia del conflicto, *Madrid, Tecnos, 1964.*

(59). *Karl W. Deutsch,* El análisis de las relaciones internacionales, *Buenos Aires, Paidós, 1974, cap. 11.*

(60). *K.W. Deutsch,* op. cit, *pág. 152.*

(61). *Vid. Nicholas J. Wheeler y Ken Booth,* "Beyond the security dilemma: technology, estrategy and international security", *en Carl G. Jacobsen (ed.),* The uncertain couse: new weapons, strategies and mind-sets, *SIPRI, Oxford, Oxford Univ. Press, 1987; vid., también una anticipación de esos análisis en Michael Nicholson,* Análisis del conflicto, *Madrid, Instituto de estudios Políticos, 1974.*

(62). *Silviu Brucan,* la disolución del poder. *Sociología de las relaciones internacionales y políticas, México, Siglo XXI, 1974.*

(63). *Vid., por ejemplo, Michael T. Klare,* "Una frontera que se desvanece. Armas convencionales, doctrinas militares y guerra nuclear", Papeles para la Paz, *CIP, n.9, mayo 1986; también, Phil Williams,* "Emerging technology, exotic technology and arms control", *en Carl G. Jacobsen,* op. cit.

(64). *Frank Barnaby,* "Utilización militar de

los océanos", *en F. Barnaby (ed.), La guerra del futuro, Madrid, Debate, 1985.*

(65). Las publicaciones relacionadas con este problema son ya numerosas. Vid., *por ejemplo, Marceau Felden,* La guerra en el espacio, *Madrid, Tecnos, 1987, Rafael Bardají,* La guerra de las galaxias, *Madrid, INAPPS, 1986, y E.P. Thompson,* La guerra de las galaxias, *Barcelona, Grijalbo, 1987.*

(66). Carl G. Jacobsen, op. cit., *Introducc.*

(67). Estos son los conceptos que se encuentran actualmente en debate en EEUU y la URSS respectivamente y cuya resolución está todavía pendiente . *(vid. Mariano Aguirre y Carlos Taibo (eds.),* El acuerdo de los euromisiles. De Reikiavic a Washington, *Madrid, IEPALA-CIP, 1988).*

(68). Pierre Lellouche, op,cit., *Introducción.*

ticipan en la elaboración de los comunicados. Así el nº 6 (2 de febrero), declara: *"afirmamos nuestro rechazo al complot de Mubarak (el presidente egipcio, gran amigo de Arafat), a las tentativas del régimen jordano y de sus colaboradores... de esquivar a nuestra dirección legítima y dictar condiciones capituladors como el reconocimiento de la resolución 242"* (de la ONU). El comunicado nº 6 reitera el programa del nº 2; contiene además -lo que será la norma en adelante- indicaciones y directivas para la acción de los CPs, así como un programa de boicot de las instituciones de ocupación y el llamamiento a la dimisión de quienes están empleados en ellas.

Los comunicados nº 8 (20 de febrero) y nº 10 (10 de marzo) denuncian vigorosamente a George Shultz, el secretario de Estado de Reagan, que entablará, el 25 de febrero, una serie de visitas en la región para intentar desactivar la intifada. La DPU llama a manifestarse contra él y a hacerle el boicot, contra la opinión de Arafat que había ya dado su luz verde (según Habache), en enero, para el viaje a Washington y el encuentro con Shultz de dos "personalidades moderadas" de Cisjordania próximas al jefe de la OLP (Siniora y Abu-Rameh). El propio Arafat autorizará de nuevo, en marzo, a dos miembros del CNP, en posesión de la ciudadanía americana, Edward Said e Ibrahim Abu-Lughod, a reunirse con el secretario de Estado.

El comunicado nº 17

Las disensiones en el seno de la propia DPU estallaron a la luz del día en el mes de mayo: dos versiones diferentes del comunicado nº 16, y, sobre todo posteriormente, dos versiones políticamente diferentes del comunicado nº 17. Son las vísperas de la cumbre Reagan-Gorbachov de Moscú.

Una primera versión del comunicado nº 17, fechada el 21 de mayo, refleja la línea de la dirección del Fath-OLP: muchas referencias religiosas; a la mención de la OLP se añadía *"bajo la dirección del hermano Yasser Arafat";* un elogio a la actitud soviética; "la paz global y justa" es el objetivo.

La otra versión fechada el 24 de mayo, refleja la línea del FPLP, principal fracción de la izquierda palestina, y en particular de su rama en los territorios, particularmente radical: la intifada ha demostrado la imposibilidad de la coexistencia con la entidad sionista; *"no hay alternativa sino la lucha y la guerra popular prolongada";* una actitud radical hacia los regímenes árabes (exigencia de libertades democráticas y de la apertura de las fronteras para la lucha armada palestina); *"afirmamos el rechazo por nuestro pueblo de todos los proyectos sospechosos y principalmente de los acuerdos de Camp David, las resoluciones 242 y 338, la iniciativa de Shultz y el reparto de las funciones"* (política común de Peres y del rey Hussein en 1985-87); llamamiento a la huelga general con ocasión de la cumbre de Moscú. El asunto del comunicado nº 17 provocará la intervención enérgica de la dirección exterior de la OLP. A partir del nº 18, la centralización de los comunicados será asegurada en el marco del consenso mayoritario de la organización. Llevarán en adelante como encabezamiento la fórmula coránica *"En el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso".* El comunicado nº 18, a guisa de compromiso, afirma el *"rechazo de todas las soluciones liquidadoras",* sin mencionar la resolución 242 y llamando a la Conferencia internacional. Reitera los objetivos inmediatos fijados desde el comunicado nº 2.

Sin embargo, el funcionamiento por consenso mayoritario de la DPU se hará en definitiva en detrimento del FPLP, que había jugado sin embargo un papel clave en su constitución. Así, el comunicado nº 29, de fecha de 20 de noviembre y que trataba sobre los resultados del CNP, argumenta a favor de una Conferencia internacional fundada sobre las resoluciones 242 y 338 (sin ni tan siquiera mencionar las demás resoluciones de la ONU), cuando la oposición del FPLP a ellas es bien conocida. El nuevo giro político hacia la derecha de la OLP, desde el último CNP, corre el riesgo por otra parte, de agravar las disensiones en el seno del movimiento de masas en los territorios.

El FPLP, e incluso el FDLP, se han sumado al llamamiento del Movimiento de la Resistencia Islámica, Hamas, por una Huelga General el 29 de noviembre, con ocasión del aniversario de la resolución 181 (1947) de la ONU, la del reparto injusto de Palestina.

Oponerse a los integristas

Por primera vez en su historia, el Fath rehusó unirse a tal llamamiento, al haber aceptado la OLP oficialmente la resolución 181 e incluso, lo que aún es peor, la 242. El día de la huelga, estallaron altercados no sólo entre el Fath y Hamas, sino incluso entre Fath y el FPLP, en Nablus. El que una organización como Fath llegue a oponerse por la fuerza a quienes llamaban a una huelga de protesta contra la resolución que legitimó la maniobra sionista en 1947, es un índice lamentable de la profundidad de su degeneración.

Hay un gran campo de actuación abierto para las propuestas nacionalistas-islámicas de la corriente integrista, que no se priva de explotarlo. Felizmente la rama del FPLP en los territorios, con posiciones claramente más radicales (ver recuadro) que la de la dirección oficial del Frente en el exterior, no deja a los fanáticos religiosos el privilegio de aparecer como la única corriente que se opone a la capitulación. La actitud de los militantes del FPLP del interior es en su conjunto correcta: unidad de acción en todos los terrenos en que ello es posible con la DPU; acción autónoma cuando es preciso; autonomía programática y política, y crítica pública de los aliados burgueses y oportunistas.



LA SEGUNDA MUERTE DE TITO

Yugoslavia

Michele Lee

El año 1988 ha sido uno de los más dramáticos de la historia de Yugoslavia desde la postguerra. En el mes de octubre, el país parecía al borde del estallido. En realidad, 1988 no ha sido mas que la culminación del proceso de descomposición lenta del partido en el poder, la Liga de los Comunistas de Yugoslavia (LCY), el partido comunista. Su fragmentación ha arrastrado inevitablemente una crisis política generalizada, dados los muy estrechos lazos existentes entre este partido de masas de la clase obrera y el Estado yugoslavo. Toda la sociedad vive en un estado de esquizofrenia aguda.

En noviembre de 1988, por ejemplo, la Asamblea Federal adoptó un canto paneslavo del siglo XIX, "Hej, Slaveni!" (¡Gloria a los eslavos!) como himno nacional oficial del país. Así, las bases revolucionarias del Estado, ante todo, pero igualmente la importante población no eslava del país, encajaban un serio desaire simbólico. Tres días después era celebrado de forma solemne (pero este año con menos pompa), el 45º aniversario del nacimiento, en plena guerra, del Estado revolucionario -uno de cuyos pilares había sido, por supuesto, su compromiso de asegurar la igualdad nacional entre eslavos y no eslavos.

Y el colmo es que, algunos días después, el país celebraba por primera vez el 70º aniversario de la fundación del primer Estado yugoslavo, precisamente aquel contra el que se realizó la revolución de 1941-45. Por una amarga ironía de la historia, la personalidad elegida para subir a la tribuna en esta ocasión, se había hecho tristemente célebre por haber aconsejado, en primer lugar al régimen monárquico de antes de la guerra y luego a los socialistas, la expulsión de la mayor parte de la población no eslava, a la que juzgaba "poco fiable"(1).

Las revueltas de Kosovo

Algunos dirán que la crisis comenzó en 1979 con el inicio, por primera vez en 20 años, de la penuria de bienes como el café y los detergentes. Pero lo primeros síntomas específicamente políticos de esta crisis se remontan, de hecho, a las manifestaciones de Kosovo, en la primavera de 1981. Esta región, la más pobre de Yugoslavia, en el corazón de una cuestión nacional no resuelta, registró el futuro seísmo con la seguridad de un sismógrafo. En 1985, la dirección reconoció que el país atravesaba una crisis económica. La deuda externa alcanzaba los 20.000 millones de dólares, la inflación subía en flecha (más del 250% en 1988), el crecimiento industrial se estancaba (cayendo a veces por debajo de cero). En 1987, Kosovo, Macedonia y Montenegro, regiones situadas en la parte más meridional del país, se declaraban en quiebra. Otras repúblicas hacían público el declive de su producción y de su nivel de vida. En esta situación, el consensus instituído en la LCY y el delicado sistema de equilibrios se hundieron. La crisis económica se expresó cada vez más bajo la forma de crisis política; en la práctica, como una crisis del conjunto del proyecto socialista.

Pérdida de confianza

Con el final del crecimiento industrial, la clase obrera ha sido golpeada duramente. El paro ha aparecido en una amplia escala y las condiciones de vida han caído al nivel de mediados de los años 60. Al mismo tiempo, la confianza en sí mismo, ya bastante mermada, del "partido de vanguardia de la clase obrera" desapareció totalmente, destruyendo de paso lo que quedaba de la autoridad del centro federal del partido.

La utilización por los trabajadores de la huelga general produjo el primer estallido en la alianza entre el partido y la clase obrera. Un poderoso sentimiento de malestar invadió a la intelectualidad,

NOTAS

(1). Mladina, Ljubijana, 17 noviembre 1988, ha publicado alguno de estos documentos.

(2). Un testimonio muy vivo sobre este tema puede encontrarse en el "libro blanco", publicado en 1984 para uso interno del CC del partido croata que ha citado libremente los trabajos e interviews de numerosos "trabajadores culturales". Como de costumbre, los ideólogos del partido amalgamaron, bajo un denominador común las reales diferencias entre los intelectuales creativos. Sin embargo, este libro da una visión panorámica significativa del clima ideológico de la época.

(3). Ver Labour Focus on Eastern Europe, marzo 1988, Londres y la entrevista con Miha Kovac en New Left Review *nº 171 de septiembre-octubre de 1988.*

(4). Para una exposición competente sobre estos acontecimientos, ver la entrevista de Kovac, citada más arriba.

(5). Latinka Perovic, entonces dirigente del partido serbio ha obtenido, tras su expulsión del partido, un grado de doctor con una tesis titulada "Del centralismo al federalismo", en la que racionaliza la descentralización de Yugoslavia haciendo referencia a la política leninista sobre la cuestión nacional.



favoreciendo las corrientes derechistas y nacionalistas(2). El ejército encontró en ellas un estímulo para atribuirse el papel de guardián del Estado; en marzo de 1988, por ejemplo, anunció, sin buscar un acuerdo previo de la dirección del partido, que "una contrarrevolución" estaba sucediendo en Eslovenia, y que había que detener a un cierto número de eminentes intelectuales(3).

Pero sobre todo, la crisis ha reforzado la tendencia, omnipresente, en los partidos de las repúblicas y de las provincias, a atrincherarse en sus posiciones nacionales locales. El resultado de ello fue muy diverso, dadas las grandes disparidades económicas y las tradiciones nacionales diferentes. En Eslovenia, que es de lejos la república más próspera, y no conoce prácticamente el paro, se ha desarrollado una democratización importante: los "movimientos alternativos" han sido activos allí, desde el comienzo de los años 80, y la Alianza de la Juventud Socialista (juventudes comunistas) ha creado lazos originales entre estos movimientos y la política oficial(4). El Comité de Defensa de los Derechos Humanos, formado para defender a cuatro intelectuales arrestados en mayo de 1988 y condenados bajo la acusación de tener documentos secretos militares, está hoy consiguiendo rápidamente el carácter de un Frente del pueblo esloveno. El Comité ha proseguido el diálogo con el partido, manteniendo el consensus político sobre todos los principales problemas que afectan a la democracia y a la soberanía nacional eslovena. Pero la democratización eslovena no ha conocido en absoluto un progreso lineal.

En las recientes elecciones a un puesto en el aparato del Estado, Igor Bavcar, miembro dirigente del Comité, ha sido firmemente "separado" del procedimiento electoral, aunque había obtenido una mayoría en la base.

En Macedonia, por otro lado, el hundimiento económico ha conducido al partido local a limitar los derechos nacionales de la minoría albanesa (20%) y a suscitar sentimientos antialbaneses entre los trabajadores macedonios. En primer lugar, desapareció la señalización bilingüe de las calles, luego los nombres puramente albaneses fueron prohibidos, luego fueron reducidos los derechos sociales para las familias con más de dos niños, y finalmente la educación secundaria en albanés fue sometida a severas restricciones. Cuando profesores, padres y alumnos se pusieron a protestar contra estas medidas anticonstitucionales, fueron expulsados, despedidos de la escuela, condenados a multas e incluso fueron encarcelados.

Pero sin embargo ha sido en Serbia donde el retorno a la afirmación nacional ha tomado la forma más virulenta: con el acceso de Slodoban Milosevic a un poder indiscutido en la Liga de los Comunistas de Serbia, a fines de 1987, la primacía de la política de clase fue oficialmente abandonada a favor de la consolidación nacional.

La constitución de 1974

La Constitución federal de 1974 había reforzado considerablemente la autonomía de Kosovo y de Voivodina, las dos provincias situadas en la república de Serbia, haciéndolas partes constituyentes de la Federación yugoslava. La dirección serbia, corresponsable de esta decisión, la había favorecido explicando que la restauración del orden en Kosovo hacía caer una pesada amenaza sobre la democracia interna de la propia Serbia, mientras que ningún progreso económico podría plantearse en Kosovo sin la "albanización" del partido y de los cuadros estatales de esta provincia(5). Esta era una dirección que veía el bienestar serbio como parte integral del progreso de Yugoslavia, y que era favorable a la búsqueda de un consenso federal sobre todos los grandes problemas. Pero esta dirección fue purgada en el marco de una cruzada a escala nacional, contra el "liberalismo". Su expulsión abrió, en el seno del partido serbio, una lucha por el poder que estuvo muy indecisa hasta la llegada de Milosevic, incluso si se había establecido un consenso de trabajo para llegar a una recentralización de la República. La autonomía ampliada de las dos provincias había debilitado la importancia de Belgrado, y apareció una nueva determinación de volver al statu quo anterior. La descentralización del Estado federal, que se expresaba en la Constitución de 1974, y sobre todo la devolución de poder a las provincias, fueron designadas por varios dirigentes serbios, como las causas principales de los problemas económicos y políticos en Serbia.

"La albanización"

La rápida "albanización" de la administración provincial, que siguió al refuerzo de la autonomía de esta provincia, culminó con la instauración de cuotas nacionales, que reducían los empleos disponibles para los eslavos en la función pública en la que habían sido hasta entonces privilegiados. Además gracias a su elevada tasa de nacimientos, la preponderancia étnica de los albaneses aumentaba, transformando las condiciones lingüísticas, educativas y culturales, de esta nueva era democrática, haciendo retroceder la fronter étnica hacia el norte. Sin embargo, en 1981, tras las manifestaciones de los albaneses de Kosovo, reclamando el estatuto de república para la provincia, el Estado federal envió a las tropas, y 12 personas fueron muertas. El estado de urgencia fue proclamado durante un corto período y el partido, el Estado y las instituciones culturales fueron purgadas de los "nacionalistas", de los "separatistas" y de los "irredentistas". Fue adoptado un programa de inversiones pan-yugoslavo, destinado únicamente a los pueblos habitados por serbios (aunque esto sea contrario a la Constitución), a fin de impedir su emigración. Pero apenas mejoró el estado desesperado dela economía de la provincia, y la emigración de las dos nacionalidades prosiguió. Peor aún, la dirección federal del partido cometió un



importante error: describió el conflicto étnico en la provincia como una contrarevolución dirigida por los nacionalistas albaneses. Lo que permite, hoy, al partido serbio presentarse como el guardián de la revolución.

En la primavera de 1987, Slodoban Milosevic visitó Kosovo Polje, el centro organizador del nacionalismo serbio y montenegrino, para dar un discurso virulento en el que ofreció el apoyo del partido al comité nacionalista de Kosovo, fundado a fines de 1986 por los serbios y los montenegrinos que se quejaban de un "genocidio" y que reclamaba la purga de los dirigentes albaneses y la instauración de la ley marcial en la provincia. Apareciendo así en la provincia, sin haber informado previamente al partido de Kosovo, Milosevic no sólo violaba el protocolo del partido, sino que demostraba su voluntad de acceder a un poder indiscutible en el seno ddel partido serbio. En la 8ª sesión del Comité Central, en diciembre de 1987, Ivan Stambolic y el dirigente del partido en Belgrado, Dragisa Paulovic, fueron purgados(6).

Lo repentino de esta purga, la forma brutal como se llevó a cabo y el tono ultranacionalista del debate (televisado) conmocionaron al país. Pero la victoria no fue tan fácil, como atestigua la perversidad de la campaña que le sucedió contra la fracción vencida del partido, y la dimensión que tomó la purga en los órganos clave del partido y del Estado. Se concedió una atención muy especial a los medios de comunicación social. De forma completamente estalinista, todas las personas críticas, potenciales o reales, fueron acusadas de ser "antiserbios" y de estar "contra el pueblo". A la vez, una pronta expresión de lealtad total hacia la nueva dirección, incluyendo los ataques obligatorios contra los opositores, se convirtió en la condición de sobrevivencia política y/o de la salvaguarda del empleo. Milosevic fue elevado al rango de dirigente infalible del partido. Tras la "normalización" en Serbia, las críticas contra Milosevic no podían ya provenir más que de las demás repúblicas, lo que fue utilizado como nueva prueba de la existencia de una coalición antiserbia.

Manifestaciones serbias

Durante este proceso orquestado de homogeneización nacional, han jugado un papel extraordinariamente importante las concentraciones de masas en solidaridad con los serbios y los montenegrinos de Kosovo. Aparentemente espontáneas, eran cuidadosamente organizadas y financiadas por el aparato del Estado-partido. Durante los seis últimos meses, tales concentraciones, de decenas de miles de personas, han tenido lugar en prácticamente todas las grandes ciudades o pueblos de Serbia.

Al mismo tiempo, crecía la falta de voluntad del partido serbio de someterse a la autoridad del partido federal. La movilización nacional en Serbia y el tono agresivo de su prensa conllevaron tensiones crecientes en todo el país y en el verano de 1988, la presidencia federal exigió de Belgrado que las manifestaciones nacionalistas fueran frenadas. La dirección de la república se negó. Sus representantes declinaron sencillamente cualquier participación en las reuniones de la Presidencia, hasta que sus reivindicaciones fueran satisfechas. Y al contrario, durante el otoño, la frecuencia de las concentraciones que se hicieron cada vez más militantes aumentó en lugar de disminuir. Consignas exigiendo

(6). La sección de Belgrado del partido es por supuesto la más importante y la más numerosa. Luego, Paulovic ha publicado unas actas de su caída, en la que hace parte de sus críticas sobre las promesas hechas por Milosevic de resolver "rápidamente" la cuestión de Kosovo.

(7). Cabecera de página en Politika, Belgrado, el 20 de noviembre de 1988. Hay que subrayar que las concentraciones y manifestaciones serbias no han conducido nunca a acciones violentas, a pesar de su tono muy duro.

armas, procesos judiciales contra otros dirigentes yugoslavos, y su ejecución, en el caso de dirigentes albaneses, se hicieron cada vez más frecuentes.

El alzamiento de Voivodina

La prontitud del partido serbio en utilizar la amenaza de guerra civil para arreglar sus divergencias internas fue sorprendente. A comienzos de octubre, la dirección del partido de la provincia de Voivodina fue derrocada por una acción de masas cuidadosamente orquestada y planificada. Dos aspectos de este acontecimiento capital merecen ser destacados. En primer lugar, bastante antes del levantamiento de Voivodina, el partido federal había aceptado ya las reivindicaciones constitucionales de Serbia, sintiendo probablemente que no tenía prácticamente otra opción. Al hacer esto, abría la puerta a una solución constitucional del problema. pero esta opción fue rechazada por el partido serbio en favor de una demostración de fuerza, señalando con ello, a la federación, que los asuntos internos de la república de Serbia eran prerrogativa exclusiva suya.

De hecho, el partido federal estaba sin duda al corriente de lo que iba a pasar, pues rompiendo con la práctica habitual, no envió ningún representante a la reunión del comité del partido de Voivodina prevista el día de la dimisión forzada de la dirección provincial, dejándola sola frente a la cólera de los manifestantes. Daba así su consentimiento tácito a un método antidemocrático e ilegal de operar cambios en la Constitución del país. El segundo hecho deriva del primero: era la primera vez que un procedimiento anticonstitucional había sido abiertamente utilizado para cambiar una dirección local del partido. Esta acción había sido organizada concretamente por grupos de poder locales, de los que no todos eran miembros del partido. Dejándoles actuar, el partido federal permitía a órganos extraños intervenir en su vida interna, hasta el punto de poder destituir dirigentes en la cumbre del partido.

Esto a su vez, ha abierto el camino a una práctica en la que grupos no oficiales y no elegidos se arrogan el poder de decisión sobre cuestiones cruciales para la vida del país. Lo que puede conducir muy lejos, y ha sido dramáticamente ilustrado, solo un día después de los acontecimientos de Voivodine, cuando en Titogrado, una manifestación de trabajadores montenegrinos indignados fue explotado como tela de fondo de una fuerte tentativa de reemplazar la dirección local de la república por hombres de Milosevic. La eventualidad de que toda la estructura federal de la República pueda hundirse, ha empujado a los dirigentes eslovenos, croatas y bosniacos a pasar a la acción. Bajo su presión, la dirección federal del partido (por unanimidad) ha condenado las manifestaciones de Titogrado, y ha dado al partido local la luz verde para una demostración de fuerza.

Pero si los acontecimientos de Voivodina han podido ser púdicamente cubiertos con la hoja de parra de la aprobación previa del partido de la Federación, el 17º plenario televisado del Comité Central de la LCY, que se celebró del 17 al 19 de octubre, abrió una brecha en el partido dirigente, ante los ojos del país entero. La presidencia del partido federal, ella misma objeto de los ataques de Belgrado, demandó, cosa sin precedentes, un voto de confianza de la asamblea del CC. De la votación resultó que solo Dusan Ckrebic, próximo colaborador de Milosevic, había sido eliminado. Milosevic rehusó aceptar el resultado de este voto y rechazó públicamente la autoridad del CC. La prensa de Belgrado se puso a denunciar al CC pan-yugoslavo como ¡una "alianza sin principios" dirigida contra Serbia! Un mes más tarde, la dirección serbia organizó una concentración pública de 300.000 personas en Belgrado, donde el espíritu "combativo" de la nación serbia fue saludado una vez más, fueron atacados los demás dirigentes yugoslavos y fue proclamada una Yugoslavia "unida" (en oposición a la federal). *"Ninguna fuerza puede hoy parar la unificación de Serbia"* proclamaban los titulares de la prensa(7).

Este es el contexto en que deben juzgarse las manifestaciones que se desarrollaban simultáneamente en Kosovo.

Boda sin carne

El 17 de noviembre de 1988, la víspera de la manifestación de Belgrado, un mitin del Comité Provincial de la Liga de los Comunistas de Kosovo debía ser convocado en la capital de la provincia, Pristina, para debatir el proyecto de dimisión de Kaqusha Jashari y Adem Vllasi, presidente en ejercicio del partido y su predecesor inmediato respectivamente. Sus dimisiones habían sido arrancadas en el marco del acuerdo sobre la Constitución adoptada precedentemente entre las direcciones federal y serbia. Finalmente tras años de disputas ,los dirigentes federales habían dado su acuerdo, obligados, a una recentralización de Serbia y, consiguientemente, a una reducción significativa de los derechos duramente ganados de la nación albanesa, con sus dos millones de individuos, haciendo así retroceder el péndulo yugoslavo dos decenios. El mitin de Pristina estaba destinado a legitimar esta evolución. Estas dimisiones venían a apoyar la idea de que el partido de la provincia, que no aceptó el acuerdo, no opondría sin embargo ninguna resistencia a los cambios constitucionales destinados a aumentar el control serbio sobre Kosovo.

Aquella mañana, mineros del equipo



(8). *Josip Broz, llamado Tito (1892-1980), secretario general del PCY desde 1937. Principal dirigente de la revolución yugoslava ,se encontró a la cabeza del estado hasta su muerte. Rompió con la Unión Soviética en 1948. Su nombre era un "insulto" en la boca de los estalinistas de la época.*
Jardekj, uno de los principales teóricos del régimen, próximo colaborador de Tito, era el principal arquitecto de la constitución de 1974 que daba la autonomía a Kosovo y Voivodina.

(9). *Nin, Belgrado, 10 de noviembre de 1988.*

(10). *La Unión Soviética ha jugado siempre un papel importante en la evolución de Yugoslavia. Tras la victoria de su revolución los comunistas yugoslavos creían firmemente que la revolución en Europa y en el Tercer mundo sería inminente. La expulsión del PCY del Kominform fue un duro golpe, puesto que ello significaba también la ruptura de las relaciones con todos los demás partidos comunistas. Yugoslavia se volvió desde entonces de forma resuelta hacia la revolución colonial y una política de no alineamiento.*

de noche de la mina de "Stari Trg" cerca de Titova Mitrovica, centro industrial del Kosovo, subieron de sus pozos a 38º C, en el alba glacial (las primeras nieves del invierno acababan de caer en Kosovo), unieron sus fuerzas a las del equipo de día y emprendieron una marcha de 70 Km. hacia Pristina. Formaban la vanguardia de lo que iban a ser las mayores manifestaciones albanesas desde la guerra: medio millón de participantes en el curso de los cinco días que siguieron.

Los mineros albaneses

Los periodistas los encontraron a mitad de camino. *"Llevaban sus pobres vestidos de mineros y parecían agotados. La primera fila llevaba un retrato de Tito, dos banderas de los mineros, la bandera del partido, las banderas yugoslavas, albanesa y turca. Sus consignas eran: "¡El partido de Tito"!; "¡Jashari-Valasi!"; "¡No abandonaremos a nuestros dirigentes!".*(8)

En Kosovo el paro supera el 50%. El producto social por persona empleada es el 30% de la media del país. El salario medio en el complejo minero-industrial de "Trepca" (del que forma parte Stari Trg), basado en uno de los más importantes yacimientos de plomo y de zinc de Europa, aunque hoy está prácticamente agotado, es de alrededor de 55 dólares al mes. Esto basta apenas para evitar el hambre a una familia de mineros. Un corresponsal del diario Borba (la Lucha), uno de los raros periodistas capaces de hablar albanés, pidió a uno de ellos si iban a Pristina para quejarse de sus salarios. Todo el mundo le rodeó para escuchar. El minero respondió que era una jornada consagrada a la política, no a las lágrimas. El periodista dice que la política era un asunto peligroso, que los "especiales" estaban delante y que podía haber problemas. El hombre de rostro severo respondió con cólera: *"Periodista, ¿has visto bodas sin carne?"*(9).

Una vez llegados a Pristina, otros obreros, los estudiantes y la juventud se unieron a los mineros, seguidos de los niños de las escuelas primarias y secundarias (80% de los participantes tenían menos de 20 años) y pronto llegó igualmente la vieja generación proveniente de todos los rincones de Kosovo (como de la Macedonia occidental) para manifestar durante 5 días su determinación nacional. Durante las noches glaciales acamparon ante el local del Comité provincial cortando las ramas de los jóvenes árboles plantados en el patio para hacerse fuego. Su protesta tenía dos objetivos: expresar su rechazo a los cambios propuestos en la Constitución de la república de Serbia; impedir, en este contexto, la dimisión forzada de los dos dirigentes provinciales.

Aunque el Comité provincial haya tomado acta de las dimisiones (no hubo voto; el resultado fue decidido en otra parte) y los mineros hayan fracasado en sus objetivos, el hecho de que la policía no haya cargado contra ellos, siguiendo la orden expresa del gobierno provincial, sugiere que han ganado moralmente la batalla y quizá una victoria más duradera. La clase obrera de Kosovo y la dirección local del partido y del Estado tienen aún sin duda divergencias que allanar. Pero una demostración de unidad era indispensable frente a la histeria antialbanesa vertida por Belgrado; solo una semana antes, un miembro de la alianza sindical serbia había declarado públicamente que la "contrarevolución" estaba profundamente enraizada en los órganos del partido y del Estado en Kosovo y en la universidad de Pristina, pero sobre todo en la clase obrera albanesa, lo que suscitó la cólera de los mineros de Trepca, empujándoles a la acción. Tras la manifestación, el partido serbio describió los acontecimientos de Pristina como el último ejemplo de la escalada de la "contrarevolución". El partido federal estuvo a punto de declararse de acuerdo con él. Sin embargo la dirección del partido en Kosovo explicó que permanecía en la *"línea del 17 plenum del partido"*.

Una verdadera vanguardia

La fuerza que se encontraba tras la manifestación de Kosovo fue quizá la defensa de los derechos nacionales, pero esta defensa fue expresada no en términos de nacionalismo, sino de democracia. En entrevistas concedidas libremente, los mineros han expuesto claramente que si el estatuto de la provincia debía ser modificado, si su dirección albanesa debía ser purgada, ello debía ser hecho a través de un debate abierto y democrático y no impuesto por la fuerza. Los trabajadores han dicho lo que el partido federal hubiese debido decir - pero que no ha dicho-. Durante estos días y estas noches frías de noviembre, los obreros en marcha, los estudiantes y los niños han actuado como una verdadera vanguardia socialista, como herederos de lo mejor de la tradición revolucionaria de la clase obrera balcánica.

Simultáneamente, aunque actuando en total disociación con la concentración de Belgrado o de las manifestaciones de Kosovo, el Comité Esloveno para la defensa de los Derechos Humanos celebró una concentración pública de masas en Ljubljana, para defender la democracia y la soberanía nacional eslovena. En el pasado noviembre, parecía que toda Yugoslavia estaba en marcha. ¿Asistimos en realidad a la "extraña muerte" de la Yugoslavia de Tito? Para responder a esta cuestión hay que examinar brevemente sunaturaleza y su evolución.

El Partido Comunista yugoslavo PCY (Liga de los comunistas a partir de

1952) ha dirigido el país desde la Guerra, con un amplio consenso popular. Tiene su legitimidad histórica por el papel dirigente que jugó en la revolución de 1941-45 y en la lucha de liberación nacional contra la ocupación extranjera.

La revolución yugoslava

Ciertamente, el estado burgués en Yugoslavia fue destruído "técnicamente hablando", no por una insurrección de masas dirigida por el PC, sino por el invasor fascista. Sin embargo, la resistencia dirigida por los comunistas no habría podido ser victoriosa sin crear simultáneamente un poder de Estado alternativo. Dicho de otra manera, lo que hizo posible la revolución, no fue la descomposición temporal de la burguesía local, bajo los golpes de la guerra, sino la intensa oposición de las masas a cualquier restauración del orden burgués.

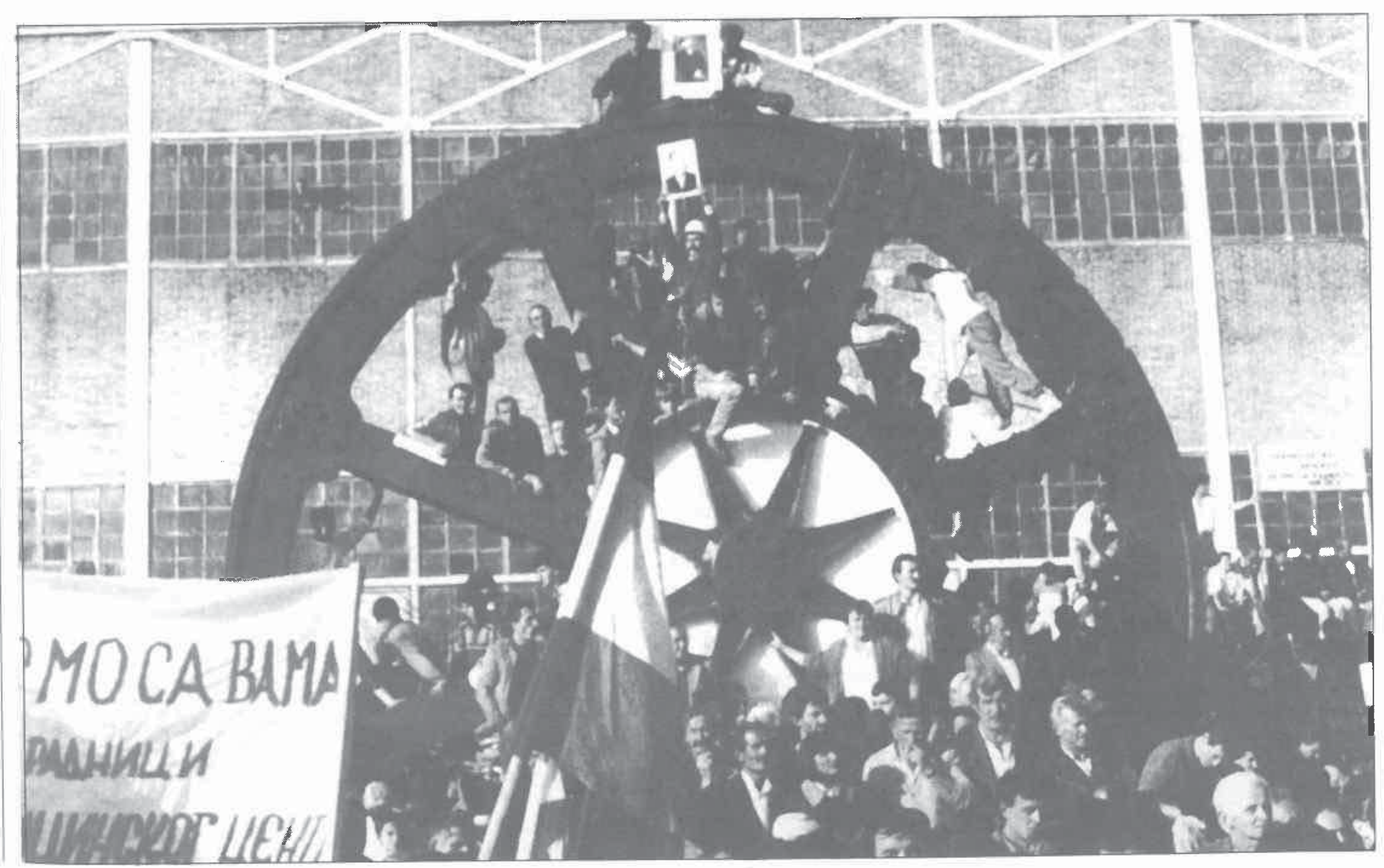
Aunque condenado a la clandestinidad desde 1921, el PCY emergió en 1941 como el único partido panyugoslavo. El partido entró en la guerra con un programa que daba a la clase obrera una misión que trascendía "las cuestiones propias de la clase". Salió de ella como el partido hegemónico, la referencia central para una amplia mayoría de la población yugoslava. La guerra de clases fue llevada simultáneamente con una guerra de liberación nacional, no solo para Yugoslavia, sino también para las nacionalidades que la componen, y su fusión fue un giro decisivo para el papel del PCY en el periodo que siguió a la Guerra. Las tendencias objetivas hacia la "nacionalización" del partido de la clase obrera no hicieron sino reforzarse en ausencia de una internacional revolucionaria.(10)

Preponderancia del centro

El PCY era también un partido que poseía un monopolio político y por ello, el control del Estado. Llegó al poder con la firme convicción de que un estado centralizado era una forma privilegiada de la dictadura del proletariado. Adoptó sin embargo un modelo estatal federal a fin de acomodarse al carácter multinacional de la población. Se suponía que el centralismo estricto del partido habría contrabalanceado cualquier tendencia desintegradora, inherente a un Estado policéntrico. Sin embargo, en los 20 primeros años, el aspecto federal del país quedó subordinado a la dirección absoluta del centro. El partido federal conservó la autoridad suprema sobre los partidos de las repúblicas o de las provincias. Incluso si las repúblicas se suponían estados soberanos, sus partidos fueron inicialmente simples ramas regionales: no estaban autorizados para determinar, por sí mismos, sus prioridades nacionales y estatales.

La centralización inicial, justificada por las necesidades de la reconstrucción en la postguerra y el aislamiento internacional de Yugoslavia, no evitó que una lucha feroz se emprendiera sobre los débiles recursos económicos del país, pero consiguió confinarla en la cumbre de la dirección del partido. Yugoslavia está formada por elementos altamente heterogéneos, y sus diferentes partes han alcanzado estadios de desarrollo diferentes en momentos diferentes. Los partidos de las repúblicas, responsables del desarrollo separado de las diferentes unidades federales, se convirtieron inevitablemente en los defensores activos de los intereses regionales. Intentaron permanentemente influir sobre las autoridades centrales para que sea adoptada una política económica más conforme a sus propias necesidades. Y articularon cada vez más esta reivindicación para hacerla coincidir con los intereses de los trabajadores en cada república nacional. Como los intereses diferenciados de cada Estado-nación de Yugoslavia habían comenzado a expresarse en el seno de las instituciones del Estado-partido, la unidad de la propia dirección del partido nacional comenzó a ser amenazada.

El PCY se ha visto siempre cogido entre dos fuerzas contradictorias. Los veinte años de centralismo han permitido igualmente la emergencia de una poderosa burocracia federal, sólidamente implantada en su control de los fondos de inversión centrales y del servicio



de seguridad del Estado. Por razones históricas, entre otras, sus prioridades han sido siempre percibidas como una manifestación de dominación serbia y de renovada amenaza contra la igualdad nacional. La introducción de los principios del mercado, la descentralización de la economía y la separación formal entre el partido y el Estado, iniciadas a comienzo de los años 60, como un programa de reformas de gran envergadura, tenían por objetivo en primer lugar, aliviar a la dirección del partido de la presión de los intereses conflictivos y por otra parte, limitar los poderes de la burocracia federal, simbolizada por Alexandre Rankovic, secretario federal en Interior.(11)

Dinámica centrífuga

La reforma, a la vez, amplió la libertad de los partidos de las repúblicas y reforzó sus obligaciones. Dicho de otra forma, la política separada de cada nación ganó una nueva e irresistible autonomía. Los partidos locales utilizaron simultáneamente esta situación para responder -y para controlar- a la efervescencia debida a la presión democrática proveniente de abajo, y para reforzar su campo en la negociación sobre la reforma. Este proceso de interacción entre el partido, el Estado y la nación tomó inevitablemente formas diferentes en cada república y la ausencia de una síntesis panyugoslava se reveló fatal. Tal síntesis habría necesitado una real democratización del propio partido, pero esto no formaba parte de la reforma. Finalmente, la propia reforma fue abandonada.

La dialéctica de los intereses nacionales, impulsada por la reforma, no pudo ser asumida por el centro federal. A comienzos de los años 70, en una tentativa desesperada por asentar su autoridad, la dirección del partido llevó a cabo una purga en los partidos de las repúblicas. Miles de intelectuales, de dirigentes, de cuadros del partido y del Estado debieron abandonar la escena política y a veces incluso fueron encarcelados, lo que cambió radicalmente la composición del partido y del Estado (particularmente en Serbia y en Croacia). La campaña por la "desestatalización, descentralización y desburocratización" fue reemplazada por un ataque en regla contra los "nacionalistas, los tecnócratas y los anarco-liberales".

La purga

Esta purga fue llevada en nombre de la clase obrera y recibió su apoyo, puesto que ponía fin a la reforma a la que era hostil.

La alianza partido-clase, apoyada por la enorme autoridad de Tito en el partido y el ejército, permitió romper el poder local en las repúblicas. Pero fue también la última ocasión en la que los dos actuaron conjuntamente.

La purga en el partido siguió de cerca a la represión de un movimiento estudiantil radical "post-desentayochista"(12), galvanizado por la idea de una renovación revolucionaria de la política yugoslava. La desaparición simultánea de estas dos soluciones alternativas, que se puede definir grosso modo como socialdemócrata y revolucionaria, engendró un vacío ideológico duradero en la LCY.

El objetivo inmediato de la purga era reforzar el control del partido sobre todas las esferas de la vida del país. Pero permitió un ascenso sin precedentes del poder burocrático que no estaba ya centralizado, pero que sin embargo no dejaba de ser destructor. Lejos de remediar las brechas en el seno del partido, el resurgimiento burocrático las reforzó: el proceso de las diferenciaciones internas ha reproducido las fronteras federales del Estado. Después de que la muerte de Tito, en 1980, hubiera borrado la última fuente de autoridad de un poder central incompetente, la descomposición de la LCY estalló a la luz del día.

Un complejo sistema de equilibrio y de control, inscrito en la nueva Constitución promulgada en 1974, reemplazó al centralismo. Uno de los objetivos de este cambio era impedir a una de las naciones adquirir una situación dominante. Las formalidades de los arreglos constitucionales estaban apoyadas por la presencia realzada, en la vida política del país de macedonios, musulmanes, montenegrinos y albaneses, habitantes de las regiones meridionales, menos desarrolladas, para hacer contrapeso a los serbios, los croatas y los eslovenos, que se encuentran en una mejor situación. Paralelamente al reconocimiento de los musulmanes bosniacos como nación aparte (lo que ha reforzado la posición de Bosnia-Hercegovina como actor autónomo), las minorías nacionales recibieron derechos iguales a las naciones eslavas del sur, reflejados en la autonomía creciente de las dos regiones en que predominan: Voivodina y Kosovo. Esto representaba un progreso real, ante todo porque debilitaba el carácter eslavo del Estado.

El "papel dirigente"

La Constitución parecía al mismo tiempo evitar la necesidad apremiante de una democratización del Estado y de la política del partido. En realidad, por primera vez desde la historia de postguerra del partido, especificaba el papel dirigente de la LVY, una innovación registrada en el preciso momento en que ésta era incapaz de jugar tal papel. La supresión de todas las iniciativas democráticas en el partido y en la sociedad, forzó al "partido de vanguardia de la clase de vanguardia" a interiorizar los intereses dife-

(11). Alexandre Rankovic fue ministro del interior sin interrupción desde 1945 hasta su caida en 1966. Era responsable de los abusos policiales durante este periodo, sobre todo en Kosovo. Por otra parte, en el periodo de la inmediata posguerra se convirtió en un símbolo de la dominación serbia, incluso si muy pocas pruebas atestiguan que fuera un chauvinista. En los años 60, resistió sin embargo a la vez la descentralización y la liberalización, lo que añadido a su control del aparato de seguridad, finalmente causó su caída.

(12). Los "sesentayochistas" en Yugoslavia son los que participaron, en junio de 1968, en las ocupaciones de universidades y en las manifestaciones antiimperialistas, principalmente en Serbia. Sus reivindicaciones estaban inspiradas por las ideas de sus profesores marxistas de izquierda de la revista Praxis.

(13). Entrevista con Pero Jurkovic, profesor de economía en la Universidad de Zagreb, Start, Zagreb, 10 diciembre 1988.



renciados y contradictorios que operan en la sociedad yugoslava. Finalmente se ha encerrado en una situación en la que tenía que sucumbir, minado por su potencial destructor. El partido no ha sido ciertamente una víctima pasiva de este proceso. Por el contrario, asociándose más estrechamente que nunca a las capas sociales privilegiadas, los funcionarios del partido y del Estado, la aristocracia obrera, las direcciones de las ramas industriales más fuertes, las regiones más desarrolladas, ha contribuído a reforzar su propia incoherencia de clase e ideológica.

Diferenciaciones sociales

Las diferenciaciones sociales se han hecho bastante dramáticas. *"En Yugoslavia, 20% de las familias más pobres, más desprovistas, no reciben más que el 6,6% del conjunto de la renta nacional. En Gran Bretaña, esta cifra es del 7%, en Bélgica 7,9%, en Japón 8%, en Suecia 7,4%, en los EEUU 5,3%. La franja siguiente del 20% dispone del 39% de la renta nacional, cuando en los países citados anteriormente esto varía entre el 36 y el 40%. Y finalmente el 10% de las familias más ricas de Yugoslavia disponen del 23% de la renta nacional. En Gran Bretaña esta cifra es del 23,4%, en Japón, de 22,4%, en Suecia de 28% y en los EEUU 20%. Pero al contrario que los países capitalistas, no tenemos un sistema de impuestos adecuado al carácter de nuestro sistema, ni siquiera una política de impuestos socialdemócrata, en vigor en ciertos países".*(13)

Por el momento, el núcleo central de la base de la LCY sigue siendo la clase obrera donde continúan reclutándose muchos oficiales del Estado-partido y dirigentes de la economía. Lo que se opera actualmente en el seno del partido es una crisis de su identidad histórica. Se sigue definiendo como un partido marxista de la clase obrera, precisando que la transición al socialismo necesita una dictadura del proletariado. pero tiene miedo de que esto le haga perder su preponderancia política en el país. La clase obrera está confusa, desgarrada entre su tradicional lealtad hacia el Estado-partido y su experiencia de verse abandonada por él. Los trabajadores abandonan el partido en masa. Organizan huelgas, se manifiestan frente a edificios del Gobierno y del partido, invaden el parlamento central, exigen la dimisión de sus dirigentes. De hecho, están en conflicto abierto con la LCY. El Estado-partido, por lo que a él se refiere, evita una confrontación abierta. Con la excepción reciente y significativa de Montenegro, no utiliza la fuerza contra los obreros que se manifiestan. Sin embargo el enfrentamiento está próximo. La sustancia del estado yugoslavo de posguerra se ha construído sobre su carácter de clase y el apoyo crítico de la clase obrera al partido dirigente. A pesar de sus reales éxitos, el sistema político establecido tras la revolución se hace rápidamente incapaz, no solo de asegurar el progreso social, sino incluso de salvaguardar sus conquistas revolucionarias. El foso entre la clase obrera y el Estado-partido se profundiza cada día más. Su relación histórica ha cambiado y ni uno ni otro han comprendido la significación de esta evolución ni dónde ésta iba a terminarse. Mientras los trabajadores se manifiestan invariablemente con los retratos de Tito, la LCY busca un anclaje sólido en el Estado-Nación sea eslavo, serbio u otro.

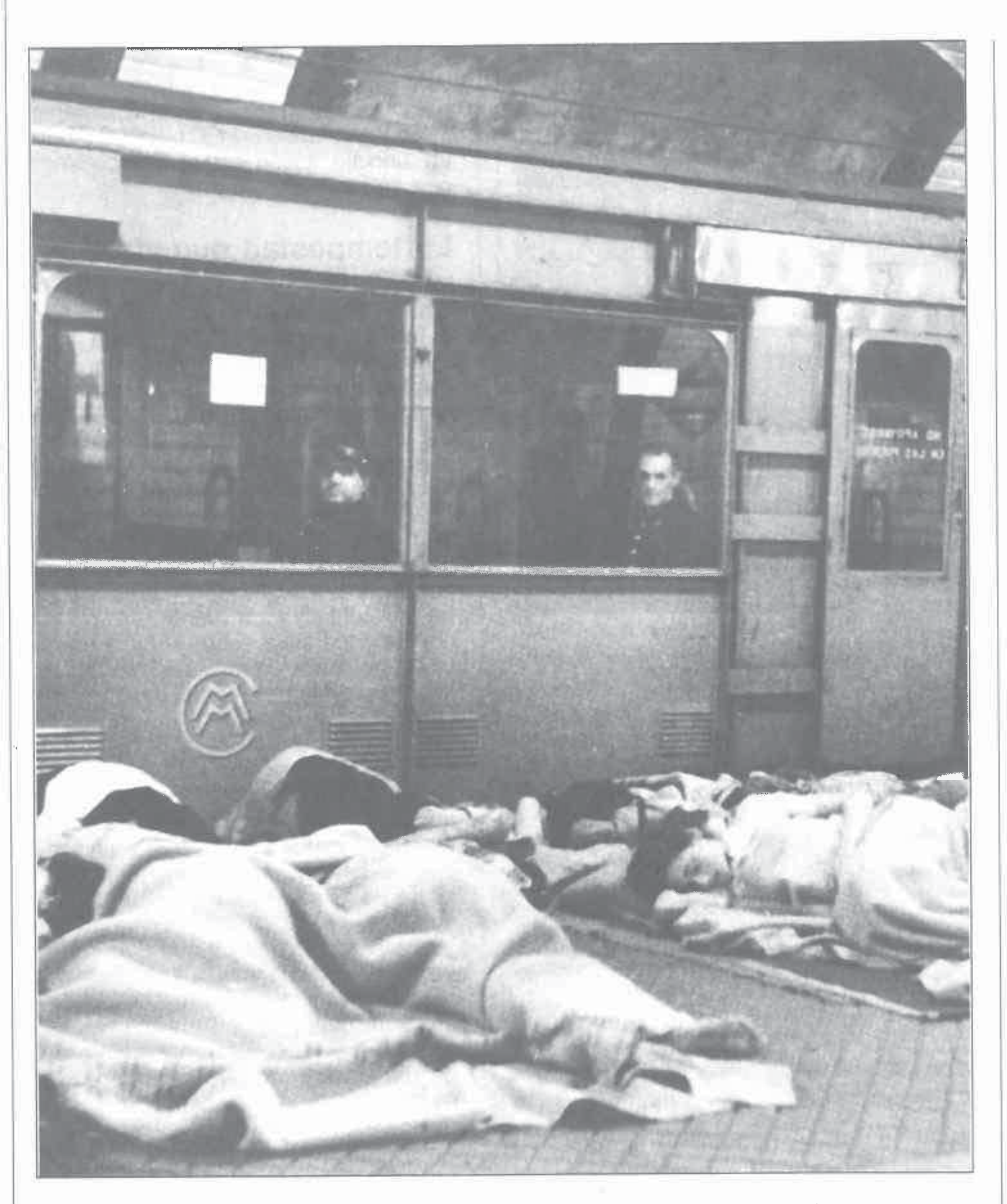
La tempestad que viene

Sin tan siquiera saber cómo hacer frente a las consecuencias, el partido se ha embarcado simultáneamente en una liberalización radical de la economía, con resultados desastrosos para la mayoría de los trabajadores, sin tener ninguna idea sobre el alcance de tal elección. Mientras el gobierno federal no ha tenido ningún problema para reclutar a los 160 más eminentes economístas del país para su comisión para la reforma económica, ha fracasado de forma total en su tentativa de poner en pie una comisión paralela sobre el bienestar social. Las federaciones, las repúblicas y los ayuntamientos están devolviéndose la pelota para saber quien va a financiarla. Nadie quiere tomar la responsabilidad de la tempestad que se aproxima, y menos que nadie la dirección del partido. La dimisión sin precedentes del Gobierno bajo la presión de los sindicatos a fines del año 1988 es justamente un signo de la potencia de las turbulencias actuales.

Los problemas a los que deben hacer frente Yugoslavia y la LCY no forman un caso único, sino que forman parte de un abanico más general de cambios en Europa del Este. La diferencia debe buscarse ante todo en la extraordinaria elasticidad de la composición de clase y nacional de Yugoslavia, nacida de una revolución autóctona. Las manifestaciones por los derechos nacionales, las huelgas de los trabajadores del transporte, de la industria y de los servicios públicos, las incursiones de la clase obrera en la política del Estado-partido ,dan fe de su persistente vitalidad. La Yugoslavia de Tito se acerca a su fin y ya está lanzada la lucha por su herencia. Tal como se presentan actualmente las cosas, no hay ninguna razón para pensar que no será conseguida por sus legítimos herederos. Pero, como ha ocurrido siempre en Yugoslavia, la salida estará determinada también por lo que pase en la Unión Soviética.

Historia

CONSIDERACIONES SOBRE EL CINCUENTENARIO DEL FINAL DE LA GUERRA CIVIL



J. Gutiérrez Alvarez

Aunque en la actualidad, más de las dos terceras partes de la población del Estado español no había nacido en 1939, y de que, obviamente, el tiempo pasa con mayor fuerza que en fases históricas anteriores, no por ello deja de ser cierto que dicha guerra sigue siendo el acontecimiento histórico más importante e influyente de nuestro devenir inmediato y que nada, prácticamente nada, de lo que ha ocurrido y ocurre en lo que se llama España, se puede entender sin recurrir a su historia. Por ende, adquirir una fuerte conciencia de sus lecciones es imprescindible para todo ciudadano con una conciencia social.

Por si hacía falta, la historia que se ha ido escribiendo sobre la guerra civil demuestra la imposibilidad de una posición estrictamente objetiva, sin partipris.

Pasión y objetividad ante la historia

La historiografía franquista clásica no se diferencia apenas de la propaganda. Totalmente desprestigiada, fue la única asequible para generaciones de españoles, y (esto es importante) todavía subsiste en los medios militares y policiales. Conocida es la anécdota de una reciente Historia del Ejército prologada por Narcís Serra en la que no sólo se glorificaba a Franco, también se justifica a Tejero (factor que obligó al Ministerio a tomar una moderada medida). Más profesionalmente hay que considerar las obras de los hermanos Salas Larrazabal -Ramón es el autor de un título paradigmático: Las cifras exactas de la guerra civil-, y a otro nivel las del incalificable de la Cierva, un auténtico "cruzado" -con muy buenas relaciones con la secta Moon-, que no ha curado con muchas lecturas su ultraderechismo.

Con sus diferencias, este equipo -ampliable a otros autores conservadores-centra su mensaje en las siguientes consideraciones: antes que el Movimiento, fue la izquierda la que -en octubre de 1934- rompió con el marco constitucional; la guerra fue de hecho inevitable dado el desbordamiento social y político de la República; en el capítulo de la represión hubo más muertos en la "zona roja", aunque pueden llegar a un fifty-fifty... El franquismo cometió errores pero salvó España del caos y posibilitó un desarrollo social y económico que produciría la actual consolidación democrática. Este esquema concuerda con la tesis central de la derecha para la "transición": la democracia fue posible gracias al esfuerzo conjunto de la gente de dentro y de fuera del régimen.

Hasta mediados los años sesenta la historiografía antifranquista tendía a ocultar la dimensión revolucionaria del conflicto, de ahí que Burnett Bolloten pudiera hablar de un verdadero "camuflaje" en el que coincidieron las corrientes derechistas republicanas y el PCE; la revolución aparecía como un hecho

episódico y secundario que era cínicamente utilizado por los franquistas con el fin de deslegitimar a la República votada por la mayoría de los españoles; también la cuestión nacional, como otros asuntos -el de la emancipación femenina por ejemplo- polémicos, quedaron en un plano muy inferior. Con los naturales matices derivados de la pluralidad de tendencias políticas y a las simpatías personales de los autores, dicha historiografía ponía en primer plano el dilema franquismo/fascismo, República/países democráticos. La derrota se justificaba sobre todo por la ayuda de los países fascistas y del capitalismo internacional a Franco; el PCE extendía estas críticas a los países democráticos. La "guerra fría" también atravesó las versiones históricas ofrecidas desde el exilio, y vino en ayuda del régimen(1).

En los años sesenta -en plena crisis del estalinismo- se publicaron una serie de libros que replantearon la cuestión de la revolución social como el problema central del campo republicano. Estas obras fueron las de Burnett Bolloten, Carlos Mª Rama, José Peirats y la conjunta de Pierre Broué-Emile Témine(2). Desde entonces, incluso los autores más reacios al hecho revolucionario, tuvieron que enfrentarse con él para ofrecer su versión. Este giro historiográfico coincide con el surgimiento de nuevas generaciones de historiadores relacionados con la nueva oposición al franquismo y las aportaciones sobre la historia del movimiento obrero -y por lo tanto de las diferentes crisis sociales que se suceden desde los tiempos de la Iª República- sitúan a éste (históricamente) en una plaza central, privilegiada, y el marxismo -o cierto marxismo- se impone incluso académicamente.

Tanto en una fase como en la otra son constantes -desde la izquierda sobre todo- las críticas a la llamada "tercera España", o sea al grupo de intelectuales que optó por una pretendida "neutralidad"; Ortega y Gasset, Salvador de Madariaga, etc. La "transición" y sobre todo la instauración del gobierno felipista, con todo lo que conlleva en la relación entre el poder y los intelectuales, va a significar un nuevo prisma en la visión predominante sobre la guerra civil que ahora se inserta en la institucionalización de la "reconciliación nacional" y la superación del enfrentamiento entre "las dos Españas" que serán la base del "pacto entre caballeros" que marca el pacto constitucional y que, bajo el amparo de la monarquía, alberga a ex-franquistas y a ex-republicanos. En este cuadro será donde tendrá lugar el desarrollo del cincuentenario.

Una historia no apta para irreconciliables

Este fue el título de unos fascículos publicados en Buenos Aires en la segunda mitad de los años sesenta, y también lo podía haber sido perfectamente para las series de fascículos aparecidos en los diarios de mayor tirada nacional -*El País, La Vanguardia, El Periódico*...- que sintonizan totalmente con el sentimiento básico emanado desde el poder. Este sentimiento "superador" se desplaza abiertamente a un terreno próximo al de los de la "tercera España" -con un aparato intelectual muchísimo más sofisticado-, y con la tradición histórica liberal que se caracteriza habitualmente por sus concepciones que se quieren intermedias, equidistantes entre los diferentes extremismos(3).

No hay duda que es en *El País* donde esta actitud aparece más depurada. En la presentación de la colección, su director, Citizen Cebrián -un hombre que se presenta comao receptor de "unos terribles problemas de conciencia"- desarrolla su diagonal con tiralíneas. Las versiones históricas ofrecidas desde el régimen fueron ciertamente execrables, pero las que dió el campo republicano fueron inevitablemente "revanchistas". Frente a unos y a otros se impone una nueva versión, y para ello nada mejor que recurrir a las nuevas generaciones de historiadores liberales, en particular algunos anglo-norteamericanos, distinguidos por su distanciamiento y por su "profesionalidad" académica. En su mayor parte son abiertamente conservadores(4), a ellos se le adjudica la parte central del proyecto, luego no hay inconveniente en incluir diferentes y notables especialistas sobre cuestiones más o menos periféricas, y una representación dxe los dos extremos que se batieron en el campo de batalla, un franquista, Ramón Salas, y un comunista, Manuel Tuñón de Lara. Al final tenemos un texto modelo que se asemejará notablemente a la serie ofrecida por Historia 16 y a la larga serie pasada por TVE a altas horas de la noche y con una irritante irregularidad.

Una historia con "happy end". En estas series sobresalen diversos lugares comunes del actual lenguaje socialmediocre. Se rehuye de toda acritud, y en este intento se puede llegar a cualquier extremo, como los que ejemplifican en dos anécdotas muy significativas los Ayuntamientos (socialistas) de Granada y Valencia. El primero tuvo la desfachatez de recomendar a los asistentes a unas jornadas (inevitables) sobre el asesinato de García Lorca que... no hurgaran más en éste. El segundo se negó a editar un cartel de Rafael Alberti que ellos mismos habían encargado para conmemorar en cincuentenario de Valencia como capital de la República... porque incluía la bandera republicana. Los ejemplos podrían multiplicarse (5).

Dado que no hay otro remedio que entrar en la conmemoración, el felipismo lo hace con sus propios métodos. En estos se excluye tajantemente cualquier controversia que no sea entre gente de confianza, y se obstaculiza cualquier participación crítica desde abajo: las posiciones radicales debían quedar marginadas. Los expertos abundarán en esta línea teorizando que la guerra civil es algo lo suficientemente serio como para que pueda estar, llanamente, al alcance de las masas. En este sentido fue modélica la "conmemoración" del famoso Congreso de Intelectuales de Valencia de 1937, acto organizado a la mayor gloria del nuevo anticomunismo: de Semprún, Paz, Vargas Llosa, Savater, etc.

Los especialistas pueden discutir tal o cual aspecto, pero tienen algunos principios claros: el dilema estaba entre democracia y fascismo; se trataba de un drama primordialmente nacional y por lo tanto, no se puede juzgar como "traición" la actitud de las democracias occidentales; la revolución existió, pero fue un problema para las autoridades republicanas legitimadas por el voto popular... Y la conclusión es siempre la misma: el fin de todo aquello son las elecciones de junio de 1977 y el pacto constitucional que le siguió. La guerra, dirá Octavio Paz, ha acabado ganándola la monarquía constitucional. El "nunca más" que desean todos los españoles está garantizado por el consenso democrático, un paso más allá -por ejemplo, la imposición del derecho a la autodeterminación-, podría quebrar este equilibrio...

No hay que caer en maniqueísmos

En ocasiones se nos dice que no hay que caer en maniqueísmos, que la guerra no fue un mero asunto de buenos y malos, lo cual es poco menos que indiscutible. Se trató, obviamente, de algo mucho más complejo. Pero con esta generalidad (que los liberales olvidan al emplear la demonología del "totalitarismo"), se pueden decir cosas muy diferentes.

En el caso que nos ocupa dicha premisa puede tener una doble significación. La primera nos llevaría a tratar de analizar lo más objetivamente posible el bando franquista, y esto es una necesidad sobre todo desde el punto de vista revolucionario. Toda simplificación es distorsionadora y perjudicial, y es muy importante considerar que uno de los grandes errores del "ejército rojo" fue el no tratar de incidir más profundamente en la base social del militar-fascismo, en la que no faltaban amplios sectores populares arrastrados por el conservadurismo religioso o el desconcierto. Guerras como la rusa (1919-21) y la salvadoreña están repletas de buenos ejemplos prácticos.

Los franquistas no fueron -sin más- unas alimañas sedientas de sangre. No obstante, es difícil moderar esta apreciación en relación a su Estado mayor, a

NOTAS:

(1). La "guerra fría" está detrás del teatro del absurdo, y no es por casualidad. Es considerando este absurdo como se puede comprender que desde el régimen se intentara manipular -siguiendo los ejemplos del "mundo libre"- las críticas revolucionarias al estalinismo, y que la primera obra de Bollotten -el gran camuflage- fuera empleada con tergiversaciones por Fraga contra José Bergaím que había vuelto, para enfrentarse de nuevo a la dictadura. Bollotten no tiene la culpa de que Bergamín escribiera aquel infame prólogo de El espionaje trotskysta en España, un panfleto estalinista repulsivo que, empero, no contradice la valentía de Bergamín al solidarizarse con los mineros asturianos. Esta clase de matices se les escapa a Herbert Soutworth cuando sugiere que a de la Cierva... le agrada Bollotten.

(2). La obra de Broué sobre la guerra española es determinante en el momento de su publicación, amplía los supuestos del conflicto, y lo hace tomando como referencia algunos esquemas políticos de Trotsky .... no aplicando el conjunto de sus escritos, escritos que editara años más tarde con una voluntad de matización e investigación que no son la de un mero exégeta. Sería muy interesante estudiar la evolución de Broué para analizar, a través de él, el alcance de la aportación circunstancial y crispada de Trotsky sobre la guerra española.

(3). Esta posición de equidistancia entre los extremos se ha convertido en un lugar común de la actual cultura burguesa. Recientemente pudimos comprobar en un hecho vanal hasta donde se puede llegar en este deporte cuando un directivo del Español de Barcelona, justificaba la presencia en su estadio de un Ultrasur con banderas e insignias de extrema derecha diciendo que en otrossitios se hacía con referencias comunistas... Por supuesto no mencionó otros sitios. La impunidad de estos peculiares "centristas" es practicamente total.

(4). Entre los firmantes de la serie de El País *encontramos a varios firmantes del manifiesto de intelectuales a favor de la ayuda norteamericana a la "contra" -Hugh Thomas, Stanley Payne, Javier Tussell-, amén de numerosas firmas atlantistas.*

(5). Cuando le fueron a entrevistar para Interviú sobre la represión franquista en Canarias, un senador del PSOE dijo que no contestaba porque con ello provocaría al ejército.

los mandos militares que encabezaron las represiones y a los clérigos e intelectuales que la aplaudieron. Fueron ellos los que provocaron la guerra, traicionaron su juramento a la bandera republicana, adujeron motivaciones totalmente falsas -la preparación de una revolución comunista-, emplearon sin ningún escrúpulo tropas extranjeras y mercenarias, liquidaron sin piedad a los que no le siguieron, e iniciaron la campaña militar bajo el signo del exterminio. Como dijo Pemán: *"No, la guerra, con su luz de fusilería, nos ha abierto los ojos a todos. La idea de turno o juego político, ha sido sustituída para siempre, por la idea de exterminio y de expulsión...".* Guernica, Navarra, Badajoz, Almería... Todas las investigaciones confirman con creces las informaciones ofrecidas durante la contienda por los pocos enviados especiales extranjeros que pudieron testimoniar. Su objetivo era arrancar de raíz todo lo que de avanzado había creado la tradición liberal, y las conquistas del movimiento obrero desde su surgimiento. Hay escasos ejemplos de post-guerras tan crueles como la española. No sólo se fusiló y se torturó a gran escala, también se persiguieron lenguas y naciones, hasta las inquietudes más moderadas. El franquismo fue un ejemplo muy presente para los "gorilas" sudamericanos, un baluarte del "mundo libre"...

Sobre esta realidad lo único que cabe es la denuncia radical.

Pero esto no quiere decir que todos fueran iguales, o incluso que, los que hicieron algo semejante, no pudieran cambiar. Que no todos fueron iguales lo demuestra el hecho de una crisis profunda surgida entre los mismos vencedores -simbólico en este sentido fue aquel personaje tan contradictorio que fue Unamuno-, factor sin el cual no se puede comprender el impulso de las nuevas generaciones antifranquistas. También fueron muchos los que cambiaron en mayor o menor medida -Ridruejo es el caso más conocido-, pero todas estas consideraciones -base social, crisis interna, rectificaciones- no cuestionan el hecho esencial de la naturaleza radicalmente opresora y criminal de la empresa militar-fascista. Además, hay que analizar estos cambios, su alcance y su significado..

Cambios de chaqueta

Resulta odioso el caso de Santiago Carrillo que afirmó que los "renovadores" que se le oponían en el aparato de su partido habían sido falangistas... Lo es por una doble razón. Primero porque muchos -no pocos- de los mejores luchadores contra la dictadura habían sido católicos o falangistas en su juventud: el ejemplo de Manuel Sacristán es bastante elocuente. Segundo porque el propio Carrillo es el más acendrado partidario de "comprender" a los franquistas evolucionados, de muchos que cambiaron en el último minuto -Fraga, Suárez-, de todos los que teorizaron que el franquismo estuvo bien mientras interesó a la clase dominante, pero luego... Entre ellos hay mucho equívoco. Tomemos un ejemplo de los intocables, el de José Mª Areilza que ha reescrito su biografía (por ejemplo, se presenta como monárquico liberal cuando era un camisa azul que hacía encendidos discursos o escribía panfletos imperiales), y ahora, como todos ellos, ejerce de autoridad democrática.

Han cambiado y basta, nos suelen decir los reformistas. Han cambiado porque era lo más inteligente, mantienen unas concepciones claras de sus intereses: libertades sí, pero que no cuestionen ninguno de sus puntos de dominio, el ejército, la unidad de España, la alianza imperialista, la dinámica de máximo beneficio, etc. Al margen de sus sentimientos personales, es evidente que la guerra les sigue sirviendo como un arma cargada. Cuidado, se nos dice, no provoquéis. Otra cosa es que de ser necesario un correctivo militarista y violento, los personajes no tendrían que ser -sin duda no lo serían- los mismos.

Cuando se habla de "cambio de chaqueta" en relación a las concepciones que se defendían entonces,siempre se mira hacia la derecha. No obstante -y sin olvidar las exigencias que impone lamarcha de los acontecimientos-, hay que decir que los habidos en la izquierda tradicional no han sido precisamente nimios. Actualmente hasta Besteiro puede parecer un "radical" para el PSOE, y no hablemos sobre las "señas de identidad" del socialismo científico en cuya discusión, dirá Rafael Ribó, no está dispuesto a perder ni un minuto cuando lleva años haciendo de "convidado de piedra" parlamentario.

La teoría de los extremismos

El 2º capítulo de la serie sobre la guerra de TVE está firmado por un experto. Cuenta con unas imágenes de archivos que tienen un gran poder de provocación. Trata de los prolegómenos, y en un momento concreto pasa por la revolución rusa. Es inevitable. Fernando de los Ríos se entrevista con Lenin y le habla de democracia: éste le responde aquello de, ¿democracia, para qué?.

Sigue, y un paso después enfoca las luchas obreras contra la patronal en Barcelona al filo de los años veinte y se habla de los dos terorrismos, el de la patronal y el de los anarcosindicalistas más violentos. No es difícil imaginar que el experto sabe que las palabras atribuídas a Lenin hay que contextualizarlas (posiblemente habló de algo muy elemental, ¿para qué sirve?, o mejor,

¿para quien? es la democracia); y sabe que la CNT no hizo más que defenderse del "terror blanco" (el lector puede consultar la magnífica novela de Eduardo Mendoza, "La verdad sobre el caso Savolta"), pero esto no se podía hacer sin más. Lo de Lenin servía para contraponer la democracia parlamentaria al "totalitarismo", y lo otro para no hacer "maniqueísmo", sobre todo con la patronal.

El extremo contrarrevolucionario se restringe dentro de lo posible; así resulta que en muchos casos la CEDA es representada como una democracia cristiana europea, más bien ajena a la tentación fascista, algo completamente incierto por más que no fuera asimilable a la Falange. Pero hay que limpiar los antecedentes de nuestra "derecha civilizada".

Lo de los excesos de la revolución está claro. Fue el miedo a la revolución lo que provocó el Alzamiento y arrastró buena parte de su base social. Los revolucionarios obstaculizaron el trayecto de la República, Largo Caballero fue un irresponsable. Los conflictos internos en el bando republicano fueron producidos por los extremistas de izquierda y por el PCE, otra anomalía que se desmarca del centro moderado; todo esto se puede decir o presentar sin menoscabo de utilizar fuentes y criterios ajustados como complementos. Como dijo Mac Luhan: lo importante es el mensaje. Sin embargo...

...El Alzamiento fue motivado por muchos temores más, aunque quizás el principal tuviera como referencia octubre de 1917 con sus secuelas de poderosos haciendo de taxistas en París o de extras en Hollywood; ellos lo tenían claro. Pero lo de la quiebra del centro republicano se comprende perfectamente cuando se comprueba la frustración creada por la misma gente que había gozado de apoyos entusiastas y multitudinarios en 1931... Largo Caballero no pudo sustraerse a la radicalización de la base socialista y trató -torpemente- de cabalgar el tigre. Fue la revolución la que detuvo el golpe militar, y el conflicto fue producido por los partidos que se empeñaron en restablecer la "normalidad" institucional.

En la represión de los revolucionarios, el papel de "sabueso" (como diría Noske) le correspondió al PCE, pero, esto también se olvida, contó con el beneplácito y la cooperación de republicanos, nacionalistas moderados, socialistas de derecha...

Dentro de todo este discurso hay una concepción de fondo muy clara. La democracia parlamentaria es la única que tiene una legitimidad histórica, y por lo tanto, la revolución socialista, la democracia obrera, se presenta como un factor nagativo ya que provoca el pánico entre los poderosos y distorsiona el contenido de la democracia. Por este pecado, Julián Marias dirá en sus memorias que la República fue "justamente vencida".

Una guerra civil internacional

Otro experto, Santos Juliá, escribe: *"Los permanentes efectos de la guerra de España no podían ser liquidados por las potencias vencedoras en la guerra de Europa precisamente porque la nuestra no fue sólo prólogo de la otra, sino la última de las guerras antiguas que la nación española venía sufriendo desde principios del siglo XIX".* Por lo tanto de *"nada vale lamentar la traición de las democracias o explicar la persistencia del régimen de la victoria recurriendo al barato comodín de los intereses americanos".* (*El País,* 4-3-89).



Con estas concepciones sobre las "dos Españas" -tan rica literariamente, tan reduccionistas históricamente- el experto traspasa un nuevo umbral: el de la traición canallesca de Occidente a sus propios principios, y el de la abierta complicidad norteamericana en la legitimación del régimen franquista. No es difícil entrever en estas líneas la marca profunda de la adyección de los nuevos mandarines.

Pierre Vilar lo entiende mejor: *"Todo análisis de la guerra de España que no sea un análisis de la lucha de clases a escala mundial carece de envergadura".*

Efectivamente, la guerra de España fue, ante todo -aunque,, claro está, no sólo- una lucha entre clases, primordialmente entre la clase dominante -de la que quedó una parte muy reducida en la zona republicana, su *"sombra intelectual y política"* como diría Trotsky-, y las clases trabajadoras. Tuvo un carácter eminentemente internacional, la continuación de una guerra que empezó en Octubre de 1917. Fue acondicionada por los dos mayores desastres de la historia del movimiento obrero: el ascenso del nazismo en Europa, y la consolidación de la burocracia estalinista en la URSS.

A pesar del entusiasmo y de la participación de miles de luchadores al lado del pueblo, el factor internacional fue netamente favorable al franquismo. Las "democracias" -sobre todo el Frente Popular francés- ni siquiera cumplieron sus compromisos legales con la República, y se prestaron a la farsa de la no-intervención, uno de los hechos políticos más cínicos de la era contemporánea. La "ayuda" soviética estaba envenenada, el estalinismo fue el gran absurdo de nuestra guerra ya que la antirrevolución pudo ser enmascarada con la bandera del primer Estado obrero.

El eje central de la política de "normalización democrática" (para conseguir la ayuda de las potencias occidentales) se mostró rotundamente vana. Dichas potencias estaban de acuerdo en acabar con la dinámica revolucionaria, pero no estaban dispuestos a ayudar a un gobierno que se mantenía con una base social de obreros y campesinos y con un PC como fuerza hegemónica. Por lo demás, tras acabar con la revolución, el PCE se hizo insoportable para el resto de fuerzas republicanas que acabaron, por diversos motivos apoyando el golpe de Casado que fue el aspecto más visible de otra guerra civil dentro de la guerra civil. ¿Por qué venció la contrarrevolución? La derecha que había sido arrinconada en 1931, pudo ir recobrando fuerza en los años siguientes. La intentona golpista de 1932 fue impedida por la movilización obrera que no sacó las lecciones pertinentes, como no se sacaron (con todas las consecuencias) de los hechos de Alemania y Austria. Derrotada en las urnas en 1936, la derecha mantenía sus piezas fundamentales en las dos grandes instituciones de la antigua monarquía: el ejército y la Iglesia. Los militares golpistas -tan reconocibles- fueron trasladados a geografías estratégicamente claves, y desde ellas pudieron mover sus piezas con una impunidad asombrosa.

Esto solo se puede comprender por la actitud equívoca de las autoridades republicanas -temerosas de sus electores-, y por la obnubilación de la izquierda obrera, preocupada, en el caso del PCE, de no provocar a la CEDA con las movilizaciones, y en el caso de la CNT-FAI con sus diseños sobre el "comunismo libertario", centro de la preocupación de sus cuadros en el Congreso de Zaragoza, una de sus ciudades-baluartes que, meses después, cayó por el mismo agujero que Sevilla, el baluarte comunista que tan bien se había batido en 1932 contra Sanjurjo. Por el agujero de la imprevisión y el de la confianza en las autoridades republicanas, encarnadas en el presidente Azaña, ahora convertido en el símbolo de la historiografía felipista.

Los "nacionales" contaron con el factor iniciativa, con el factor decisión, y con el factor internacional aunque, en un principio, no eran mucho más que unos espadones rebeldes. La guerra surgió, irreversible, desde el momento en que el golpe quedó neutralizado sólo parcialmente. Luego pudieron rehacerse, apoyarse en un ejército profesional, en la espléndida ayuda internacional, en una extensa base social agraria conservadora, impusieron un mando único, una cohesión interna, social y económica que no fue perturbada como lo sería en tantas otras guerras sociales la reacción.

En la misma onda se puede comprender la derrota republicana. El bando gubernamental tuvo que improvisar su propio ejército, y la resolución revolucionaria fue quebrada desde el Estado y desde el Frente Popular. Como entendió bien Azaña, la revolución inconclusa se convirtió en una quiebra interna. Sin la revolución, la guerra se trasladó al terreno convencional, y nunca se impuso la "unidad" antifascista. Liquidada la revolución, la quiebra fue entre comunistas y anticomunistas. En este punto, Casado trataba de entregar a los comunistas a Franco, pero sus aliados querían liberarse de sus tenazas. Los jefes numantinos huyeron mucho antes que sus tropas.

Las cartas de la revolución

El pueblo trabajador de España tenía, en 1936, una capacidad organizativa y un nivel cultural muy superior al ruso. En unos pocos años las organizaciones obreras se hicieron omnipresentes, y se radicalizaron. La CNT y la UGT contaban con millones de afiliados. Este pueblo había desbordado el marco republicano en pro de una política de reformas (como la agraria), de conquistas democráticas (como el derecho de las nacionalidades), y de sueños revolucionarios (como la autogestión). Durante los breves e intensos años de libertades, el pueblo trabajador operó una auténtica "revolución cultural" que se manifestó con el impulso de una red impresionante de Ateneos y Casas del Pueblo, con un encuentro esplendoroso con la cultura más avanzada y con los intelectuales más sensibles y conscientes...

Este pueblo ya había planteado en 1934 sus aspiraciones revolucionarias, no solamente en Asturias -donde se concretó con la adopción de una democracia obrera- sino también en todos los rincones donde el grito de ¡UHP! (¡Uníos Hermanos Proletarios!) encendió sus sueños de liberación y atemorizó a las clases opresoras que distinguieron muy bien en el "brillo de los ojos" de obreros y campesinos, en sus discusiones y asambleas que, para ellos, el Frente Popular e incluso la República, eran un medio. Su fin era acabar con la prehistoria. Este aliento fue el que protagonizó las jornadas de julio que hubiera sido otra cosa si además hubiera existido una conciencia más precisa del momento, una conciencia armada.

Entre sus cartas estaba, en primer lugar, el entusiasmo de la liberación social, ese factor que había hecho que un movimiento incipiente en la I República fuera ahora cosa de millones. Estaba su inteligencia, y estaban sus aliados. Con obreros y campesinos se unieron miles de antifascistas, más moderados, pero que podían haber sido integrados en un proyecto revolucionario abierto... En este terreno hay que subrayar los desastrosos errores cometidos con sectores de la pequeña burguesía y con la gente religiosa humilde, factores que pudieron luego ser manejados por la derecha republicana en su maniobra.

Una revolución con un mando unido y centralizado tenía muchas cartas. Una de ellas era la agitación social incluso en el extranjero, en Francia donde en junio habían tenido lugar unas jornadas que pusieron al Estado en crisis. Otra era la guerra de guerrillas, o sea la guerra revolucionaria, factible como se demostró en la postguerra, necesariamente combinada con la guerra regular y con el trabajo en la retaguardia. Largo Caballero no hizo nada por miedo al aliado francés, y sólo la extrema izquierda intentó algo, hasta que García Oliver detuvo el movimiento. El anticolonialismo era uno de los puntos más débiles delmovimiento obrero, y sólo adquirió una cierta fuerza durante los años de la guerra de Marruecos. La proclamación porparte de la República de su independencia hubiera sido, en el peor de los casos, una muestra de coherencia, y seguramente un factor de perturbación entre las tropas árabes que tenían sus llagas de los españoles.

No deja de ser sintomático que el aumento de la capacidad y eficacia del ejército republicano careciera de traducción en el campo de batalla, y que el camino de las derrotas fuera precedido

(6). Ver, Inprecor *nº 56: La cuestión anarquista enla revolución española.*

(7). Estos cambios se pueden seguir también en las obras de la época escritas por Manuel Tuñón de Lara. En sus aportaciones recientes Tuñón enfatiza el -indiscutible- heroismo de la base militante ligada al PCE, el número impresionante de sus caídos, para no entrar en las agudas contradicciones de la política "unitaria" de este partido, totalmente desprestigiado para un sector nada negligable de la población republicana después de la victoria antirrevolucionaria en 1937.

(8). Hay dos hipótesis deslumbrante -a mi juicio- del Claudín de esta -su mejor- época: la del atraso en el trabajo antimilitarista de las organizaciones obreras antes del 18-19 de julio (trabajo aparecido en el nº 21 de Tiempo de Historia), y la que desarrolla en su libro, La crisis del movimiento comunista, sobre cómo entre 1933 y 1935 se desarrolla un profundo giro hacia la izquierda entre las organizaciones obreras, incluido el PSOE, y cómo un partido comunista pudo, de haber existido como tal y no como negación, representar algo parecido a lo que representaron los bolcheviques, incluso en mayor medida, o sea como pudo cohesionar aunando pluralismo y rigor revolucionario todas aquellas fuerzas que vivieron las jornadas del 34... Y como la política antirrevolucionaria actuó contra la corriente.

(9). Ya he tratado estos enfoques en el nº 46 de esta revista.

por el del fin de los sueños y de las conquistas revolucionarias del 36.

La historia y los partidos de izquierda

La guerra y sobre todo la derrota, destruyó al viejo PSOE que sobrevivió penosamente en el exilio -con muy escasos núcleos en el interior- dividido en diferentes tendencias -ligadas con diferentes "barones": Negrín, Caballero, Prieto...-, y supeditado a los partidos hermanos. Su política antifranquista se orientó durante mucho tiempo en los pasillos de las cancillerías -donde fue tratado diplomáticamente, aunque en ocasiones, algunos se lo dijeron claro, con Foster Dulles a Prieto con aquella famosa respuesta: *"Los Estados Unidos no tienen amigos, tienen intereses"*, unas palabras muy similares a las de un diplomático inglés que vino a decir que si bien el franquismo era malo para el pueblo español, era sin embargo bueno para los intereses británicos-, en tanto que su papel en la resistencia sería prácticamente marginal.

Sobre la CNT-FAI vale lo escrito en otro número(6).

Durante varias décadas el PCE fue el partido más representativo del antifranquismo, aunque desde 1956 conoció los contínuos embates de la crisis del estalinismo -su espina dorsal-, crisis que tuvieron una traducción importante en su historia oficial, rectificada en 1960 con una nueva versión que trataba de matizar la anterior y efectuar una crítica más política -"objetivamente contrarrevolucionaria"- de la extrema izquierda, incluso poniendo mayor énfasis en la FAI que en el POUM(7). Estas posiciones serán duramente criticadas por diversos historiadores, y la cuestión de la represión del POUM, el asesinato de Nin, etc., dañarán irremisiblemente su versión, también muy criticada desde posiciones heterodoxas como las del Claudín de los años sesenta(8). El eurocomunismo profundizará las rectificaciones "revisionistas" alcanzando el extremo de una cierta autocrítica -Carrillo, Pamiés-, manteniendo siempre una defensa de la línea general básicamente correcta que, en los trabajos de Antonio Elorza, aparece como un antecedente de la inteligencia estratégica de Togliatti. La bancarrota del PCE lleva a Elorza a tener que justificar, a contracorriente de la intelligentsia del sistema, la legitimidad del Frente Popular y de la acción antifascista de los comunistas ahora reducidos a oscuros representantes "totalitarios".

Muy escasa -o ninguna atención- merecen las aportaciones maoístas sobre este punto, si es que existieron ya que, por lo general, se reclamaron dela historia oficial de la época de José Díaz.

En otro lugar he tratado los nuevos enfoques sobre la historia del POUM(9), enfoque bien visible por ejemplo en un Josep Termes. El POUM fue una trágica víctima del fanatismo estalinista, pero esto no quita que fuera un partido minoritario, marginal. Una historiografía catalana más reciente extiende estas consideraciones al propio hecho revolucionario. En contra de estas concepciones hay que comprender al POUM como un vigoroso heredero de la tradición iniciada por los internacionalistas de la AIT, como una formación que tuvo ya, en embrión, una destacada intervención en la Alianza Obrera, y que fue el más consecuente defensor de los objetivos de la clase trabajadora, a la que estos historiadores le atribuyen un mero papel de coholi chino para las grandes maniobras políticas de Azaña o Tarradellas.

El caso de Trotsky y los trotskystas

En los años setenta las posiciones de Trotsky aparecían para una franja de la izquierda revolucionaria como las más elaboradas y consecuentes dentro de la prueba de fuego de la guerra y la revolución, representaba la voz más lúcida sobre el proceso revolucionario -sobre sus necesidades programáticas- y sobre el papel de la burocracia estalinista en alianza con republicanos y reformistas de diverso signo... En esta época se editaron los escritos de Trotsky en varias ediciones y también los de algunos discípulos suyos -Morrow, Munis, Casanova-, actualmente impresentables por sus pretensiones doctrinarias y su desvinculación con el movimiento real. Este factor también pesa en Trotsky, muy alejado del campo de lucha, pésimamente informado, ocupado en numerosos otros menesteres y proclive a emplear el ejemplo del POUM como elemento de delimitación programática con los que como Serge, Sneevliett, Rosmer o incluso con otros matices, Leonetti, se oponen a sus posiciones y consideran precipitada la idea de construir la IV Internacional.

Durante la República, Trotsky apareció un poco como el fantasma de la revolución armada -como tal lo presenta José Antonio, como un instigador del 34 asturiano, en una carta a Franco de 1935-, pero la ruptura con Nin y Andrade cortó sus posibilidades de intervención, aunque fuera indirecta. El grupo afín a sus posiciones fue una exigua minoría dentro del POUM, y tuvo mucho más entusiasmo que rigor político. La parte más notable de los trabajos de Trotsky son la de las grandes concepciones -por ejemplo, la que se refiere al problema de la guerra y la revolución, a la importancia de un partido revolucionario-, y sobre todo, la que analiza el estalinismo, un elemento que incluso cogió desprevenido al POUM que subestimó su importancia hasta 1937. Pero "el viejo" carecía de instrumentos no sólo para intervenir, también para perfilarse a través de la realidad. Por ello, la visión de los años sesenta -netamente ideológica, doctrinaria- necesita de importantes rectificaciones,y nos lleva a una crítica mucho más matizada del POUM, un partido creado en 1935 y que fue desbordado por la extraordinaria magnitud de los acontecimientos.

Nunca más

Si atendemos a las numerosas declaraciones públicas de historiadores, políticos y gente dela calle que aparecen en los medios de comunicación -sobre todo en TVE-, hay un profundo acuerdo entre todos los españoles en que aquello no se debe de repetir. Este sentimiento, especialmente profundo entre la gente trabajadora que más padeció los hechos, se orienta a cara descubierta en la defensa de un sistema político como el presente, que, se dice, tiende a reconciliar todas las tendencias y muy especialmente a las moderadas. Esto se suele explicar también diciendo que en aquella guerra perdimos todos.

Esto es completamente incierto. El final de la guerra significó la derrota para la clase trabajadora -que vio sus cuadros, toda su militancia, exterminada, diezmada, silenciada por el exilio o por el terror blanco-, y para amplios sectores populares -las clases medias ilustradas, la de las nacionalidades-, significó un retroceso brutal para las mujeres, y fue, indiscutiblemente una derrota también para la gente llana que apoyó al franquismo, incluso para los que lo hicieron con fervor como los carlistas. Por el contrario, fue la victoria de la vieja oligarquía y de los nuevos sectores que se enriquecieron a la sombra delrégimen, consolidó los privilegios del ejército, de la Iglesia y de todos los intereses fácticos y corporativistas. La polarización social que forjó el régimen de la victoria, y buena parte de sus señas de identidad sobreviven, en algunos casos apenas maquilladas por el mistificador ropaje de la "modernidad". Podríamos extendernos sobre los efectos de la guerra fuera del Estado, en Portugal...

Tampoco es cierto lo otro. El deseo perfectamente legítimo de evitar otro desastre no pasa por esconder la cabeza y escamotear que muchos de los intereses opresores y muchos de los instrumentos que provocaron la reacción golpista y contrarrevolucionaria -que sin contestación popular habría igualmente desarrollado sus noches de largos cuchillos; recordemos lo que hicieron sus semejantes en Alemania-, y la garantía del "nunca más" no pasa por el olvido, por el trueque, como en otras partes del mundo (Argentina), sino por el camino del recuerdo vivo y sobre todo por su derrota política, por la liquidación de las "entrañas del monstruo". De haberse hecho esto desde 1931, otro gallo nos hubiera cantado.